ERIC FRANK RUSSELL

Hombres, Marcianos y Máquinas

Ellos surcaban los ilimitados océanos

del espacio exterior



Hombres, marcianos, y **máquinas**

Las aventuras de Jay Score

Eric Frank Russell

Edición ilustrada

Título original: *Men, martians, and machines*, 1955.

Jay Score (en *Astounding Science Fiction*, Mayo de 1941). Traducido por Albert Solé y Rafael Marín Trechera en *La edad de oro, 1941*, Ediciones Martínez Roca S. A., 1988.

Mechanistria (en *Astounding Science Fiction*, Enero de 1942). Traducido por Marila Estevez en *nueva dimensión* 102, Julio de 1978.

Symbiotica (en *Astounding Science* Fiction, Octubre de 1943). Traducido por Marila Estevez en *nueva dimensión* 103, Agosto de 1978.

Mesmerica (en *Men, martians and machines*, 1955). Traducido por Marila Estevez en *nueva dimensión* 104, Septiembre de 1978.

Se incluyen las ilustraciones, originales de los relatos publicados en *Astounding Science Fiction*, de: Charles Schneeman (*Jay Score*), William Kolliker (*Mechanistria*), y Paul Orban (*Symbiotica*)

Edición digital de Umbriel

Revisión por lectura y maquetación de esta edición digital de urijenny

Índice

Presentación 5
1 - Jay Score 6
2 - Mecanistria 23
3 - Simbiótica 66
4 - Mesmérica 106
Nota técnica del editor digital 141

Presentación

Ellos surcaban los ilimitados océanos del espacio exterior.

Aventura y *emoción en el lejano* y *distante futuro en que la humanidad viaja por el espacio.*

La serie de relatos en que se desarrollan las aventuras de **Jay Score**, está formada por: *Jay Score*, *Mecanistria*, *Simbiótica*, y *Mesmérica*. El primero extraído de *La edad de oro - 1941*, Gran Super Ficción, Ediciones Martínez Roca S. A., 1988, y los siguientes de revista *nueva dimensión*, números 102, 103, y 104 del año 1978.

Sam Moskowitz, en su nota sobre Eric Frank Russell expresa lo siguiente respecto de estos cuentos:

"El nacimiento del personaje más famoso creado por Russell ocurrió, recuerda él, *«cuando estaba buscando un argumento y me di cuenta de que nunca había intentado un cuento de robots»*. El resultado fue *Jay Score*, con el aspecto exterior de un gigante humano, que apareció por primera vez en un cuento titulado justamente *Jay Score* en *Astounding Science Fiction* de Mayo, 1941. La tripulación espacial del relato, que incluye un grupo de marcianos con muchos tentáculos, grandes ajedrecistas, proporcionan un elenco de personajes encantadores. Los heroicos esfuerzos de *Jay Score*, junto con los talentos especiales de los marcianos, salvan a la nave de una muerte ardiente en el seno del Sol, dentro de una aventura más bien rutinaria.

El elenco de *Jay Score* volvió en una secuela, *Mecanistria* en *Astounding Science Fiction*, Enero, 1942, para enredarse en una emocionante aventura en un planeta dominado por una civilización de máquinas diversas, gobernada por una computadora. El argumento recordaba al de *Paradise and iron*, de Miles J. Breuer, M. D. (*Amazing Stories Quarterly*, verano, 1930), pero con un elemento de humor.

La mayor influencia, entre las historias de Jay Score, se reserva a *Simbiótica* en *Astounding Science Fiction*, Octubre, 1943. Aquí utilizó el concepto de Olaf Stapledon de las formas de vida interdependientes para mostrar un Mundo donde los humanoides viven en simbiosis con árboles e indirectamente con otras formas de vida del planeta. Se desplegaba gran imaginación, y la vivida narración parece haber inspirado la novela de Harry Harrison *Deathworld.* Además, el cuento parece haber sido el trampolín desde donde se impulsaron los autores de las más importantes narraciones de ciencia ficción que tenían la simbiosis como base."

En *Mesmérica*, los heroicos tripulantes del *Marathon*, el gran navío hiperlumínico, están de nuevo en dificultades, esta vez con los ovillos grasientos hipnóticos, aunque al final, como siempre salen con bien de su aventura.

1 - Jay Score

Tienen razones muy buenas para todo lo que hacen. Para los no iniciados, algunos de sus trucos y métodos pueden parecer peculiares, pero viajar en cohete a través del Cosmos no es como remar en una bañera en medio del estanque de una granja, ¡no señor!

Por ejemplo, la idea de usar tripulaciones mixtas es bastante sensata cuando se mira bien. En las travesías a Marte, a los Asteroides, o más allá, tienen terrestres blancos a cargo de los motores porque son los que perfeccionaron las unidades de propulsión modernas, son los que más saben de ellas y pueden cuidarlas como nadie. Todos los médicos de las naves son terrestres negros porque por alguna razón que nadie puede explicar, ningún negro siente efectos secundarios por la gravedad ni náusea espacial. Todos los grupos de reparación están formados por marcianos, que necesitan muy poco aire, trabajan el metal perfectamente y son bastante inmunes a las quemaduras de los rayos cósmicos.

En cuanto a los viajes hacia Venus, los mezclan de manera similar, excepto que el piloto de emergencia es siempre un tipo grandote como Jay Score. Hay un buen motivo para ello: él fue el que lo proporcionó. Nunca lo olvidaré. ¡Vaya carácter!

El destino me puso en su camino la primera vez que apareció. Nuestra nave era el *Ciudad de Upskadaska,* un flamante carguero acomodado para transporte de pasajeros, registrado en el espaciopuerto de Venus, de donde tomaba su nombre. No hace falta decir que entre los endurecidos hombres del espacio se la conocía como *Upsydaissy*.

Nos encontrábamos en la base de cohetes de Colorado, al norte de Denver, con una buena carga compuesta principalmente de maquinaria, equipo agrícola, conductores aeronáuticos, y herramientas para Upskadaska, así como una caja de agujas de radio para el Instituto de investigación del cáncer de Venus. Había ocho pasajeros, todos agricultores emigrados que planeaban establecerse tres millones de millas más cerca del Sol. Habíamos colocado la nave en la rampa y estábamos esperando a oír la sirena, que debería sonar dentro de cuarenta minutos, cuando llegó Jay Score.

Medía más de dos metros y pesaba al menos ciento cincuenta kilos, aunque se movía con la gracia de un bailarín. Ver a un tipo tan grande moverse de esa manera es algo que merece la pena observar. Se acercó al portalón de duraluminio con la tranquilidad propia de un pasajero que va a tomar el autobús a Jackson's Creek. De su enorme puño derecho colgaba una maleta de cuero que era lo suficientemente grande para contener su cama y tal vez un guardarropas o dos.

Cuando llegó a lo alto, se detuvo mientras echaba un vistazo a las espadas cruzadas de mi gorra.

–Buenos días, sargento –dijo–. Soy el nuevo piloto de emergencia. Tengo que presentarme ante el capitán McNulty.

Sabía que estábamos esperando otro piloto ahora que Jew Durkin había sido ascendido a la nueva nave marciana *Prometeo*. Así que éste era su sucesor. Era terrestre, claro está, pero ni blanco ni negro. Su cara inexpresiva, pero seria, parecía cubierta de viejo cuero curtido. Sus ojos albergaban fuegos que parecían fosforescentes. Tenía un aspecto que la convertía en el individuo más excepcional que había visto nunca.

–Bienvenido. Pequeño –contesté, lastimándome el cuello mientras alzaba la vista para mirarlo; no le ofrecía la mano porque quería usarla más tarde–: Abre tu maleta y déjala en la cámara esterilizadora. Encontrarás al patrón en la proa.

–Gracias –respondió sin la menor sonrisa.

Entró en la compuerta llevando el maletón de cuero con él.

–Despegamos dentro de cuarenta minutos –advertí.

No volví a saber más de Jay Score hasta que estuvimos a doscientos mil kilómetros de distancia y la Tierra era como una Luna verdosa al extremo de nuestra cola; oí a alguien en el pasillo que preguntaba dónde podía encontrar al sargento de armas. Le llevaron a mi puerta.

–Sargento –dijo, entregando sus credenciales–. He venido a recoger el equipo.

Entonces se apoyó en el pasamanos; todo el material crujió y la parte superior del tubo se curvó por la mitad.

–¡Eh! –grité.

–¡Lo siento! –respondió.

Se soltó. La barra se enderezó cuando él dejó de apoyarse en ella.

Sellando su petición, entré en la armería, saqué su eyector de rayos-aguja y una caja de cápsulas. El traje venusino más grande que pude encontrar le estaba unas once tallas demasiado pequeño, pero tendría que contentarse con eso. Le di una lata de aceite multiusos, una jarra de grafito, una batería Lepanto para su radiófono de microondas, y, por fin, un puñado de semillas marcadas: "Recuerdos de la Corporación Planetaria de Hierbas Aromáticas".

–Puede quedárselo –me dijo, devolviéndome las semillas–. Me dan náuseas.

Metió el resto del material en su mochila sin ni siquiera alzar una ceja. Hacía mucho tiempo que no veía una cara de póquer semejante.

La manera en que miró los trajes me pareció también extrañamente pensativa. Había treinta trajes bifurcados para los terrestres, todos colgando de la pared como si fueran pieles tendidas. También había seis cascos de cabeza-y-hombro para los marcianos, ya que no necesitaban más que tres libras de aire. No había traje para él.

No podría haberle equipado con uno aunque mi vida hubiera dependido de ello. Habría sido como intentar meter un elefante en una lata.

Bueno, se marchó suavemente, si entienden lo que quiero decir. La forma casual con la que transportaba su tonelada de equipo me hijo pensar que me gustaría estar en otro lugar si alguna vez se enfadaba. No es que pensara que se fuese a excitar fácilmente; en el fondo era bastante amistoso, aunque pareciera una esfinge. Pero seguía sintiéndome fascinado por su aire de tranquila seguridad y por la forma que tenía de moverse, rápida, silenciosa y extraña. Tal vez esto último fuera debido a que llevaba una pulgada de goma bajo sus grandes botas.

Me dediqué a observar con interés a Jay Score mientras la *Upsydaisy* hacía un buen promedio en su camino a través del vacío. Sí, sentía curiosidad hacia él porque su aspecto era nuevo para mí a pesar de que había conocido a mucha gente en mi época. Él seguía poco comunicativo, pero cordial. Su trabajo era suavemente eficiente y completamente satisfactorio. McNulty le tomó en gran estima, aunque no era de los que reciben a los recién llegados con abrazos y besos.

Tres días después, Jay impresionó enormemente a los marcianos. Como todo el Mundo sabe, esos seres con tentáculos y de ojos saltones, que apenas respiran, se han mantenido aferrados al título de campeones de ajedrez del Sistema Solar durante más de dos siglos. Nadie que no sea de Marte es capaz de vencerlos. Están locos por el juego y muchas veces los he visto atravesar todos los colores del espectro completamente excitados cuando por fin alguien bahía movido un peón después de treinta minutos de profunda reflexión.

Durante uno de los descansos, Jay pasó sus ocho horas enteras bajo tres libras de presión en la cámara marciana de la nave. A través de los micrófonos se oían largos silencios puntuados por salvajes y chirriantes temblores, como si él y los marcianos estuvieran convirtiendo la cámara en un manicomio. Al final, encontramos a nuestra tripulación tentacular exhausta. Resulta que Jay había accedido a jugar con Kli Yang y le había obligado a aceptar tablas. Kli había ocupado la sexta plaza en el último campeonato y sólo le habían derrotado diez veces... siempre por un hermano marciano, por supuesto.

Los del planeta rojo no perdieron la oportunidad de confraternizar con él. Cada vez que había un período de descanso lo llevaban a la cámara. A los once días de viaje, jugó con seis de ellos simultáneamente, perdió dos juegos, hizo tablas en tres y ganó uno. Los marcianos pensaban que era un verdadero maestro... para ser un terrestre. Conociendo su peculiar habilidad al respecto, lo mismo pensé yo. Igual que McNulty. Llegó hasta el punto de anotar el suceso en el cuaderno de bitácora.



¿Recuerdan ustedes el suceso que la audioprensa del 2270 ha bautizado como el “Movimiento milagroso de McNulty”? Es prácticamente una leyenda del espacio. Después, cuando regresamos a casa, sanos y salvos, McNulty rechazó las aclamaciones y dio todo el crédito a quien en verdad le correspondía. La audioprensa tuvo una buena excusa como de costumbre. Dijeron que él era el capitán, ¿no? y su nombre siempre aparecía en los titulares, ¿no es cierto?. Parece

que siempre tiene que haber un sector de audioperiodistas que tienen que ser reiterativos para ganar la salvación.

Lo que precipitó aquella loca acción y blanqueó mi pelo fue un trozo de escoria cósmica. El objeto tenía la forma de un pedazo de moneda que corría a la velocidad característica de *pssst.* Tenía una órbita planetaria y se aproximó en ángulo recto a nuestro rumbo solar.

Nos dio trabajo. Nunca hubiese creído que una cosa tan pequeña pudiera hacer tanto daño. Todavía hoy puedo oír el terrible silbido del aire mientras buscaba locamente la salida a través de aquel diminuto agujero.

Perdimos un montón de aire antes de que las autopuertas sellaran la sección dañada. La presión casi había bajado a nueve libras cuando los compensadores la mantuvieron y empezaron a subirla lentamente. La bajada de presión no preocupó a los marcianos: para ellos, nueve libras era como inhalar perfume.

Había un ingeniero en la sección sellada. Otro escapó por un pelo de las puertas que se cerraban. Pero pensábamos que el primero tenía contados sus segundos de vida y que saldría flotando al exterior como tantos otros hombres del espacio en el cumplimiento de su deber.

El tipo que había conseguido escapar estaba apoyado contra un bastión, todavía con el rostro pálido, impresionado por lo cerca que había estado de la muerte. Jay Score se le acercó. Su mandíbula estaba tensa, sus ojos eran como lámparas, pero su voz sonó fría y tranquila.

–Salgan –dijo–. Sellen esta habitación. Intentaré traerlo. Ábran y déjenme pasar rápidamente cuando llame.

Con esto, nos hizo salir de la sala, que sellamos cerrando su autopuerta. No pudimos ver lo que aquel grandullón estaba haciendo, pero el indicador mostraba que había liberado y abierto la puerta que daba a la sección dañada. Un par de segundos más tarde la luz se apagó, mostrando que la puerta había vuelto a cerrarse. Entonces oímos un golpe urgente. Abrimos. Jay atravesó la compuerta llevando en brazos el cuerpo inerte del ingeniero. Lo transportaba como si no fuera más grande ni más pesado que un gatito y por la manera en que lo llevó pasillo abajo parecía que estaba dispuesto a acarrearlo hasta el otro extremo de la nave.

Mientras tanto, descubrimos que estábamos en un lío de primera clase. Los cohetes ya no funcionaban. Los propulsores estaban en perfecto estado y las cámaras de combustión no habían sufrido daños. Los inyectores funcionaban sin problemas... suponiendo que pudiéramos bombearlos a mano. No habíamos perdido nada de nuestro precioso combustible y el casco estaba intacto a excepción de aquel agujero. Lo que nos inutilizaba era la rotura de nuestro sistema de guía de coordenadas y los controles. Éstos se encontraban en el lugar que había atravesado el proyectil y ahora no servían para nada.

El asunto era más que serio. La opinión general era que nos esperaba una muerte segura, aunque nadie lo decía tan abiertamente. Estoy bastante seguro de que McNulty compartía aquella morbosa idea aunque en su informe oficial lo

desestimaba como “un contratiempo embarazoso”. Así era McNulty. Es un milagro que no definiera nuestros sentimientos diciendo que estábamos perplejos.

De todas formas, el equipo marciano salió al exterior y tuvieron que trabajar en serio por primera vez en seis viajes. La presión había llegado a catorce libras y para soportarla tuvieron que usar sus trajes especiales.

Kli Yang arrugó la nariz, ofendido, agitó un tentáculo disgustado y trinó:

–¡Podría nadar!

Se calmó cuando conseguimos fijar la presión a sus tres libras de costumbre. Eso es lo que los marcianos entienden por sarcasmo: cada vez que la atmósfera es más densa de lo que les gusta, hacen observaciones maliciosas y dicen “¡podría nadar!”. Hay que reconocer que eran buenos. Un marciano puede adherirse al hielo pulido y trabajar continuamente durante doce horas con una ración de oxígeno que no podría satisfacer a un terrícola más de noventa minutos. Los vi atravesar las escotillas, con los ojos girando a través de las peceras invertidas de sus cascos, sus tentáculos agarrando los cables de energía, sellando placas y soldadores. Las luces azules iluminaban las portillas exteriores cuando empezaron a cortar, dar forma y sellar aquel desgarrón.

Mientras tanto, continuábamos cayendo hacia el Sol. Si no hubiera sido por esta maldita desgracia, tendríamos que haber cogido una curva para entrar en la órbita de Venus dentro de cuatro horas. Entonces sólo teníamos que dejar que el planeta nos atrajera mientras decelerábamos para aterrizar sin contratiempos.

Pero cuando el diminuto planeta nos salió al paso estábamos aún dirigiéndonos al mayor y más brillante horno que existe. Así, continuamos nuestra marcha. Nuestra velocidad original aumentaba por la fuerza de atracción de nuestro fiero destino.

Quería ser incinerado..., ¡pero a su debido tiempo!

En el puente de mando, en la proa, Jay Score permanecía reunido constantemente con el capitán McNulty y los dos operadores del astro computador. Fuera, los marcianos continuaban deambulando, soldando y reparando con sus destellos de luz azul espectral. Los ingenieros, por supuesto, no estaban esperando que acabaran su trabajo. Cuatro de ellos, ataviados con trajes espaciales, entraron en la sección dañada y empezaron a poner orden en el caos.

Envidiaba a aquellos tipos que tenían algo que hacer, y lo mismo pensaban muchos otros. Es un gran consuelo poder hacer algo aunque sea en una situación aparentemente desesperanzada. Es terriblemente deprimente no tener otra cosa que hacer sino juguetear con tus dedos mientras los otros están activos.

Dos marcianos entraron a través de la escotilla, cogieron más placas y salieron de nuevo. Uno de ellos pensó que sería una buena idea llevar consigo su tablero de ajedrez de bolsillo, pero no se lo permití. Hay un lugar y un tiempo para cada cosa, y mover caballo cuatro rey en el exterior de una nave a la deriva no era lo más adecuado. Luego fui a ver a Sam Hignett, nuestro cirujano negro.

Sam había conseguido rescatar al ingeniero de la tumba. Lo había hecho con oxígeno, adrenalina, y masajes cardíacos. Sólo sus dedos largos y experimentados podían haberlo conseguido. Era algo que se había hecho antes, pero no a menudo.

Parecía que Sam no sabía lo que había sucedido y tampoco le importaba mucho. Era así siempre que tenía un paciente a su cargo. Cerró con destreza la incisión en el pecho con grapas de plata, pintó la carne suturada con plástico iodizado y enfrió el material para que se endureciera inmediatamente con un spray de éter.

–Sam –le dije–. Eres un fenómeno.

–Jay me lo ha puesto fácil –dijo él–. Lo ha traído a tiempo.

–¿Por qué le echas la culpa? –bromeé, sin ninguna gracia.

–Sargento –respondió él, muy serio–, soy el médico de esta nave. Lo hago lo mejor que puedo. No podría haber salvado a este hombre si Jay no lo hubiera traído cuando lo hizo.

–De acuerdo, de acuerdo. Como tú digas.

Un buen tipo, ese Sam. Pero era igual que todos los médicos... ya saben, ético. Le dejé con su paciente, que respiraba débilmente.

Me encontré con McNulty en el pasillo cuando regresaba. Estaba comprobando los tanques de combustible. Lo hacía personalmente, y eso significaba algo. Parecía preocupado, y eso significaba muchísimo. Significaba que no tenía que molestarme en ir escribiendo mi testamento porque nunca lo leería ningún ser vivo.

Su forma corpulenta desapareció en la sala de mando y le oí decir:

–Jay, supongo que podrías...

Entonces la puerta al cerrarse apagó su voz.

Parecía tener mucha fe en Jay Score. Bueno, el tipo parecía bastante competente. El patrón y el nuevo piloto de emergencia continuaban actuando como colegas incluso mientras nos dirigíamos al estallido final.

Uno de los agricultores emigrados salió de su camarote y me vio antes de que llegara a la armería.

–Sargento –preguntó, estudiándome con los ojos muy abiertos–, veo una media Luna a través de mi escotilla.

Continuó mirándome mientras yo le miraba a mi vez. Venus mostrando su media Luna significaba que ahora estábamos cruzando su órbita. Él lo sabía también... lo noté por la manera que movía los ojos.

–Bien –insistió, con enfermizo nerviosismo–, ¿cuánto tiempo nos va a retrasar este contratiempo?

–No lo sé –me rasqué la cabeza, intentando parecer confiado y estúpido al mismo tiempo–. El capitán McNulty hará todo lo que esté en su mano. Confíe en él. Papá sabe lo que hace.

–¿Cree que estamos... esto... en peligro?

–Oh, no, en absoluto.

–Es usted un mentiroso –dijo.

–Lamento tener que admitirlo.

Eso le desarmó. Regresó a su camarote, insatisfecho, asustado. En poco tiempo vería a Venus en fase de tres cuartos y se lo diría a los otros. Entonces la carne estaría en el asador.

Nuestra carne en el asador solar.

Los últimos vestigios de esperanza se habían desvanecido justo en el momento en que un terrible rugido y un temblor violento anunciaron que los cohetes largo tiempo muertos habían vuelto a entrar en acción. El ruido no duró más que unos segundos. Se apagaron rápidamente. El breve estallido sirvió para mostrar que las reparaciones eran efectivas y satisfactorias.

El ruido hizo que el agricultor acudiera corriendo a galope tendido. Ahora ya sabía lo peor, igual que los otros. Había sido imposible ocultar la verdad en los tres días que habían pasado desde que vimos a Venus en media Luna. El planeta bahía quedado muy por detrás de nosotros ahora. Estábamos cortando la órbita de Mercurio, Pero los pasajeros aún se aferraban desesperadamente a la idea de que alguien haría un milagro.

Entró rápidamente en la armería y gimió:

–Los cohetes están otra vez funcionando. ¿Eso significa...?

–Nada –contesté.

No tenía sentido hacerles concebir falsas esperanzas.

–Pero ¿no podemos dar la vuelta y regresar?

Se secó el sudor que le caía por las cejas. Tal vez fuera debido en parte al miedo, pero sobre todo se debía al desagradable hecho de que las condiciones interiores se habían convertido en cualquier cosa menos árticas.

–Señor –dije, sintiendo que la camisa se me pegaba a la espalda–, tenemos más impulso del que ningún otro astronauta ha disfrutado antes. y nos movemos tan rápidamente que no tenemos otra cosa que hacer sino cruzarnos de brazos.

–Mi rancho –gruñó, amargamente–. Me han concedido cinco mil acres del mejor terreno venusino para plantar tabaco, por no mencionar una opción para criar ganado.

–Lo siento, pero creo que tendrá mucha suerte si alguna vez llega a verlo.

¡Crrrump!, hicieron otra vez los cohetes. El estallido me hizo retroceder y él se dobló hacia adelante como si tuviera dolor de estómago. En la proa, McNulty, Jay Score o algún otro los estaba conectando y desconectando cada vez que se le antojaba. No pude encontrarle sentido a aquello.

–¿Para qué es eso? –preguntó el pasajero, recuperando la postura vertical.

–A mí que me registren.

Frunciendo el ceño con disgusto, regresó a su camarote. Un típico emigrante terrestre, grande, sano y duro, era lento para reaccionar y demasiado ingenuo para estar realmente preocupado de una manera verdaderamente estremecedora.

Media hora después sonó la llamada general por los altavoces de toda la nave. Era una señal de Tierra, nunca utilizada en el espacio. Significaba que toda la tripulación y todos los otros ocupantes de la nave tenían que reunirse en la cámara central. ¡Imaginen a tipos llamados a sus puestos en pleno vuelo!

Tenía que haber algo único en la historia de la navegación espacial tras aquella llamada, probablemente un discurso de prepárense-para-lo-inevitable, a cargo de McNulty.

Como esperaba que el capitán presidiera los últimos ritos, no me sorprendí al encontrarle de pie sobre el pequeño estrado mientras nos reuníamos. Sus rasgos plúmbeos estaban levemente crispados, pero los cambió por una sonrisa cuando entraron los marcianos y uno de ellos hizo como que nadaba.

Erguido junto a McNulty, tan inexpresivo como de costumbre, Jay Score miró a ese marciano nadador como si fuera un cuenco de cristal. Entonces sus ojos, extrañamente encendidos, miraron hacia otra parte, como si no hubieran visto nada más absurdo. El chiste de la natación, de todas formas, se estaba haciendo pesado.

–Hombres y *vedras* –empezó a decir McNulty; esto último era la palabra marciana para “adultos” y, por implicación, otro ejemplo del sarcasmo marciano–. No es necesario que me extienda sobre lo embarazoso de nuestra posición –aquel tipo sabía elegir las palabras... ¡embarazoso!–. Ya estamos más cerca del Sol de lo que lo ha estado ninguna otra nave en la historia de la navegación cósmica.

–Navegación cómica –murmuró Kli Yang, sin ningún tacto.

–Necesitaremos tu sentido del humor para entretenernos más tarde –observó Jay Score con una voz tan tensa que Kli Yang se dio por vencido.

–Nos dirigimos hacia el Sol –continuó McNulty, frunciendo nuevamente el ceño–, más rápido de lo que se ha movido ninguna nave con anterioridad. No hay más que

una oportunidad entre diez mil de salir de ésta con vida –dirigió a Kli Yang una sonrisa desafiante, pero esta vez el individuo con tentáculos permaneció en silencio–. Sin embargo, existe esa oportunidad, y vamos a intentarlo.

Le miramos con la boca abierta, preguntándonos qué demonios quería decir. Todos sabíamos que nuestra terrible velocidad hacía imposible describir una vuelta en U y regresar sin tocar el Sol. Tampoco podíamos dar media vuelta en dirección contraria con todo aquel impulso detrás. No había nada que hacer sino seguir hacia adelante, hacia adelante, hasta que el estallido final esparciera por el Cosmos nuestras moléculas destrozadas.

–Lo que intentamos hacer es una *cometaria* –continuó diciendo McNulty–. Jay, los astrocomputadores y yo pensamos que hay una remota posibilidad de que podamos conseguirlo y escapar con vida.

Aquello estaba bastante claro. La acción era algo puramente teórico que se debatía a menudo entre los matemáticos y los astronavegantes, pero que nunca se había intentado en la cruda realidad. La idea era acumular toda la velocidad posible y, al mismo tiempo, entrar en el ángulo de una órbita elíptica similar a la de un cometa. En teoría, la nave podría pasar cerca del Sol tan rápidamente que oscilaría como un péndulo al otro lado de la órbita cuando saliera. Un buen truco,... pero ¿podríamos conseguirlo?

–Los cálculos muestran que nuestra situación actual es lo suficientemente óptima como para permitir una buena probabilidad de éxito –dijo McNulty–. Tenemos energía y combustible suficientes para acumular la velocidad necesaria con la ayuda de la atracción del Sol. Para entrar en el ángulo adecuado y mantenerlo el tiempo necesario. Lo único que nos plantea serias dudas es si podremos sobrevivir tan cerca del Sol –se secó el sudor, enfatizando inconscientemente lo que nos esperaba–. ¡Va a resultar un verdadero Infierno!

–¡Lo conseguiremos, patrón! –dijo alguien.

Un bajo murmullo de apoyo atravesó la cabina.

Kli Yang se puso en pie, alzó simultáneamente cuatro brazos sin articulaciones para llamar la atención, y trinó:

–Es una idea. Es excelente. Yo, Kli Yang, la apoyo en nombre de mis amigos *vedras*. Nos meteremos en el refrigerador y sufriremos la peste terrícola mientras pasamos junto al Sol.

Ignorando el chiste sobre el olor humano. McNulty asintió.

–Todos entraremos en la cámara refrigeradora y lo soportaremos lo mejor que podamos.

–Exactamente –dijo Kli–. ¡Eso es! –añadió, con un ligero aire de superfino descuido; agitando una punta tentacular ante McNulty, continuó–: Pero no podemos controlar la nave mientras permanecemos en la nevera como tres docenas y media

de helados de fresa. Tendrá que haber un piloto en la proa. Un individuo tendrá que guiar la nave... hasta que se enfríe. Así que alguien tendrá que ser la salchicha.

Hizo otro movimiento sinuoso con el tentáculo, convencido de que estaba fascinando a sus oyentes y requiriendo su completa atención.

–Y ya que no puede negarse que nosotros los marcianos somos menos susceptibles a los calores extremos, sugiero que...

–¡Tonterías! –exclamó McNulty.

Su rudeza no engañó a nadie. Los marcianos eran molestos, pero grandes tipos.

–De acuerdo –el trino de Kli se convirtió en un agudo chirrido de protesta–. ¿Quién más está capacitado para convertirse en un churrasco?

–Yo –dijo Jay Score.

Fue extraña la manera en que lo dijo. Como si fuera el candidato tan obvio que sólo los ciegos no pudieran verlo.

¡Tenía razón, claro! Jay, el hombre adecuado para aquel trabajo. Si alguien era capaz de soportar lo que iba a atravesar las portillas de observación ese era Jay Score. Era grande y duro, construido para tareas como ésta. Contenía un montón de material que ninguno de nosotros poseía, y, después de todo, era un piloto de emergencia cualificado; y desde luego ésta era una emergencia, la mayor de todas.

Pero era curioso lo que sentía hacia él. Pude imaginármelo allí delante, completamente solo, sin nadie, nuestras vidas dependiendo de la cantidad de Infierno que pudiera soportar, mientras el tremendo Sol extendía sus dedos abrasadores...

¡Tú! –exclamó Kli Yang, rompiendo la cadena de mis pensamientos; sus ojos saltones rebulleron llenos de ira ante la gran figura lacónica sobre el atrio–. ¡Tú! Estoy preparado para darte jaque en cuatro movimientos, y lo sabes perfectamente, por eso planeas encerrarte.

–En seis movimientos –corrigió Jay, sin darle importancia–. No puedes hacerlo en menos de seis.

–¡Cuatro! –aulló Kli Yang–. y ahora precisamente tú...

Aquello era demasiado para McNulty. Parecía estar a punto de sufrir un colapso. Su cara púrpura se volvió hacia el semafórico Kli.

–¡Al Infierno con vuestro maldito ajedrez! –rugió–. Vuelvan todos a sus puestos. Prepárense para el impulso máximo. Haré sonar la alarma general en cuanto sea necesario ponerse a cubierto y entonces todos irán a la sala de refrigeración.

Miró a su alrededor, el púrpura de su cara se desvanecía gradualmente mientras la presión de su sangre bajaba.

–Es decir, todos menos Jay.

Los cohetes tronaban como de costumbre, a toda marcha, suave y firmemente. En el interior de la nave la atmósfera empezó a calentarse más y más hasta que la humedad comenzó a fluir continuamente por nuestras espaldas y el brillo de las paredes se tornó opaco. No sé cómo se estaría en el interior de la sala de navegación en la proa, ni quise descubrirlo. Los marcianos no se sentían demasiado mal todavía; por una vez, había que envidiar su extraña constitución.

No controlé el tiempo, pero tuve dos llamadas al deber con un período de descanso antes de que los altavoces dieran la alarma general. Para entonces, las cosas se habían vuelto feas. Ya no estaba sudando: me estaba derritiendo lentamente.

Sam, por supuesto, fue el terrestre que mejor lo soportó y aguanto lo suficiente hasta sacar a su paciente del peligro original. Aquel ingeniero tuvo suerte, si es suerte que lo salven a uno para después arrojarlo a una hoguera. Lo pusimos en la cámara frigorífica inmediatamente, con Sam atendiéndolo.

Los demás le seguimos cuando sonó la alarma. Nuestro santuario no era más que un simple refrigerador; era la sección más fuerte y más fría de la nave, un compartimiento fuertemente reforzado y triplemente acorazado donde se encontraban los almacenes de instrumentos, dos instalaciones médicas y un largo salón para beneficio de los pasajeros que sufrieran náuseas. Nos alojó a todos confortablemente.

A todos menos a los marcianos. Les alojó, pero no confortablemente. Nunca se sienten cómodos con una presión de catorce libras, que consideran algo no sólo denso, sino también apestoso... algo así como respirar maleza impregnada de esencia de cabra vieja.

Ante nuestros propios ojos. Kli Yang sacó una botella de aroma de *hooloo* y se la tendió a su medio pariente Kli Morg. Este nos miró con desdén y luego olió la botella con una ostentación que era claramente insultante. Pero nadie dijo nada.

Todos estaban presentes excepto McNulty y Jay Score. El capitán apareció dos horas más tarde. Las cosas tenían que haber sido duras allí fuera, pues su aspecto era terrible. Su cara cenicienta estaba arrugada y brillante, y sus mejillas, que una voz habían sido regordetas, estaban hundidas y llenas de llagas. Su uniforme, normalmente tenso y garboso, colgaba fofo. No había más que mirarlo para ver que había sufrido una buena sesión de tueste, casi más de lo que podía soportar.

Caminó tambaleándose, cruzó la sala, entró en la sección de primeros auxilios y se desnudó con movimientos lentos y dolorosos. Sam le untó con crema. Pudimos oír al atormentado patrón gruñir roncamente mientras Sam ponía todo su empeño en el trabajo.

El calor se cebaba ahora con nosotros vengativamente, inundaba las paredes, el suelo, el aire, y creaba una multitud de fieras sensaciones punzantes en todos los músculos de mi cuerpo. Varios ingenieros se quitaron las botas y chaquetones. Poco después los pasajeros los imitaron, quitándose la mayor parte de su ropa exterior. Mi agricultor se quedó sentado tristemente, vestido con ropas tropicales, reflexionando con melancolía sobre lo que podría haber sido.

McNulty salió de la enfermería, se dejó caer en un catre y dijo:

–Si estamos bien dentro de cuatro horas, habremos soportado lo peor.

En ese momento los cohetes se pararon. Supimos de inmediato qué pasaba. Un tanque de combustible se había vaciado y un relé había fallado al reemplazarlo. Debía de haber habido un ingeniero dispuesto a conectar los conductos. Con el calor y la excitación, alguien lo había pasado por alto.

Apenas tuvimos tiempo de darnos cuenta del hecho cuando Kli Yang salió por la puerta. Estaba cerca de ella y se marchó cuando los demás aún estábamos intentando decidir qué hacer. Veinte segundos más tarde, los cohetes reiniciaron su firme rugido.

Una llamada sonó por el intercomunicador junto a mi oreja derecha. Conecté el micrófono y apenas sí pude preguntar roncamente.

–¿Sí?

–¿Quién lo hizo?

Oí la voz de Jay llamando desde la proa.

–Kli Yang –le dije–. Aún está fuera.

–Probablemente ha ido a su cámara –repuso Jay–. Dile que le doy las gracias.

–¿Qué tal se está por ahí?

–Fatal. No es muy bueno... para la visión –un momento de silencio, después–. Supongo que puedo soportarlo... de alguna manera. Prepárense para la próxima vez... que llame.

–¿Porqué? –medio gemí, medio jadeé.

–Voy a hacer rotar la nave. Intento... distribuir... el calor.

Un débil chasquido anunció que había cortado la comunicación. Dije a los otros que se ataran. Los marcianos no tuvieron que preocuparse por eso, porque disponían de las suficientes ventosas para agarrarse a un meteoro incandescente.

Kli regresó y demostró que la suposición de Jay había sido correcta; traía consigo las piezas de cabeza-y-hombro de su equipo. La carga era casi demasiado para lo que podía soportar, ahora que la temperatura había subido a un punto en el que incluso él había empezado a jadear.

Los marcianos cogieron alegremente sus trajes, los sellaron y les redujeron la presión a tres libras. Esto los hizo sentirse considerablemente más felices. Recordando que los terrestres usarnos trajes espaciales para conservar aire en el interior, parecía extraño ver que aquellos tipos los utilizaban para mantenerlo fuera.

Acababan de acomodarse y habían colocado un tablero de ajedrez para entretenerse cuando la señal sonó otra vez. Nos atamos. Los marcianos prepararon sus ventosas.

Lenta y firmemente, la *Upsydaisy* empezó a girar sobre su eje longitudinal. El tablero y las piezas de ajedrez intentaron permanecer de pie, fallaron, se esparcieron por el suelo, por las paredes y por el techo. La atracción solar hacía que se pegaran al lado de la nave más cerca del Sol.

Vi los rasgos cansados y acalorados de Kli Morg mirando sombríamente un alfil negro cuando éste pasó a su lado, y supongo que en el interior de su casco estaba haciendo algunos comentarios dignos de la inventiva marciana.

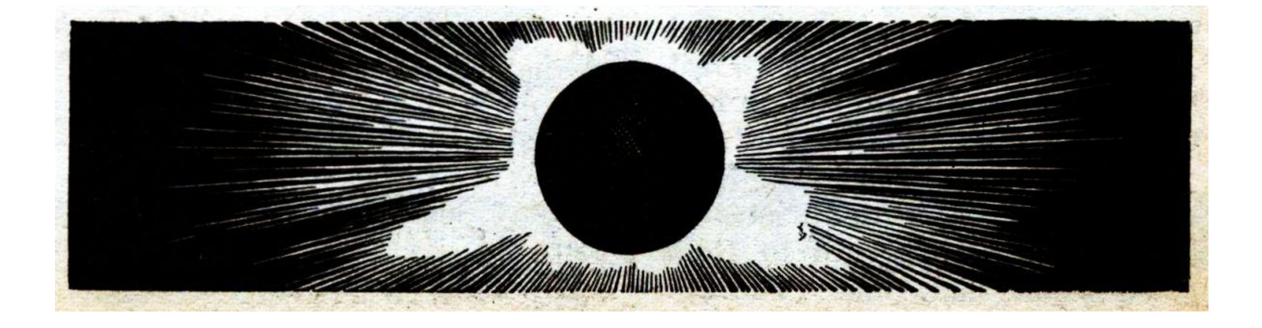
–Tres horas y media –jadeó McNulty.

Aquella estimación de cuatro horas sólo podía significar dos horas de aproximación al límite absoluto y otras dos de retirada. Así que en el momento en que alcanzáramos las dos horas sería el instante en que estaríamos más cerca del horno solar, el momento de mayor peligro.

No fui consciente de aquel momento crítico, porque me desmayé veinte minutos antes. No merece la pena extenderme sobre el horror de ese momento. Creo que me volví un poco loco. Era un cerdo en una parrilla, al que estaban asando vivo. Es la única vez que he pensado en el Sol como un enorme bastardo brillante al que habría que extinguir de una vez por todas. Poco después, fui incapaz de pensar en nada.

Recobré el conocimiento y dolorosamente me revolví en mi cinturón noventa minutos después de pasar el punto medio. Mi mente aturdida tenía problemas para darse cuenta de que ahora sólo nos faltaba media hora para ponernos teóricamente a salvo.

Lo que había sucedido en el ínterin quedó en mi imaginación, y entonces no me molesté en averiguarlo. El Sol brillaba con una ferocidad muchos millones de veces superior a la del ojo de un tigre, cien mil veces más hambriento que nuestra sangre y nuestros huesos. Su corona llameante se extendía hacia la nave cargada de seres medio muertos, aprisionados en un recipiente de acero.



Y delante de la nave, tras sus portillas de observación de cuarzo, totalmente inadecuadas, Jay Score sentado solo, enfrentado a aquel Infierno desatado. mirando, mirando, mirando...

Me puse en pie y me tambaleé inseguro cayendo como un saco de patatas. La nave ya no estaba rotando y avanzaba normalmente. Lo que me hizo caer fue pura debilidad. Me sentía fatal.

Los marcianos ya se habían recuperado. Sabía que serían los primeros. Uno de ellos me levantó y me agarró con firmeza mientras recuperaba una porción de mi antiguo control. Advertí que otro de ellos estaba inclinado sobre el inconsciente McNulty y tres de los pasajeros. Sí, los protegía del calor y fueron los siguientes en volver a la vida.

Me dirigí al intercomunicador y lo conecté, pero no conseguí respuesta de la proa. Durante tres minutos enteros me quedé colgado y atontado antes de intentarlo de nuevo. Nada sucedió. Jay no quería o no podía contestar.

Como soy un cabezota, hice otros cuantos intentos sin mejores resultados. El esfuerzo me hizo caer desplomado una vez más. El calor era aún terrible. Me sentía más deshidratado que una momia de un millón de años excavada de la arena.

Kli Yang abrió la puerta y se arrastró al exterior de la cámara con movimientos dolorosos. Su casco de aire estaba asegurado sobre sus hombros. Regresó cinco minutos más tarde y habló a través del diafragma de su casco.

–No pude acercarme a la sala de control de proa. Las autopuertas están cerradas a la mitad de los pasillos, la atmósfera es densa, y es como estar dentro de un horno –miró a su alrededor, encontró mis ojos y contestó a mi muda pregunta–. No hay aire en la proa.

El que *no* hubiera aire significaba que las portillas de observación habían estallado. Ninguna otra cosa podría haber vaciado la sala de control. Bien, llevábamos instrumental para el trabajo y podríamos arreglar un poco los daños en cuanto pudiéramos. Mientras tanto, aquí estábamos, lanzados hacia adelante, tal vez siguiendo un curso correcto o tal vez no, con una sala de control vacía y sin aire, y con un sistema intercomunicador que no ofrecía más que un silencio espectral.

Nos sentamos y recuperamos fuerzas. El último en salir de su coma fue el ingeniero herido. Sam lo había cuidado. Fue entonces cuando McNulty se secó el sudor y mostró una repentina excitación.

–Cuatro horas, caballeros –dijo, con sombría satisfacción–. ¡Lo hemos conseguido!

Todos lanzamos un hurra vacío. ¡Por Júpiter!, la atmósfera súpercaldeada pareció hacerse diez grados más fría con la noticia. Es extraño cómo el alivio de la tensión puede dar energía: en unos minutos habíamos recuperado nuestra antigua fuerza y estábamos preparados para partir. Pero aún tuvieron que pasar otras cuatro horas antes de que un cuarteto de ingenieros, ataviados con trajes espaciales, penetraran en el Infierno que teníamos por delante, y trajeran su carga de la sala de control sin aire.

Lo llevaron al departamento de Sam. Era una figura grande, pesada y silenciosa con la cara negra por las quemaduras.

Torpemente, me acerqué a él y le dije:

–Jay, Jay, ¿cómo te encuentras?

Tuvo que oírme, pues movió los dedos de la mano derecha y emitió un sonido lastimero. Dos de los ingenieros fueron a su camarote y trajeron su enorme maleta de cuero. Cerraron la puerta con Sam y nos dejaron a los marcianos y a mí fuera. Kli Yang recorría el pasillo de arriba abajo, como si no supiera qué hacer con sus tentáculos.

Sam salió más de una hora después. Nos pusimos en pie de un salto.

–¿Cómo está Jay?

–Ciego como una estatua –sacudió su cabeza rizada–. Y no tiene voz. Ha recibido una paliza terrible.

–Por eso no pudo contestar por el intercomunicador –le miré directamente a los ojos–. ¿Puedes... puedes hacer algo por él, Sam?

–Ojalá pudiera –su cara seria reflejaba sus sentimientos–. Sabes lo mucho que me gustaría ayudarle. Pero no puedo –hizo un gesto de abandono–. Está por encima de mis modestas habilidades. Solamente Johannsen puede ayudarle. Tal vez cuando regresemos a la Tierra...

Su voz se apagó y regresó a su cámara.

–Me siento triste –dijo Kli Yang miserablemente.

Una escena que no olvidaré hasta el día de mi muerte fue la que ocurrió aquella noche que pasamos como invitados del Astro Club de New York. Ese club era entonces (como lo es hoy) el grupo más elitista de seres humanos que jamás se ha congregado. Para ser aceptado como miembro uno tiene que hacer un milagro en una emergencia a bordo de una astronave. En aquellos días sólo había nueve miembros y hoy sólo hay doce.

Mace Waldron, el famoso piloto que salvó al navío marciano en el 2263, era el presidente. Estaba a la cabecera de la mesa con Jay Score sentado a su lado. Al otro extremo se encontraba McNulty, con una amplia sonrisa de satisfacción en su cara regordeta. Junto al patrón estaba el viejo y canoso Knud Johannsen, el genio que diseñó la serie J y un científico conocido por todos los hombres del espacio.

A los lados, manifiestamente orgullos, estaba sentada toda la tripulación de la *Upsydaisy*, incluyendo los marcianos, más tres de nuestros pasajeros que habían pospuesto sus viajes para esta ocasión. También había un par de audioperiodistas con cámaras y micrófonos.

–Caballeros y *vedras* –dijo Mace Waldron–, éste es un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad, un hecho que nunca había sido pensado ni imaginado en este club. Por eso, siento que es doblemente un honor y un privilegio proponer que

Jay Score, piloto de emergencia, sea aceptado como miembro plenamente cualificado y digno del Astro Club.

–¡Secundo la propuesta! –gritaron tres, miembros simultáneamente.

–Gracias, caballeros –alzó una ceja inquisitivamente; ocho manos se alzaron al unísono–. Aceptado por unanimidad.

Mirando al taciturno e inmóvil Jay Score, empezó a pronunciar un elogioso discurso. Continuó y continuó, lleno de aprecio y superlativos, mientras Jay permanecía sentado a su lado con aire indiferente.

Al otro lado de la mesa, vi que la sonrisa de satisfacción de McNulty se hacía más y más grande. Junto a él, el viejo Knud miraba a Jay con un cariño paternal que rozaba la fatuidad. La tripulación prestaba igualmente su atención al impertérrito sujeto de la charla, y las cámaras estaban también fijas en él.

Volví mi atención y vi a la víctima sentada allí, con sus ojos restaurados brillantes y relucientes, pero con la cara completamente inmóvil a pesar del discurso, la publicidad y el brillo de orgullo paternal a cargo de Johannsen.

Pero después de diez minutos, vi que J20 empezaba a ruborizarse con obvio embarazo.

¡No permitan que nadie les diga que los robots no tienen sentimientos!

2 - Mecanistria

Ahí estábamos, en el entresuelo del Séptimo Edificio de Administración del Astropuerto de Tierra. Ninguno de nosotros tenía ni la más mínima idea de por qué nos habían llamado tan intempestivamente ni por qué no saltamos hacia Venus como de costumbre.

Así que andábamos dando vueltas, haciéndonos preguntas sin respuesta con la mirada y sin averiguar ni pío. Una vez vi a treinta gupis de Venus mirando embobados como cretinos a un terrier escocés llamado Fergus y estrujándose el garbanzo que tenían por sesera, tratando de averiguar por qué meneaba un extremo. Tenían más o menos el mismo aspecto que nosotros ahora.

Corpulento y fofo como siempre, el capitán McNulty llegó justo cuando iba a empezar el concurso de comerse las uñas. Le seguían media docena de los técnicos principales del *Upsydaisy* y un enano flacucho que no habíamos visto nunca. Cerraba la marcha Jay Score, caminando ágilmente sobre el suelo de madera que crujía bajo sus casi ciento cuarenta kilos. Nunca dejaba de sorprenderme la soltura con que movía su enorme mole. Relucían sus ojos mientras nos abarcaba a todos con la mirada.

Indicando que le siguiéramos, McNulty nos condujo a una sala, subió, pavoneándose, al estrado y se dirigió a nosotros como un maestro a una clase de tercero de básica.

–Caballeros y *vedras*, esta tarde me acompaña el famoso profesor Flettner.

Se inclinó brevemente ante el enano, que sonrió como pudo y remeneó los pies como un chico a quien han pillado metiendo el dedo en el pastel.

–El profesor busca tripulantes para su vehículo extra solar, el *Marathon*. Jay Score y seis de nuestros técnicos se han ofrecido voluntarios para ir conmigo. Nos han aceptado y hemos recibida la instrucción necesaria mientras ustedes estaban con permiso.

–Fue un placer –intervino Flettner, ansioso de hacerse perdonar el habernos robado al capitán.

–El Gobierno de Tierra –continuó McNulty, halagado– ha aprobado a toda la dotación de mi nave anterior, el carguero venusiano *Ciudad de Upskadaska*. Ahora la decisión es de ustedes. Quienes deseen permanecer en el *Ciudad de Upskadaska* pueden abandonar esta reunión y presentarse. Los que prefieran acompañarme, que levanten la mano –entonces se fijó en los marcianos y añadió–: O un tentáculo.

Sam Hignett alzó rápidamente su manaza morena.

–Capitán, yo me quedo con usted.

Nos ganó por una fracción de segundo. Lo curioso era que ninguno de nosotros estaba entusiasmado por salir en el cajón suicida de Flettner. Era que nos encontrábamos demasiado débiles para rehusar. O tal vez arriesgábamos el cuello sólo para ver la cara que pondría McNulty.

–Gracias, hombres –dijo McNulty con la voz solemne que se usa en los entierros.

Tragó saliva, se sonó la nariz. Nos miró a todos casi con cariño, y de pronto pareció corrido al descubrir a un marciano caído en un rincón, en un desparramo de tentáculos flojos.

–Sug Farn, qué... –empezó a decir.

Kli Yang, el jefe de la panda del planeta rojo, no le dejó terminar.

–Yo levanté dos tentáculos, Capitán. Uno por mí y otro por él. Está durmiendo. Me encargó que levantara la mano en su nombre, que dijera si o no, o cantara "Ahí va la comadreja", según conviniera.

Todo el Mundo se rió. La vaguería rota y absoluta de Sug Farn era una característica de la vida a bordo del *Upsydaisy*. El capitán era el único en ignorar que nada, aparte de un trabajo exterior urgente o una partida de ajedrez, podía mantener despierto a Sug Farn. Terminaron las risas, y el durmiente llenó de inmediato el silencio con uno de esos fantasmagóricos silbidos agudos que son la versión marciana del ronquido.

–Muy bien –dijo McNulty, esforzándose por que la boca no se le hiciera sonrisa–. Quiero que se presenten a bordo al amanecer. Salimos a las diez G.M.T.. Jay Score les dará más información y responderá a sus preguntas.

El *Marathon* era una verdadera belleza, diseñado por Flettner, construido por el gobierno, con líneas elegantes, mitad de crucero de guerra, mitad de un cohete de carreras ligero. En realidad, estaba equipado con lujo, en comparación con el *Upsydaisy*. Me gustó mucho. A los demás también.

Desde lo alto de la pasarela telescópica de metal, observé la llegada de los rezagados. Jay Score bajó y volvió con su enorme cajón al hombro. Se le permitía más peso en bagaje personal que a tres de nosotros juntos. Nada raro, pues uno solo de los elementos de su equipo era un motor atómico de repuesto, un precioso trabajito de ingeniería que pesaba cuarenta kilos. En cierto modo, era su corazón de emergencia.

Cuatro expertos del gobierno llegaron en grupo. No tenía ni idea de quienes eran y por qué iban con nosotras, pero les conduje a sus camarotes privados. El último en llegar fue el joven Wilson, un muchacho rubio y malhumorado de unos diecinueve años. Había enviado ya tres cajas y ahora intentaba llevar otras tres a bordo.

–¿Qué hay ahí? –pregunté.

–Equipo –contempló la nave sin disimular su repugnancia.

–¿De reparaciones, médico, o para manicura?

–Fotográfico –me espetó, sin asomos de sonrisa.

–¿Es el fotógrafo oficial?

–Sí.

–Bueno. Tírelas en la bodega del medio.

Me miró con ceño.

–Esto no se tira, ni se deja caer, ni se arroja, ni se echa. Se coloca. Con suavidad.

–¡Ya me oyó! –me gustaba la cara del chico, pera no su actitud hosca.

Puso las cajas en lo alto de la pasarela con exagerado cuidado y me miró despacio, recorriéndome de pies a cabeza, ida y vuelta. Tenía los labios delgados y los nudillos blancos.

–¿Y quién hay dentro de esa camisa? –dijo después.

–Soy el sargento de guardia –le informé con mi tono de no aguantar impertinencias–. Ahora vaya y tire, deposite, o coloque esas cajas en sitio seguro, si no quiere que las deje caer treinta metros hasta Tierra.

Le di en el talón de Aquiles. Creo que si le hubiera amenazado con tirarle a él, habría intentado ponerme en una órbita individual. Pero no tenia intención de permitirme ni a mí ni a nadie coger sus preciosas cajas. Otorgándome el favor de una mirada que prometía guerra, asesinato, y muerte súbita, llevó las cajas a la bodega, una por vez, tiernamente, como si fueran bebés. No volví a verle en bastante tiempo. Había estado duro con el chico, pero entonces no me di cuenta.

Unos pasajeros estaban discutiendo, con el arnés puesto, justo antes de la partida. Parte de mi trabajo es revisar la sujeción de los novatos, y continuaron con lo suyo mientras yo inspeccionaba los cinturones y hebillas.

–Tú dirás lo que quieras, pero funciona, ¿no? –dijo uno.

–Sé de sobra que sí –resopló el otro, demostrando irritación–. Eso es lo malo. He repasado mil veces las matemáticas chifladas de Flettner, hasta tener la cabeza hinchada de símbolos. La lógica es correcta. Inatacable. Con todo, la premisa es completamente loca.

–¿Y qué? Sus dos primeras naves llegaron al sistema de Júpiter sin más que hacer ¡zip! Hicieron el viaje de ida y vuelta en menos tiempo del que tarda una nave ordinaria de cohetes para decidirse a despegar. ¿Eso es locura?

–¡Locura sin atenuantes! –afirmó el objetor, cuya presión continuaba subiendo–. ¡Magia y chaladura! Flettner dice que todos los cálculos astronómicos de distancia pueden olvidarse y tirarse a la basura porque no existe velocidad dentro del Cosmos, que es en sí, tanto el plasma como el éter, una serie de movimientos tremendos de variabilidad infinita. Dice que no puedes hablar de velocidad mensurable cuando no hay nada con que puedas relacionarla, salvo un punto fijo que es puramente imaginario y no tiene posibilidad de existir. Sostiene que estamos obsesionados por velocidades y distancias porque tenemos la mente condicionada por relaciones

establecidas dentro de nuestro mísero Sistema Solar, pera que en el Cosmos no hay limitaciones a las que se pueda aplicar nuestro inadecuado rasero.

–Yo ya hice testamento –dije para tranquilizarles.

Me miró con rabia y se dirigió al otro.

–Sigo diciendo que es cosa de locos.

–Igual que la televisión y los discutidores –replicó su oponente–, pero ambas cosas funcionan.

McNulty entró en ese momento.

–¿Ha visto ya al chico Wilson? –me preguntó.

–No. Iré enseguida.

–Trate de calmarle, haga el favor. Parece tener un canguelo negro.

Al llegar al camarote de Wilson le encontré allí sentado, con el arnés puesto. Tenía cara de atontado, con los ojos vidriosos, y tieso de preocupación.

–¿Había estado ya en una nave espacial?

–No –gruñó.

–Bueno, no es nada grave. Reconozco que en algunas ocasiones la gente sube entera y baja a pedacitos, pero según las estadísticas oficiales el año pasado murieron más en la montada rusa.

–¿Cree que tengo miedo? –preguntó, levantándose tan de prisa que me sobresaltó.

–¿Yo? ¡Oh, no! –busqué palabras y no las encontré; su expresión preocupada había desaparecido y me estaba mirando con bastante dureza–. Mire –le dije, hablando como de hombre a hombre–, dígame lo que le pasa y veré si puedo ayudarle.

–No puede hacer nada –se sentó, se relajó, volvió a su cara hosca–. Me preocupa mi equipo.

–¿Qué equipo?

–El material fotográfico que traje, por supuesto.

–Qué caramba, eso está perfectamente seguro. Además, ¿de qué le sirve preocuparse?

–De mucho. La primera vez que se lo confié a alguien me lo hicieron polvo en dos accidentes sucesivos. Después cogí la costumbre de preocuparme. Me estaba preocupando a fondo justo antes del desastre del Century Express y perdí sólo dos películas, ambas sin exponer. A fuerza de hacerme mala sangre salvé casi todo mi equipo del gran terremoto de Nápoles.

–¡Demonios coronados! –dije.

–Déjeme solo con mi trabajo –me sugirió; y con eso se recostó, se ajustó el arnés y continuó con toda calma su tarea de preocuparse.

¿Qué les parece? Estaba todavía estupefacto por los trucos de algunas profesiones cuando llegué al escenario del escándalo, junto a la pasarela de estribor. McNulty vociferaba un rapapolvo a los marcianos. Estos habían salido de su alojamiento especial, donde el aire está a las tres libras de presión a que están habituados. Ahora estaban fuera, en la atmósfera ajena y censurable.

Alguien bajaba solemnemente por la pasarela, llevando a Tierra un jarrón enorme, de colores violentamente chillones y forma repulsiva. El coro marciano de protestas se elevó in crescendo. Había gorjeos estridentes y mucha agitación de tentáculos airados. Me imaginé que la monstruosidad de porcelana era el trofeo de ajedrez de Kli Morg, el equivalente marciano de una copa de campeonato. Para un terrestre era de un gusto abominable. De todos modos, las órdenes del capitán eran órdenes, y la aborrecible cosa se quedó en Tierra.

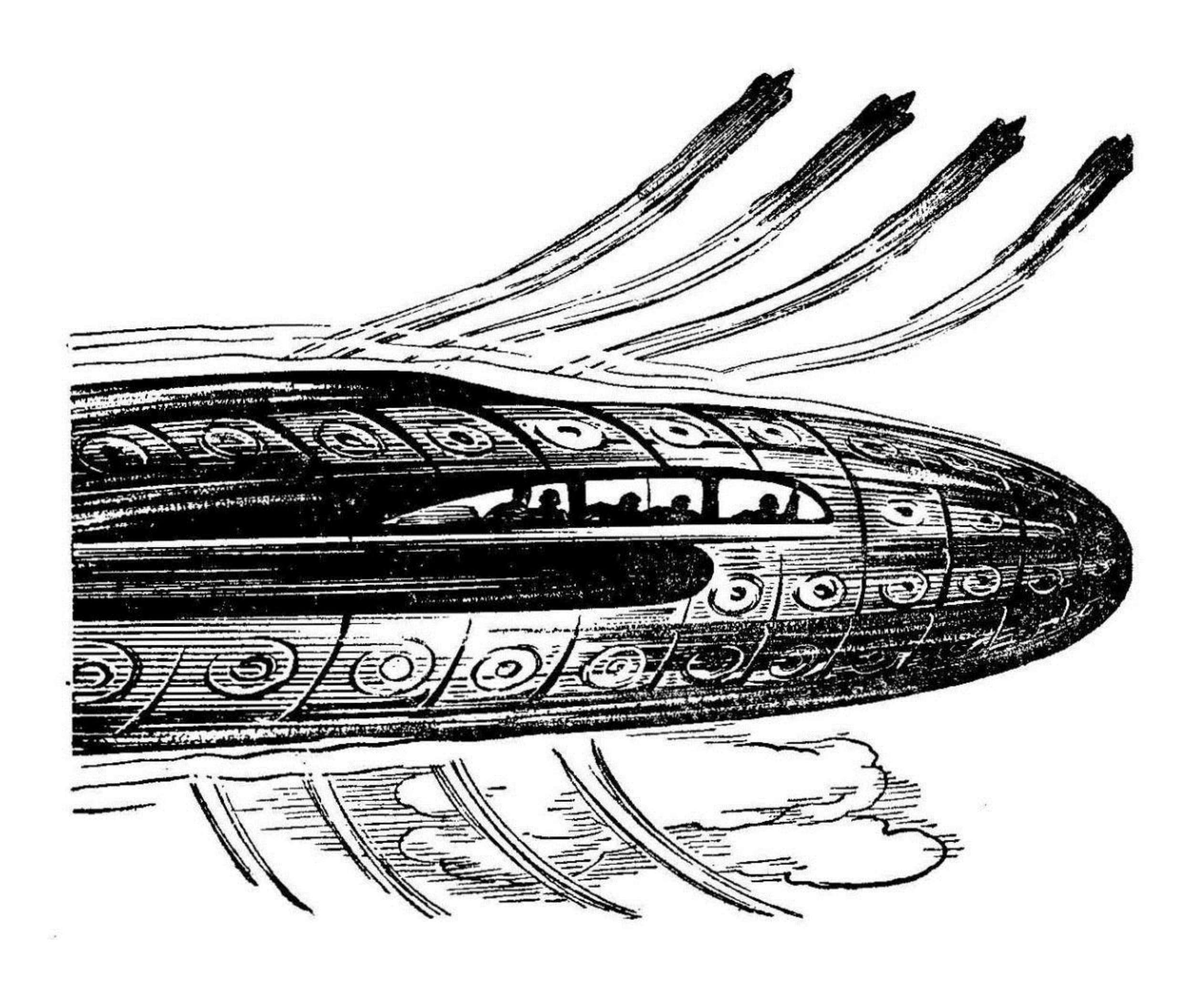
Al instante, la sirena aulló sus treinta segundos de aviso, y todos los que estábamos sin arnés corrimos a asegurarnos. La manera en que los marcianas interrumpieron su perorata y se largaron fue digna de verse.

Me acomodé justo a tiempo. Se cerraron las escotillas. ¡Zuumm! Una mano gigante trató de encajarme el cráneo en las botas y perdí el sentido temporalmente.

El Mundo que se agigantaba rápidamente ante nuestra proa era poco más grande que Tierra. Su cara iluminada presentaba una mezcla de negros, rojos, y plateados, en vez de los pardos, azules y verdes familiares. Era uno de cinco planetas alrededor de un Sol más pequeño y blanco que el nuestro. El sistema incluía un grupito insignificante de asteroides, pero no tuvimos dificultades en atravesar sus órbitas.

No sabía que estrella era aquel Sol. Jay Score me dijo que se trataba de una estrella menor de la región del Boyero. La habíamos elegido porque era la única de la zona que tenía planetas, y habíamos escogido el segundo porque su posición actual estaba en relación conveniente para nuestra línea de vuelo.

La verdad es que íbamos demasiado de prisa para circundarlo y someterlo a una adecuada inspección antes de aterrizar en un buen lugar. Llegábamos tangencialmente a su órbita, con el planeta inmediatamente enfrente. El aterrizaje tendría que ser directo, un picado de halcón con una plegaria entre dientes y sin filigranas.



La manera en que funcionaban las heterodoxas ideas de Flettner era de las que te ponen el corazón en la boca antes de que te lo puedas volver a tragar. Creo que el vehículo podría haberse portado aún mejor, de no haber sido por la rémora de los límites de la resistencia humana. McNulty debió juzgar esos límites con sorprendente exactitud, pues la desaceleración y caída nos bajaron vivitos y coleando, aunque tuve las marcas del arnés en todo mi maltrecho cuerpo por una semana.

Los informes del laboratorio dijeron que el aire era respirable y la presión de doce libras. Echamos a suertes a ver quienes salían antes. Perdieron McNulty y los expertos del gobierno. ¡Fue una juerga! El primer nombre en aparecer fue el de Kli Yang, luego un ingeniero llamado Brennand, seguido por Jay Score, Sam Hignett y yo.

Teníamos un máximo de una hora. Eso significaba que no podíamos alejarnos más de dos o tres kilómetros del *Marathon*. No hacían falta trajes espaciales. Kli Yang podía haber usado su artilugio especial para cabeza y hombros, pero decidió que podría tolerar las doce libras durante una hora sin ponerse de mal humor. Nos pusimos los binoculares al cuello y las armas de rayo-aguja en la cintura. Jay Score cogió una radio diminuta para mantenernos en contacto con la nave.

–Nada de tonterías –advirtió el capitán mientras salíamos por la escotilla–. Vean todo lo que puedan y vuelvan antes de una hora.

Kli Yang, que era el último, miró con sus ojos de plato a los envidiosos compañeros y dijo:

–Sería mejor que alguien despertara a Sug Farn y le dijera que la flota está en puerto –entonces soltó cuatro de sus diez tentáculos y se dejó caer al suelo.

¡Qué dura era aquella superficie! En algunos sitios brillaba como vidrio negro, en otros era plateada y metálica, con retazos de color rojo obscuro aquí y allí. Recogí un pedacito plateado y lo encontré pesadísimo; me pareció metal sólido. Lo arrojé por la escotilla para que se entretuvieran analizándolo, y de inmediato Kli Morg, furioso, sacó la cabeza y le gritó al inofensivo Kli Yang:

–Un porrazo en el cráneo no es nada divertido. El que vayas con esos terrestres no significa que tengas que ser tan chiquillo como ellos.

–Vamos, aficionado, empujapeones –empezó Kli Yang, con considerable calor–. Te voy a enseñar...

–¡Silencio! –ordenó Jay Score con autoridad.

Se dirigió al Sol poniente, con las piernas largas y ágiles funcionando como si fuera a circunnavegar el globo. Balanceaba cómodamente la radio en una de sus poderosas manos. Le seguíamos en fila india. A los diez minutos nos llevaba más de medio kilómetro de ventaja y tuvo que esperarnos.

–Recuerda, hermano, que sólo somos de carne y hueso –se quejó Brennand cuando alcanzamos al enorme y eficiente piloto de emergencia.

–Yo no –negó Kli Yang–. Gracias a Rava, los de mi clase no estamos hechos de tan repugnante revoltijo –emitió un silbidito de asco, hizo ademán de nadar con sus tentáculos en un aire cuatro veces más denso que el de Marte–. ¡Podría remar!

Después de eso nuestro avance fue algo más lento. Bajamos a un valle sombreado y profundo, trepamos por la ladera y coronamos. Ni árboles, ni matas, ni pájaros, ni otras muestras de vida. Nada más que el terreno semimetálico, negro, plateado, y rojo, una cadena de veladas montañas azules en la lejanía y el reluciente cilindro del *Marathon* detrás.

Por el valle siguiente corría un río de corriente rápida. Cuando llegamos allí llenamos un frasco para llevar al laboratorio. Sam Hignett se arriesgó a probar el agua, dijo que sabía a cobre pero era potable. El agua era azul pálida, con tonos más obscuros en las partes profundas. Las márgenes eran considerablemente más blandas que la superficie que habíamos cruzado.

Sentados en la orilla más cercana, contemplamos el torrente, que era demasiado veloz y hondo para vadearlo. Al rato, apareció boyando un cuerpo sin cabeza.

El cadáver mutilado tenía una ligera semejanza con una enorme langosta. Tenía un caparazón carmesí, quitinoso y duro, cuatro patas de cangrejo, dos pinzas de langosta y mayor tamaño que un hombre. Su cuello era un tajo sin sangre del que colgaban cuerdas blancas. Sólo podíamos imaginar como habría sido la cabeza.

Como una muda amenaza, el cadáver pasó flotando y dando vueltas mientras nosotros, sentados en fila, lo observábamos fascinados, siguiéndolo con la vista hasta que lo perdimos en un recodo. Lo que nos llenaba la sesera no era el aspecto que pudría tener la cabeza, sino quién se la había quitado y por qué. Nadie dijo una palabra.

Apenas habla desaparecido el macabro hallazgo cuando tuvimos las primeras pruebas de vida. A unos diez metros a mi derecha se abrió un agujero en la orilla. Una criatura se deslizó por él, se acercó al agua y bebió a sorbos delicados.

Con cuatro patas y una larga cola triangular, se parecía mucho a una iguana. La piel era negra, con un brillo plateado. Las pupilas se veían como brillantes ranuras negras en globos oculares de plata. Longitud: aproximadamente un metro ochenta, incluyendo la cola.

Después de beber, la cosa se volvió, nos vio y se paró en seco. Llevé la mano al arma por si tenía intenciones combativas. Nos estudió cuidadosamente, abrió las mandíbulas, revelando un gaznate grande y negro como el azabache y dobles filas de dientes igualmente negros. Nos hizo varias demostraciones de su capacidad mordedora antes de decidir el paso siguiente. Entonces –se lo juro– trepó por el margen, se colocó al extremo de nuestra hilera, se sentó y se quedó mirando el río.

Nunca he visto un espectáculo tan alucinante como el que debimos ofrecer en aquel momento. Estaba Jay Score, gigantesco y brillante, con sus broncos rasgos color de cuero antiguo. Luego Sam Hignett, nuestro médico negro, reluciéndole los dientes en marcado contraste con la piel de ébano. Seguía Brennand, un terrestre blanco y pequeñajo sentado junto a Kli Yang, marciano de piel de goma, con diez tentáculos y ojos saltones. Después yo, terrestre canoso y maduro y, finalmente, ese bicharraco negro y plateado. Todos contemplando melancólicamente el río.

Todos seguimos callados. No parecía haber nada adecuado que decir. Mirábamos, la criatura miraba, todos muy flemáticos. Pensé en el joven Wilson y en cómo habría tomado una foto de tal escena. Lástima que no estuviera ahí para conservarla para la posteridad. Entonces, mientras observábamos, bajó otro cuerpo flotando, igual que el primero. Sin cabeza.

–Parece que alguien no es muy simpático –comentó Brennand, harto del silencio.

–Son independientes –informó la iguana solemnemente–. Igual que yo.

–¿Eh?

Jamás cinco personas se levantaron con mayor prontitud ni emitieron tan al unísono una exclamación.

–Quedaos por aquí –nos aconsejó la iguana–. Puede que veáis algo.

Le hizo un guiño a Brennand y volvió a escurrirse en su agujero. Brilló la plata de su cola negra.

–¡Bueno! –dijo Brennand, jadeante–. ¡Lo veo y no lo creo! –con cara de asombro, se acercó al agujero, se sentó sobre los talones y gritó–: ¡Eh!

–Nadie en casa –respondió el bicho, desde las profundidades.

Mojándose los labios, Brennand nos miró con ojos de perrillo apaleado y preguntó, algo absurdamente:

–¿Quién no está?

–Yo –respondió el lagarto.

–¿Oísteis lo mismo que yo? –dijo el pasmado Brennand, poniéndose de pie y mirándonos fijamente.

–No oíste nada –intervino Jay Score antes de que nosotros pudiéramos contestar–. No habló. Lo observé con atención y no movió la boca –dirigió su brillante mirada al agujero–. Eran pensamientos puramente animales que recibiste telepáticamente y, por supuesto, tradujiste a términos humanos. Pero como no sueles ser receptivo a los pensamientos telepáticos, y como no habías encontrado antes ningún ser que transmita en una frecuencia humana, creíste que lo oías.

–Quedaos por ahí –repitió el lagarto–. Pero no alrededor de la madriguera. No me gusta la publicidad. Es peligrosa.

Jay se alejó y cogió la radio.

–Les informaré sobre los cadáveres y preguntaré si podemos explorar uno o dos kilómetros río arriba.

Movió una palanqueta. El aparato emitió un ruido como el del Niágara a pleno caudal. No se vía nada más. Cambió a transmisión, llamó repetidas veces, cambió de nuevo y llegó el sonido de una catarata.

–Estática –sugirió Sam Hignett–. Prueba más abajo en la banda.

La radio tenia una amplitud de banda limitada, pero Jay la recorrió toda. La catarata se acalló y fue reemplazada gradualmente por un sonido escalofriante parecido al de un millón de saltamontes chillando. Fue seguido por un silbido penetrante y otra cascada.

–Esto no me gusta –comentó Jay, al desconectar–. Hay demasiadas cosas en el aire para que sea un mundo desierto. Nos volvemos. Vamos, de prisa.

Subió rápidamente por el barranco. Su figura recordaba a un gigante del pasado, al recortarse sobre el cielo del atardecer.

Para nosotros resultaba agotador seguirle el paso. No necesitábamos que nos metieran prisa. Buena parte de su intranquilidad se nos habla contagiado. Esos cuerpos decapitados...

McNulty escuchó todo el relato, hizo llamar a Steve Gregory y le ordenó que hiciera una buena batida del éter. Steve salió pitando al cuarto de radio y volvió a los pocos minutos. Traía las cejas enredadas.

–Capitán, hay actividad desde los doscientos metros hasta las ultracortas. No se puede meter una palabra ni con calzador.

–Bien –gruñó McNulty–. ¿De qué tipo?

–Tres clases –replicó Steve–. Hay silbidos firmes y sostenidos que podrían ser señales direccionales. Hay ocho cataratas distintas, de intensidad considerable. Supongo que son emisoras de energía. Entre medio se oye una orgía de parloteo que indica que el sitio hormiguea de vida –hizo más acrobacias con las cejas, del tipo monstruoso que sirve para esos espectáculos–. No conseguí ver nada más que los dibujos típicos de interferencia que cruzan la pantalla.

Mirando con aprensión por la portilla más cercana, uno de los expertos del gobierno opinó:

–Si este planeta está bien poblado, debemos haber caído en el Sahara local.

–Usaremos un bote salvavidas –decidió McNulty–. Enviaremos tres hombres bien armados y les daremos media hora para que echen un vistazo. Podrían recorrer unos ochocientos kilómetros y estar de vuelta antes de que obscurezca.

A la mayoría de nosotros nos habría gustada sacar papelitos del sombrero, pero McNulty designó a los tres. Uno era un biólogo del gobierno llamado Haines; los otros eran ingenieros con título de patrón de bote.

No se tardó más de cuatro minutos en colocar en posición el bote con sus grúas automáticas y bajarlo al suelo. Subieron los tres. Todos llevaban armas de rayo-aguja. Además, había a bordo media docena de bombas atómicas en miniatura, y un pom-pom múltiple asomaba su amenazador manojo de cañones por la torreta de glasita en la proa del vehículo. ¡La expedición iba bien armada, ya lo creo! No se trataba tanto de que previéramos dificultades o las buscáramos, sino de que no nos resignábamos a cruzar los dedos, sin más.

Con una explosión cómicamente chirriante, el cilindro de doce toneladas se desprendió de la mole maternal del *Marathon* y siguió su trayectoria curva hacia el cielo. Enseguida se redujo a un puntito y desapareció.

Steve había preparado la radio del salvavidas y estaba en comunicación con ellos en la banda de veinticuatro metros. El biólogo Haines informaba desde la ventana de observación del vehículo.

–Distancia noventa kilómetros, altura nueve kilómetros. Montañas delante. Subimos –un silencio, y después–: A diecinueve kilómetros de altura. Hay una línea de aspecto artificial, larga y recta, que corta las estribaciones del otro lado. Descendemos hacia allí... más. ¡Sí, es una carretera!

–¿Algo usándola? –gritó Steve, con un ondular de cejas.

–No vemos nada por ahora. Está en excelente estado. Se debe usar con escasa frecuencia. Otra en el horizonte, a unos sesenta kilómetros. Vamos hacia allá. Parece que... que... se mueven formas por ella, a gran velocidad –otra pausa, mientras los oyentes bailaban de impaciencia–. Cielos, hay docenas...

La voz se perdió por completo. No se oía nada más que un continuado murmullo, como de hojas secas jugueteando en el viento. Steve, frenético, se metió con el receptor, ajustando, sintonizando, haciendo todo lo posible por recuperar la voz que desapareciera tan repentinamente del aire. Pero no salía nada, nada más que ese susurro persistente en veinticuatro y el ruido general por debajo de los doscientos.

Hubo un clamor general por sacar otro bote. Teníamos cuatro de los pequeños además de la pinaza, algo mayor y mucho más veloz. McNulty se negó.

–No –dijo, sin que su cara rellena mostrara preocupación–. Un grupo por vez es suficiente. Los demás aguardaremos aquí. Nos quedaremos quietos hasta mañana temprano, para dar ocasión al bote de encontrarnos. Tal vez se ha estropeado la radio, o tienen alguna avería en los instrumentos de navegación –apareció un brillo en sus ojos–. Pero si al atardecer no han vuelto, vamos a averiguar por qué.

–¡Seguro! –dijeron muchas voces.

¡Drum, drum, drum!

Al hacerse el silencio pudimos oír el ruido. Nos dimos cuenta de que había estado sonando sordamente en la sala desde hacía un minuto sin que nos enteráramos. Era un ruido extraño y sin embargo conocido, un rasgueo continuado, y no era el del bote que volvía.

Nunca tripulación alguna salió más rápido que nosotros entonces. Nos quedamos de espaldas al gran caparazón curvo del *Marathon* y contemplamos el cielo. Allí estaban, tres, cuatro, cinco naves cohete, largas y negras, volando en formación de punta de lanza.

Al joven Wilson se le iluminó la cara; chilló y sacó una cámara no sé de donde. La apuntó a las cosas negras.

Ninguno de nosotros había sido lo bastante listo para coger binoculares, pero a Jay Score no le hacían falta. Abierto de piernas, sobresaliéndole el pecho enorme y con la cabeza inclinada hacia atrás, observó el espectáculo con sus ojos brillantes.

–Cinco –dijo–. A diez mil seiscientos metros, subiendo más, velozmente. O están pintados de negro mate o construidos de algún metal muy negro. No se parece, a ningún diseño de Tierra. Llevan los tubos de popa expuestos, en vez de embutidos en la cola, y hasta tienen aletas de proa y de popa.

Siguió mirando, mucho después de que a nosotros se nos hubiera acalambrado el cuello. Todavía con un atenuado rasgueo, los cinco desaparecieron. Habían sobrevolado el *Marathon* sin observarlo, a una altura que hacía a nuestra nave menos conspicua que un alfiler.

–No están tan atrasados con respecto a nosotros –gorjeó Kli Morg–. Tienen naves cohete, decapitan langostas y, muy probablemente, son hostiles por instinto con los extraños. Me los imagino ofreciéndonos un gran tentáculo, si. ¡Directo al orificio masticatorio!

–Esperen lo mejor, en vez de prepararse para lo peor –aconsejó McNulty; miro a la tripulación y luego a la elegante forma del *Marathon*–. Además, somos mucho más veloces que cualquier cosa que recorra un simple Sistema Solar, y sabemos cuidarnos.

Palmeó su rayo-aguja. Nunca había visto a nuestro rollizo y amable capitán con aspecto tan fiero. Algo en su pose sólida y firme, en sus discursos breves y rápidas decisiones, en los ojos fogosos, brillantes en un rostro pétreo, le daba una apariencia de poder sereno como el que se ve en los rasgos flemáticos de esos dioses desconocidos que desentierran en lugares solitarios y extraños.

–De acuerdo. Entremos a esperar el amanecer –dijo Jay.

–Eso es –acordó McNulty–. Mañana desenredaremos estos misterios, aunque el bote no haya vuelto.

No sabía que al día siguiente estaría enredado él, junto con todos nosotros. Tampoco lo sospechaba nadie. El joven Wilson no habría silbado tan alegremente mientras revelaba su película si hubiera adivinado que antes de veinticuatro horas se habría perdido para siempre.

Uno de los navegantes de guardia por la noche fue el primero en ver las máquinas. Aparecieron repentina y furtivamente, cosa de una hora antes del alba, como formas fantasmales deslizándose bajo las estrellas moribundas y entre las más obscuras sombras.

Al principio creyó que eran animales, probablemente carnívoros nocturnos. Pero le entraron dudas, sonó la alarma general y corrimos todos a nuestros puestos. Un ingeniero llevó un reflector portátil a una de las portillas y escudriñamos las tinieblas con su poderosa luz.

Algo grande y brillante se escurrió rápidamente del cono de luz. Su acción evasiva fue tan veloz que nadie alcanzó a tener más que una vaga impresión de un globo con tentáculos, rodeado en sentido vertical por un borde como el de una rueda. Parecía rodar sobre ese borde, torciendo y girando con asombrosa agilidad.

No pudimos seguirle con el reflector porque no teníamos movilidad lateral. Esperamos un rato, tensos y a la expectativa, pero nada más entró en la zona brillante, aunque adivinábamos muchos movimientos justo al lado de donde alcanzaban los rayos.

Sacamos reflectores más complicados y los colocamos tras las otras dos portillas, para intentar pillar a nuestros sitiadores conectando y desconectando las luces a intervalos irregulares. Este método fue más eficaz. Echamos otro vistazo al globo cuando se escapaba de la súbita lanza da luz del tercer foco.

Un minuto después el segundo reflector iluminó un gran brazo de metal enrejado que se alzaba hacia la obscuridad. Al final de ese brazo había algo brutal y grande, y no era una mano. Me recordó a una excavadora mecánica o una pala de vapor.

–¿Veis eso? –gritó Steve.

Su cara estaba en sombras, pero yo sabía por dónde andaban sus cejas. Decían las malas lenguas que una vez habían pasado todo el cráneo y llegado hasta media espalda.

Escuchaba la pesada respiración de Brennand a mi lado, y un leve zumbido de Jay Score en el pasillo. Los reflectores exhalaban olor a aire caliente y metal más caliente aún.

Se oyeron golpes y raspaduras a popa.

Ese era nuestro punto ciego, lleno de tubos impulsores auxiliares, y desde el interior no se podía ver que ocurría McNulty ladró una orden. Dos ingenieros y un navegante corrieron hacia ese lado. No había modo de determinar la capacidad de esas cosas de fuera, pero si se estaban afanando en retirar nuestros tubos intercambiables, nos iban a dejar pegados en ese lugar para siempre.

–Es hora de tomar una decisión –sugirió Jay Score.

–¿Sobre qué? –preguntó McNulty.

–Sobre si salimos a su encuentro o despegamos y les dejamos.

–Sí, sí, lo sé –McNulty estaba fastidiado y un poco irritable–. Pero todavía no sé si son amistosos u hostiles. No puedo suponer que son hostiles y no me atrevo a suponer que no lo son. Tenemos que ser prudentes. Las autoridades de Tierra no aceptan que se trate mal a los nativos sin razones adecuadas. Y eso significa que si son hostiles tenemos que salir corriendo o quedarnos aquí hasta que nos den motivos adecuados.

–Propongo –dijo Kli Yang, alegremente– que abramos la escotilla de estribor y les silbemos una tonadilla. Cuando suba uno de ellos, lo atrapamos, lo metemos dentro y dejamos que nos mire bien. Si muestra cariño, lo besamos. Si no, lo echamos fuera, en trocitos.

De proa vino un fuerte ruido que resonó en toda la nave. McNulty se crispó al imaginarse uno de sus preciosos tubos saliendo de su sitio. Abrió la boca para decir algo y la cerró al oírse un bramido de rabia del cuarto de máquinas. Al momento siguiente algo tronó a popa y la nave entera avanzó veinte metros patinando sobre la panza.

–Parece que el Jefe Andrews ha zanjado la cuestión –dijo Jay Score, ayudando al capitán a levantarse–. ¡Nadie va a meterse con sus tubos!

Continuaba el murmullo airado en la sala de máquinas, un sonido continuado y decidido, como el de un volcán pequeño antes de entrar en erupción. McNulty era lo suficientemente prudente como para no encararse con el furioso jefe en sus momentos belicosos.

Al mirar por una portilla justo cuando se encendía un reflector, McNulty vio a un mecanismo que se retiraba de la luz. Con el ceño fruncido, habló, más para Jay Score que a los demás:

–Podemos elegir entre dos caminos. O nos vamos, o hacemos que dejen la nave en paz. El primero puede significar perder el salvavidas y, a juzgar por lo que se ve, el segundo puede acarrear muchas dificultades –su mirada se detuvo en Steve Gregory–. Steve, vaya y trate de comunicar con el bote. Si no puede, radiaremos instrucciones, esperando que las reciban, y abriremos una escotilla.

–Comprendido, capitán –se fue, con una ceja todavía en la frente; volvió a los cinco minutos–. Nada.

–Preparen las armas. Lleven un reflector a la escotilla de estribor y apúntenlo a la puerta –paró, porque el *Marathon* dio un salto súbito, recorrió un arco de diez grados y volvió a nivelarse lentamente–. Y monten un pom-pom junto a la luz.

Sus oyentes se desparramaron a toda velocidad, dejándole con Jay Score y los dos ingenieros que movían el reflector.

–¡Uy! –jadeó McNulty–. No quiero ni pensar en la potencia que puede hacernos cabecear así, con nuestro tonelaje.

¡Elink, elank, elonk! El ruido se transmitió como el de un gong por el casco del *Marathon* y resonó en la armería, donde yo estaba distribuyendo persuasores letales. Hubo otro envión, más violento. El arco fue de por lo menos quince grados, pero otra vez la nave reaccionó.

Iba corriendo con una carga de cintas para el pom-pom y encontré a Jay Score esperando junto a la puerta interior de la escotilla. La nave se aposentó con una sacudida. Jay no dijo nada, simplemente se quedó con los pies con suela de goma firmemente apoyados en el acero del suelo, erguido, observando el disco de la puerta exterior que giraba lentamente.

Cuando todo estuvo listo, la pesada puerta se desenroscó hacia dentro, llegó al extremo del tornillo y quedó libre, como un gran tapón metálico. El brazo de control la empujó a un lado y al mismo tiempo el reflector iluminó la abertura con luz cegadora.

En la obscuridad se oían ruidos de todo tipo, pero durante largo rato no apareció nada en la abertura. Probablemente pensaban que el nuevo hueco era otra portilla de observación. Esperamos en un silencio expectante, pero no se presentó nada.

Con gran audacia, un calculista de Flettner llamado Drake salió a la columna de luz, caminó despacio por la parte no roscada del piso del vano circular, llegó al borde exterior y miró hacia abajo. Al momento siguiente soltó un grito sorprendido y desapareció de la vista.

Un ingeniero patizambo, alto y de espaldas anchas, había seguido a Drake; con velocidad de mono extendió un brazo grueso y velludo para coger al otro por las tiras del arnés. Falló; permaneció, derrotado, un segundo en el borde antes de soltar un bramido y ser arrebatado a su vez. Para entonces Brennand había llegado a la mitad del hueco, pero se detuvo ante el grito de aviso de McNulty.

A Brennand no le cogieron. Contribuyó al griterío general cuando algo intentó arrancarle del túnel y chilló aún más fuerte cuando un undulante tentáculo marciano

se enroscó en su cintura y le trajo de vuelta. Debió ser un tirón tremendo, a juzgar por la manera en que las muchas ventosas de Kli Yang se aplastaban contra el suelo buscando anclaje.

–¿Qué era, Brennand? –preguntó McNulty con sombría calma.

Antes de que el otro pudiera contestar se oyó un tremendo ruido fuera. Algo enorme, cuadrado y brillante se introdujo en la abertura. Quedó frente a la luz, que reveló todos sus detalles. Vi bien su parte frontal, parecida a un cajón, con una antena en espiral, de cobre, como una caricatura de un rizo, y un par de grandes lentes que miraban el reflector con la frialdad de una cobra.

Sin esperar la orden de McNulty, el artillero del pom-pom decidió que no era momento de escribir al cuartel general. Disparó.



El escándalo fue terrible cuando los ocho cañones del arma golpearon como pistones y surgió una andanada de proyectiles en la puerta. La criatura invasora se disolvió ante nuestros ojos en pedacitos de metal fundido, esquirlas de una substancia vítrea y caparazones vacíos volando en todas direcciones.

No bien desaparecido el invasor, se presentó otro, mirando el Infierno sin pestañear. La misma forma cuadrada, la misma antena de cobre, los mismos ojos fríos y sin expresión. Ese también voló en pedazos. y otro, y otro. El artillero estaba loco de excitación y ocupado en maldecir a uno de sus ayudantes de la izquierda por ser lento en cargar.

A la destrucción del cuarto siguió un breve silencio, roto sólo por el golpeteo de nuevas cintas de municiones puestas en el pom-pom.

–Bien, las autoridades no podrán quejarse por esto –decidió el capitán McNulty–. Especialmente después de perder dos hombres, además del bote salvavidas.

Al parecer era un gran consuelo tener la conciencia tranquila.

Alguien llegó a zancadas y le dijo:

–La luz número tres acaba de iluminar a Drake y Minshull. Se los estaban llevando.

–¿Ya no están en la zona de peligro, entonces? –intervino Jay Score–. ¡Bien!

Mirando fijamente el hueco, en una pose indiferente, jugueteó con uno de esos huevos del Infierno conocidos como bomba A de bolsillo. La balanceó arriba y abajo, arriba y abajo, con un horrible aplomo que me dio ganas de chillar y saltar sobre mis orejas.

–¡Por las estrellas, deja de hacer eso! –protestó alguien que se sentía igual que yo.

Jay nos miró para ver quien estaba acariciando una pata de conejo. Sus ojos eran fríos, friísimos. Después manipuló un botoncito y arrojó el huevo a la obscuridad exterior. Todos nos echarnos cuerpo a tierra al instante, tratando de meter la cara en el suelo y cavar hasta la misma tierra, incluido McNulty.

Hubo una llamarada enceguecedora, seguida de un espantoso rugido que hizo que la nave se ladeara sobre la aleta atmosférica opuesta. Después, varios temblores lentos, como en un terremoto.

Un pedazo mutilado de tentáculo metálico entró, zumbando de pura velocidad, y se rompió contra la pared. Algo vagamente parecido al extremo ancho de un telescopio náutico rebotó en la coraza del pom-pom, pasó sobre el capitán, rozó una de mis orejas e hizo una marca larga y amarillenta en el suelo de acero.

Si esperábamos un silencio más largo afuera, nos habíamos equivocado. Apenas se habían atenuado las reverberaciones de la explosión cuando se oyó un violento ruido de metal desgarrado en la popa del *Marathon*, pasos pesados y martilleo de garras. Más allá del cuarto de máquinas alguien pidió socorro y se ahogó.

En cuanto nos volvimos a encarar este nuevo asalto, una horda de monstruosidades irrumpió en la compuerta. El artillero del pom-pom permaneció en su puesto, sin prestar atención a lo que estaba ocurriendo a su espalda, y se concentró en abrir una brecha tiroteando a lo que hubiera en la puerta exterior. Pero por la popa mutilada, los pasillos y las escalerillas, nos estaban invadiendo un zoológico metálico.

Los dos minutos siguientes volaron como segundos. Vi entrar un globo con ruedas girando en el cuarto, seguido por un variado conjunto de cosas metálicas de pesadilla, unas con piernas articuladas y brazos con pinzas, otras con tentáculos, algunas con un grotesco muestrario de herramientas estrambóticas.

Una tenaza se puso al rojo vivo y se atascó en la articulación cuando un rayo-aguja bien atinado encontró su punto débil. Sin embargo, su dueño en forma de féretro siguió adelante como si nada, con las lentes sobresalientes brillando. Al resplandor que produjo hacia atrás el reflector, vi a Wilson quemarle unas lentes y dejarle sin un ojo entes de ser arrebatado.

El pom-pom cesó en su tableteo y cayó de costado. Alga frío, duro y resbaladizo se enroscó en mi cintura y me alzó en vilo. Fui llevado por el escotillón en las garras de mi captor. Vi a un objeto con muchas herramientas coger al capitán y llevárselo de igual manera.

Mi última visión de la refriega me mostró un gesticulante globo de metal que parecía flotar hacia el techo, se debatía al extremo de una cuerda gruesa y cubierta de ventosas que no le dejaba escapar. McNulty y la cosa que lo llevaba tapaban el resto, pero adiviné que uno de los marcianos se había fijado al techo y desde ahí pescaba tranquilamente a los de abajo.

Mi portador se dirigió al trote rápido hacia el horizonte. Estaba rompiendo el día, amanecería dentro de veinte minutos. El paisaje se aclaraba. Mi captor me tenía sujeto sobre su espalda plana, con un cable tenso alrededor de mi pecho, otro par la cintura, y un brazo muy articulado apretándome las piernas. Tenía los pies libres y conservaba el rayo-aguja en la mano, pera estaba demasiado sujeto para poder usar el arma con un mínimo de eficacia.

Unos doce metros más atrás, McNulty era transportado como un saco de harina. Su portador era distinto del mío, más grande, más pesado, con ocho patas de articulaciones múltiples y una docena de brazos de diversas longitudes, en lugar de tentáculos. Cuatro de los brazos sujetaban al capitán, los dos frontales estaban extendidos a imitación de una mantis religiosa y el resto doblados a los lados. Observé que, de tanto en tanto, el grotesco rizo de cobre del artilugio se extendía, temblaba inquisitivamente y volvía a enroscarse como una espiral de reloj.

Pasamos otras máquinas. Había un grupo grande alrededor de la dañada popa de! *Marathon*, grandes, pequeñas, altas, retaconas. Sobresalía el autómata monstruoso con la mano de pala mecánica. Estaba sentado, imperturbable, al final de un canal profundo excavado debajo de los tubos de popa. Media docena de máquinas estaban extrayendo los tubos interiores. Los superiores ya estaban fuera y alineados en el suelo como dientes arrancados.

–Bueno –pensé con bastante amargura–. Ahí va Herr Flettner y su genio. Si ese supercerebro no hubiera nacido, ahora estaría sentado bonitamente a bordo del *Upsydaisy*.

La cosa en que montaba sin quererlo aceleró el paso, haciéndolo galope. No me podía torcer como para estudiarla bien. Estaba bien sujeto, las ligaduras no cedían y estaban dolorosamente apretadas. Oía sus pies metálicas resonar con ruidosa energía en el duro suelo, y las articulaciones soltaban un fuerte olor a aceite mineral.

La montura de McNulty también aceleró. La luz se hizo más intensa. Alcé la cabeza lo más que pude y vi una verdadera procesión de máquinas cargadas que se alejaba de la nave. No me era posible identificar a las víctimas.

Un zumbido en el cielo brumoso atrajo mi atención. La noche no había retirado la mano del todo, y no alcanzaba a ver las naves cohete, aunque podía seguir su curso Norte-Sur.

Después de más de una hora, mi captor paró y me puso en el suelo. Debíamos haber cubierto unos sesenta kilómetros. Me dolía todo. El Sol ya estaba alto y nos encontrábamos a la vera de una carretera ancha y suave cubierta de un metal opaco, color de plomo. Un objeta con forma de féretro de más de dos metros de largo –mi fantástica cabalgadura– me observaba por medio de sus lentes horriblemente carentes de emoción.

Me arrojó por la puerta de un vehículo que aguardaba. Era grande, como un cajón montado sobre tractores dobles, y tenía la inevitable antena de cobre en la parte superior. Apenas me dio tiempo a ver una docena de carros similares alineados detrás, antes de que me tiraran a la obscuridad.

El capitán me siguió medio minuto más tarde. Después Brennand, Wilson, un calculista, y dos ingenieros. El capitán resoplaba. Los ingenieros usaban una asombrosa mezcla de juramentos terrestres, venusianos y marcianos.

La puerta se cerró, al parecer por cuenta propia. La máquina se sacudió como si la hubiera empujado un dedo invisible y avanzó a buena velocidad. Hedía a aceite. Alguien oliscó y murmuró vituperaciones en la penumbra. Creo que era Brennand.

El capitán encontró su encendedor automático y pudimos echar un vistazo. Nuestra prisión móvil resultó ser una celda de acero de aproximadamente dos setenta por uno ochenta. No había ni siquiera un respiradero. El olor se hizo tan inaguantable como el de una jaula de zoológico.

Murmurando todavía, Brennand alzó su rayo-aguja y empezó a hacer un agujero en el techo; saqué el mío y el círculo brillante fue creciendo. El metal fluía con facilidad. El pedazo cayó en un par de minutos. Si nuestro vehículo era capaz de sentir algo, no se percató de la mutilación, pues continuó avanzando sin vacilaciones.

No vimos el cielo por el agujero. No nos saludaron velloncitos de nubes, no entró ningún chorro de luz. Encima del hueco del acero había una gruesa capa de material verde obscuro, impenetrable para nuestros rayos. Concentramos todos nuestros pertrechos allí, sin resultado.

Los intentos en las puertas y paredes no salieron mejor: material verde otra vez. El punto débil fue el suelo. Mientras la máquina seguía adelante, hicimos un agujero en el suelo; surgió luz de inmediato, y nos encontramos contemplando un eje que giraba velozmente y una porción de carretera en movimiento.

–¡Mamá, mira lo que hago! –dijo Brennand, apuntando hacia abajo, y cortó el eje.

La máquina perdió velocidad, se detuvo. Nos preparamos para un choque soberano que no se produjo. Una por una, las máquinas que nos seguían se desviaran y continuaron su camino. Brennand y yo seguimos estudiando el agujero mientras los demás vigilaban la puerta. McNulty y su calculista habían perdido las armas en la lucha, pero uno de los ingenieros conservaba la suya y el otro aferraba una llave inglesa de un metro veinte con la cual –según, se rumoreaba– dormía muchas veces.

No teníamos manera de saber si nuestra perrera tenía conductor, si funcionaba por voluntad propia o por algún tipo de control remoto, pero si alguien abría la puerta, estábamos preparados para intentar salir. No ocurrió nada. Esperamos cinco tensos minutos, mientras yo pensaba en quienes irían prisioneros en las máquinas que nos adelantaban, y a qué negro destino eran conducidos.

Finalmente, nos pusimos a trabajar en el agujero, y cuando casi lo habíamos agrandado lo suficiente para nuestro propósito, algo enorme y pesado golpeó a nuestra máquina. Se oyó un clic metálico y al momento avanzamos, primero despacio, luego a más velocidad. Había llegado el cacharro de reparaciones.

La parte de carretera que se veía por el agujero corría a tal velocidad que se disiparon todas las ideas de fuga por ahí. Dejarse caer habría sido temerario; si no nos despedazaban los tractores, nos haría picadillo cualquier cosa que viniese detrás.

–Es un verdadero fastidio –observó McNulty.

–¿Un Fastidio? –repitió Brennand, mirándole con cara rara; se arrodilló, aplicó la cara al agujero y gozó de unas bocanadas de aire incontaminado.

Uno de los ingenieros soltó un risita burlona.

–He perdido una cámara de mil setecientos dólares –anunció el joven Wilson, airado... intentó apuñalar al capitán con la mirada–. ¡Y usted lo llama un fastidio! ¡Se la arrancaré del pellejo metálico a la primera ocasión!

–Aquí está tu maldita cámara –dijo Brennand; se levantó, la sacó del bolsillo y se la dio; era poco más grande que un paquete de cigarrillos–. Se te cayó cuando te sacaban de la nave. La cogí un momento antes de que me apresaran.

–Gracias. ¡Eres un amigo! –Wilson la acarició con cariño–. Me había estado preocupando por ella –mirándome directamente, repitió–: Sí, me había estado preocupando.

Uno de los ingenieros miró el sector de carretera. El eje roto, por supuesto, no giraba.

–Nos están remolcando. Si estuviera seguro de que no nos sigue nadie de cerca... –hizo una pausa y continuó–. Eh, siéntate en mis piernas mientras asomo la cabeza y echo un vistazo.

–No, nada de eso –dijo McNulty–. Nos movemos a demasiada velocidad como para arriesgarnos a una caída. Nos quedamos juntos, y juntos enfrentamos lo que venga.

Así que nos sentamos en el suelo, contemplando tristemente el círculo de luz, con la espalda apoyada contra las paredes frías y duras. Alguien sacó una lata hermética de cigarrillos, la abrió, y la pasó. Fumamos en un silencio lúgubre.

Por fin nuestro vehículo se detuvo y nos rodeó una multitud de ruidos. La máquina entera se estremeció al acercarse por un lado una monstruosidad invisible, que hacía temblar el suelo con su tonelaje. Por el otro lado, algo ronroneó como una dinamo al aproximarse a la puerta. Esperamos de pie, alerta, con los ojos bien abiertos y con las armas preparados, los que las teníamos.

La puerta se abrió de par en par con sorprendente rapidez. Un brazo largo multiarticulado entró y tentó ciegamente. La manera de hacerlo me recordó a un vendedor de animalitos de compañía rebuscando en una caja de ratones blancos. Mientras yo miraba boquiabierto ese miembro brillante, apuntando a su última articulación, uno de los ingenieros se escabulló por debajo y saltó fuera con desafiante audacia.

El fantástico buscador iba a agarrar al capitán cuando su coyuntura se agarrotó bajo el impacto de mi rayo y todo el brazo perdió flexibilidad. Se retiró, rígido y torpe, mientras el segundo ingeniero se lanzaba en pos del primero. Este era el tío de la llave inglesa. A uno se le ocurren las ideas más peregrinas en los momentos más inoportunos; al salir detrás de los talones del calculista y McNulty, recordé que en ningún momento le habla visto soltar la llave un segundo.

La batalla fue intensa y corta. Nos encontramos con cuarenta máquinas de ocho tipos diferenciados. Media docena de ellas eran del tamaño de un perro y no hacían más que pasearse alrededor, observando todo lo que ocurría. La más grande era una monstruosidad, del tamaño de dos autobuses, con un enorme brazo telescópico terminado en un gigantesco disco negro.

A cinco metros de la puerta, debatiéndose entre los muchos brazos de un féretro, el ingeniero que había salido primero se esforzaba por destruir la lente más cercana del cacharro. El de la llave inglesa se había enzarzado con un globo con ruedas y golpeaba inútilmente las juntas universales de donde salían los ondulantes tentáculos. Maldecía con gran vigor y una fluidez admirable.

A la izquierda, un chisme alto e idiota, semejante a la concepción de una jirafa sobria en la mente de un surrealista borracho, se escapaba con McNulty. Tenía cuatro brazos que abrazaban estrechamente al infortunado capitán, cuatro piernas desgarbadas y un cuello larguísimo en cuyo extremo brillaba una única lente. Todavía lleno de vida, el capitán se resistía fútilmente.

Extendiendo los miembros delanteros como si me tuviera afecto, un féretro de mirada vidriosa avanzó para estrecharme contra su pecho. Se movía con ese dumdumdum sordo y pesado que se oye en África cuando carga contra ti un

rinoceronte rabioso. Un miedo que te hace temblar la barriga. Estaba tan cerca que sentí el característico olor de aceite caliente.

Reculé más allá de lo que creía seria el límite de su alcance, pero rápidamente extendió otros cincuenta centímetros de brazo. La broma estuvo a punto de costarme la cabeza. Tropecé y caí justo a tiempo; sentí el abrazo de oso rozándome el cabello.

El silencio de la batalla resultaba espantoso. Nuestros adversarios no emitían ningún sonido que pudiera llamarse vocal. Aparte de nuestros tacos y gruñidos, no se oía más que el suave ronroneo de mecanismos ocultos, el roce de tentáculos metálicos, el resonar de brazos articulados y pisadas de enormes pies metálicos.

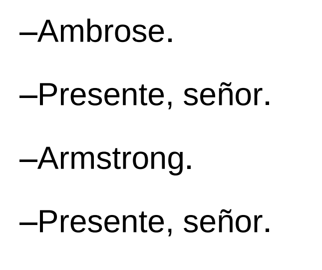
Mi enemigo quiso cogerme cuando caí, pero rodé como pude y esquivé a la vez su abrazo y sus piernas. Le disparé con mi rayo-aguja sin hacerle ningún daño. Me aparté de un salto, miré a la derecha y vi el cuerpo del calculista por un lado y sus sesos por otra. Me sentí enfermo.

Cuando me di la vuelta para vigilar al féretro, el autobús, que no había intervenido hasta entonces, me apuntó con sus discos y me bañó de pies a cabeza con una intensa luz verde pálido. En teoría, y según descubrí más tarde, ese rayo deberla haber interferido mi radioanimación, dejándome más tieso que con eso que llaman rigidez cadavérica. Pero, como yo tenia animación no mecánica muy de mi propiedad, el ingenio se quedó en simple luz verde.

Los globos eran, con mucho, los más veloces entre ese loco surtido de supercacharros, y fue un globo el que finalmente me atrapó. Mi féretro se movía torpemente tratando de agarrarme, otro igual galopaba hacía mí por el lado contrario y, mientras intentaba dividir la atención entre los dos, un globo se acercó por detrás y me dejó fuera de combate.

En un momento mi rayo estaba derramando su fina hoja sobre el cuerpo del atacante más próximo, mientras veía a McNulty y la jirafa retirarse, a la espalda de mi enemigo, y de repente el Universo estalló en mi cabeza, solté el arma y me desplomé.

McNulty pasaba lista. Andrajoso y cansado, pero con su cuerpecito rollizo entero, estaba mirándonos muy erguido, con la espalda tiesa. Jay Score se hallaba a su lado, grande y sólido como siempre, con el pecho de acero asomando entre jirones de uniforme, pero con el mismo fuego inextinguible en los ojos.



–Ambrose.

–Presente, señor.

–Armstrong.

–Presente, señor.

–Bailey.

No hubo respuesta. El capitán, ceñudo, levantó la vista.

–Bailey. ¿Sabe alguien qué le sucedió al Jefe de Camareros Bailey?

–No le he visto desde la pelea en la nave, señor –dijo alguien.

Nadie tenía más información que añadir. El ceño de McNulty, se arrugó más. Marcó la lista y continuó. Yo sentía algo raro al mirar nuestro grupo maltrecho pero animoso. Faltaba algo, faltaba algo. Pero el capitán, o no se había dado cuenta, o no lo consideraba importante, porque prosiguió metódicamente con su tarea.

–Barker, Bannister, Blaine, Brennand... –alzó la vista otra vez al no oír respuesta.

–Brennand estaba con nosotros en la perrera –le recordé–. No sé que fue de él.

–¿No puede asegurar que haya muerto?

–No, señor.

–Brennand no salió de aquella máquina –dijo una voz; era el caballero de la llave inglesa, estaba junto a Steve Gregory, el de las cejas viajeras, y su cara parecía una naranja a medio comer, pero seguía aferrando su herramienta de hierro: tal vez las máquinas le habían dejado conservarlo porque lo tomaron por parte de su brazo–. Yo fui el último en caer en aquel jaleo. Brennand no tomó parte. y Wilson tampoco.

McNulty pareció apenado; Jay Score mostró cierto interés. El capitán hizo dos marcas en la lista y siguió. Sólo al llegar a la K descubrí el factor que faltaba y había estado molestando a mi subconsciente.

Kli Dreen, Kli Morg, Kli Yang. ¿Dónde está Kli Dreen?

Miramos en derredor, todo el grupo. No había ningún marciano presente. Ni uno solo. Faltaban Kli Yang, Sug Farn y los otros, nueve en total. Nadie recordaba haberlos visto después de la lucha en el último asalto. El último en salir de la nave había sido Murdoch, un experto del gobierno, y juró que cuando le apresaron, los marcianos seguían a bordo y peleaban todavía. Ningún marciano había sido arrojado a su vehículo, el último de la fila.

A nadie se le ocurría ninguna explicación de porqué los marcianos no habían sido sometidos al vil apresamiento, ni podía aventurar ninguna hipótesis sobre su estado actual. Tal vez su enorme fuerza había prevalecido contra los monstruos metálicos, aunque no parecía muy probable. Mi idea, que me guardé para mi coleto, era que se las habían arreglado para que el enemigo se entusiasmara con el ajedrez y ahora ambos bandos esperaban, conteniendo el aliento, que alguien moviera un alfil. Los marcianos eran capaces de una jugarreta así.

Después de marcar todos los nombres del planeta rojo, McNulty continuó hasta el final de la lista, omitiendo al Sexto Ingeniero Zeigler, de igual manera que al Jefe Andrews y por la misma razón. Se sabía que habían muerto. Sucumbieron en el primer ataque por la popa.

Resumiendo, McNulty contó siete muertos y cinco desaparecidos, además de los marcianos. Los desaparecidos eran Haines y sus dos hombres en el bote salvavidas,

aparte de Brennand y Wilson. Las pérdidas eran graves para nuestra pequeña compañía, pero quedaba el consuelo de que los desaparecidos podían estar vivos.

Tomé inventario de nuestra prisión, mientras el capitán contemplaba tristemente la lista. Estábamos en un cobertizo de metal, un lugar grande y vacío, de treinta metros de largo, dieciocho de ancho y doce de alto. Las paredes eran lisas, de color indefinido y sin ventanas. El techo curvo no tenía aberturas, pero desde la parte más alta colgaban tres largas esferas de plástico translúcido que daban una luz anaranjada. Por más que examiné las paredes no pude encontrar ni una sola línea, ni una falla solitaria que diera idea de soldadura ni de otro tipo de unión.

–Bien, hombres –empezó McNulty.

Hasta ahí llegó. Un chillido débil, macabro y prolongado penetró por las estrechas hendiduras que rodeaban la única puerta del edificio. Era un sonido agudo, llevado al colmo de la agonía, y tenía muchas reverberaciones como si se escapara por un largo corredor de metal. Sobre todo, era una voz humana, o lo que quedaba de un ser humano.

Los hombres se reunieron, con la frente brillante de sudor. Murdoch estaba blanco como una sábana. Los dedos negros de Sam Hignett se abrían y cerraban como si le escocieran de ganas de acudir en auxilio del sufriente. El de la llave inglesa se había remangado, mostrando una bailarina tatuada en el antebrazo izquierdo. La bailarina se meneaba con el movimiento de los músculos, al apretar más la llave.

Lentamente, Jay Score expresó el sentimiento general.

–Si nosotros tuviéramos a nuestra disposición una de esas máquinas, la despedazaríamos para averiguar qué es lo que hace que salga el pajarito del cucú. En ese aspecto, pueden parecerse a nosotros, por poco que me guste reconocerlo. El que no quiera que lo descuarticen para satisfacer la curiosidad ajena, más vale que tenga cuidado de no salir vivo de aquí.

Otro grito terrible. Se quebró abruptamente al alcanzar la nota más alta, y el silencio subsiguiente fue tan horrible como el grito. Me los imaginaba moviéndose alrededor, entre chirridos y clics, buscando en vano el aparato que había producido el sonido, con las garras metálicas teñidas de rojo, revolviendo lo que había sido un ser vivo.

–¿Hay, algún acróbata en la casa? –preguntó Jay de pronto.

Se acercó a la pared, apoyó las manos en ella y afirmó los pies en el suelo. Armstrong, alto y fornido, se subió en sus hombros. Hasta ahí era fácil, pero el resto no.

Tras muchos torpes esfuerzos, logramos que los pies de Petersen se apoyaran firmemente en los hombros de Armstrong. La cabeza de Petersen quedaba ahora a cuatro metros y medio o cinco del suelo. Por más que lo intentamos no conseguimos alargar la escalera humana. Jay Score era como una roca, pero la pared lisa no ofrecía ningún asidero para que se sostuvieran los dos de arriba mientras otro trataba de trepar. Tuvimos que abandonar.

Jay, sin lugar a dudas, podría haber aguantado a los siete hombres necesarios para llegar al techo, suponiendo que Armstrong resistiera con seis. De todos modos, yo no veía el motivo de querer llegar al techo. El inútil escuerzo sirvió para mantenernos ocupados durante un ratito.

Blaine probó con su rayo-aguja en la pared, con idea de abrir apoyos para los pies, pero el material resultó ser muy distinto del de los vehículos. Se calentaba con normalidad, se ponía color narciso a la máxima temperatura, pero rehusaba fundirse y dejarse cortar.

Este intento con el rayo le dio la idea al capitán de hacer inventario de las armas disponibles. Entre todos teníamos siete pistolas de rayos, una antigua automática de bolsillo, cuyo dueño sostenía que había sido usada por su padre en la Guerra Final, una llave inglesa de ciento veinte centímetros y dos lápices de gas lacrimógeno.

Los acontecimientos habían demostrado que los rayos no les hacían muchas cosquillas a nuestros acorazados enemigos. El resto era chatarra. Pero el inventario sirvió paca revelar un ángulo interesante de la psicología del enemigo: los que habían agarrado bien sus armas las habían conservado. ¡Esa indicaba que no reconocían las armas!

Acabábamos de examinar nuestros poco adecuados pertrechos cuando la puerta se abrió de golpe y dos cosas parecidas a langostas fueron arrojadas al interior. Se cerró de un portazo, sin permitirnos ni una ojeada a lo que había fuera. Las langostas resbalaran por el suelo metálico y quedaron contra la pared. Permanecieron así un momento mientras las contemplábamos boquiabiertos y ellas nos miraban fascinadas. Se recuperaron y se levantaron. Entonces vimos que la cabeza tenía más parecido con los insectos que con las langostas, ya que sus ojos eran facetados y las antenas como las de las mariposas.

Superando su sorpresa, las criaturas nos hablaron, no vocalmente sino con un lenguaje casi telepático que parecía surgir en el interior de nuestros cerebros. No abrieron la boca ni movieron los palpos, pero su proyección de pensamientos era tan eficaz que costaba creer que no estaban usando nuestro propio idioma. Se asemejaba mucho a lo de la iguana.

Una de ellas –no pude determinar cuál– dijo:

–Sois extranjeros provenientes de otro lugar. Sois de cuerpo blando, distintos a las cosas con caparazón duro de nuestro sistema solar. ¿Podéis entendernos?

–Sí –respondió McNulty, con los ojos saltones–. Os entendemos.

–¡Ondas de sonido! –la pareja se miró con asombro, haciendo estremecerse las delicadas antenas; casi oí el signo de exclamación al final de su comentario–. ¡Se comunican por medio de ondas sonoras moduladas! –por alguna razón que sólo ellas conocían, esto rozaba lo increíble; nos miraron como si ultrajáramos alguna ley básica de la Naturaleza y luego dijeron–: Es difícil hablar con vosotros. Vuestras mentes no colaboran. Tenemos que empujar nuestros pensamientos y tirar de los vuestros.



–Lo siento –se disculpó McNulty; tragó saliva, se compuso–. La comunicación mental no es nuestra especialidad.

–No tiene importancia. Nos arreglamos –cada una hacía el mismo gesto vago con la misma garra–. A pesar de nuestras diferencias de forma, es evidente que somos hermanos de infortunio.

–Por el momento –acordó McNulty, negándose a ver nada permanente en nuestra condición; empezaba a considerarse como una especie de contacto universal–. ¿Tenéis idea de qué intentan hacer con nosotros?

–Os disecarán.

–¿Disecarnos? ¿Cortarnos en pedazos?

–Sí.

–¿Por qué? –preguntó McNulty con furia.

–Disecan a todos los individualistas. Llevan años haciéndolo, siglos, tratando de descubrir la causa de la independencia personal. Son máquinas inteligentes, pero su inteligencia es completamente comunal –la langosta, o lo que fuera, meditó y continuó–: En nuestro Mundo, Varga, hay criaturas acuáticas diminutas de tipo similar, nada notables como individuos pero de gran inteligencia cuando funcionan en grupos organizados. Comparten una mente racial.

–Igual que ciertas termitas –sugirió el capitán.

–Sí, como termitas –confirmó la que estuviera hablando (¿o eran las dos?); no podía imaginarse cómo ellas (¿ellas? ¿ellos?) podían estar de acuerdo sobre las termitas, de las que no sabían nada, hasta que recordé que lo que hubiera en la mente del capitán se habría imprimido también en la suya–. Durante muchas, muchas revoluciones circunsolares han estado tratando de conquistar el vecino Mundo acuático de Varga, nuestro planeta. Nuestro pueblo resiste con bastante éxito, pero ocasionalmente algunos son capturados, traídos aquí y disecados.

–¿Son sólo máquinas?

–Son máquinas con gran variedad de tipos funcionales, toda clase de guerreros, de obreros, incluso expertos y especialistas. Pero son máquinas –calló y nos congeló hasta el tuétano al señalar repentinamente con una garra acusadora al silencioso Jay Score–. ¡Así como él es una máquina! Es de metal, y su mente permanece cerrada. ¡No nos gusta!

–¡Jay es muchísimo más que una máquina! –declaró McNulty, indignado–. Posee algo que ningún chisme asqueroso podría tener jamás. No puedo explicar qué es, pero... Bueno, es una persona.

Un murmullo sordo demostró que había expresado la irracional pero firme convicción de sus hombres.

–Lo que yo tengo no es más que el aprecio general –sugirió Jay, sin sonreír–. Tengo independencia. Eso me convierte en candidato a la carnicería igual que los demás –suspiro y añadió–. Supongo que mi destino será el de toda carne.

Sonriendo ante esta salida pesimista, McNulty dijo a las confundidas langostas:

–Si sois sensibles a los pensamientos de nuestro pueblo, quizás podríais decirnos si detectáis emanaciones humanas en alguna otra parte. Faltan algunos de mis hombres y me gustaría saber si aún viven.

La pareja de extrañas criaturas de Varga guardaron silencio, mientras sus antenas temblaban como si estuvieran escudriñando delicadamente una porción del éter fuera de nuestro alcance y comprensión Algo retumbó ruidosamente por el corredor y pasó delante de nuestra puerta sin detenerse, pero ellas no hicieron caso.

–Nuestro alcance es corto, muy corto –dijo una de ellas, o las dos, después de un rato–. Podemos deciros que una mente como las vuestras acaba de apagarse para siempre. Fue desvaneciéndose mientras conversábamos. No hay más mente de ese tipo a distancia de recepción.

–Oh –dijo McNulty, decepcionado.

Señalaron el techo y continuaron:

–Pero allá arriba hay otras mentes, mucho más extrañas que las vuestras, mucho más distintas de las nuestras. Son únicas. No las habríamos creído posibles. Por increíble que parezca, son capaces de concentrarse en dos temas al mismo tiempo.

–¿Eh? –dijo McNulty, rascándose la cabeza; no sacaba nada de esa información.

–¡Dos temas simultáneamente! ¡Notable! Están en el aire, bajando hacia el techo. Una de ellas está pensando en unos dioses pequeños en un cuadrado formado por cuadros de colores y también en... ¡vosotros!

–¿Qué? –gritó McNulty.

Vi como el cuero cabelludo de Steve Gregory se tragaba sus cejas cuando siguió el ejemplo del capitán y miró locamente hacia arriba. A todos se nos salían los ojos hacia el techo. Enseguida se oyó un estruendo que sacudió el edificio de punta a punta, y apareció un enorme abollón en la curva del techo. Algo martilló violentamente las placas metálicas, y otras cosas hacían un escándalo en los corredores, detrás de la puerta. La combinación de ruidos eran espantosa; me sentí coma un bicho dentro de una caldera, con media docena de obreros remachando las costuras.

Nuestro portador oficioso de la llave era un tipo con dotes de observación e iniciativa. Se había fijado en que la puerta abría hacia adentro. Empuñando todavía su robusto instrumento, metió la otra mano en el bolsillo trasero, rebuscó y demostró que era lo suficientemente duro como para que no le importase sentarse sobre dos destornilladores cortos y gruesos y un trozo de metal en forma de hacha. Metió estos tesoros bajo la puerta, con cierta dificultad, pero finalmente consiguió calzarla bien. No bien terminó, aumentó el bullicio en el pasillo y un gran peso hizo crujir la puerta.

Parecía haber llegado nuestra hora, con una demora de unos pocos minutos preciosos, gracias al bloqueo de la entrada. Los retumbantes monstruos estaban sedientos de muestras que hacer rodajas. Nuestro preciado individualismo iba a ser nuestra perdición. Se me ocurrió que el de la llave y Sam Hignett serian los primeros en ser trinchados, si los trinchadores tenían preferencias, porque les picaría la curiosidad de por qué el primero poseía un brazo de doble longitud y con la mitad de metal, y por qué el segundo tenía piel negra cuando los demás la tenían blanca. También me pregunté cómo reaccionarían al enfrentarse con Jay Score.

La puerta se sacudió por un golpe tremendo; no se abrió, pero se le hizo una panza en el medio. Entró un chorro de luz por la separación entre el borde superior y la pared. Fuera, se oían pasar orugas mientras el mecanismo que empujaba la puerta mantenía su potente presión.

–No disparéis hasta verles el verde de los dientes –dijo el de la llave, sonriendo.

Escupió en el suelo y se apoyó en su llave inglesa como un caballero en su maza. La pose hacia que la bailarina tatuada pareciera más incongruente.

Se oyó un fuerte ruido en el techo cuando arrancaron un buen pedazo. El Sol dio en nuestras caras levantadas. Un cuerpo grande y bulboso, con enormes brazos cubiertos de ventosas, pasó por el irregular hueco, se colgó de tres de sus serpenteantes miembros y se balanceó grotescamente en el aire. Era Sug Farn.

Añadió otros tres tentáculos a los que le sostenían y extendió los cuatro restantes. Su envergadura era de casi diez metros, reducida ahora por los ciento cincuenta o ciento ochenta centímetros de ventosas que le sujetaban. Las puntas de los tentáculos se curvaban tentadoramente a más de cuatro metros del suelo. Mientras tanto, la puerta se curvó más, y miramos a Sug Farn con diversos grados de esperanza. Las criaturas observaban, pasmadas.

Entonces bajó tres metros más, cogió a cuatro y los izó por el boquete. Parecían naipes levantados en trompas de elefantes. Vi que Sug Farn había soltado su asidero; sus tentáculos superiores estaban entrelazados con los miembros igualmente correosos de otro marciano sujeto al techo, fuera de nuestra vista. Sug Farn alzó a los cuatro hasta poca distancia del agujero, y otros tentáculos los cogieron desde ahí. Así otros cuatro, y cuatro más.

Teniendo que dividir mi atención entre ese número de circo y los peligrosos crujidos de la puerta, no había hecho mucho caso de los de Varga, pero entonces descubrí que mantenían una discusión con McNulty.

–No –declaró firmemente el capitán–. No nos damos por vencidos. No enfrentamos lo inevitable. No morimos con aplomo, como decís –hizo un gesto de repugnancia–. Teníamos una tribu en la Tierra que veía las cosas a su manera. Celebraban sus desgracias abriéndose la barriga. Jamás consiguieron nada de ese modo.

–Pero es quo la fuga es impensable –insistió uno de los varganos, como si hablara de una atrocidad de guerra–. Es una vileza. Va contra las convenciones. Es un escandaloso desafió a las reglas de la guerra. Hasta los niños saben que un prisionero debe conservar su honor, aceptando su destino sin quejarse.

–¡Sandeces! –resopló McNulty–. ¡Paparruchas! No estarnos en libertad condicional. No hemos hecho promesa alguna ni tenemos intención de hacerlas.

Vio como otros cuatro subían a la libertad.

–Está mal hecho, muy mal. Es deshonroso. Un cautivo está perdido para siempre. Nuestra propia gente nos mataría de vergüenza si nos escapáramos. ¿No tenéis conciencia?

–Maldita sea –exclamó McNulty–. Vuestras normas son imbéciles. No nos obligan. No las aceptamos. A pesar de lo que digáis, para nosotros es perfectamente legítimo...

–¡Oiga! –interrumpió Jay Score, su vista iba del capitán a la puerta, que amenazaba ceder en cualquier momento–. ¿No le parece que no es hora de debates sobre diferentes códigos éticos?

–Sí, Jay, pero estos empecinados... ¡ay!

Fue cómica su expresión de sorpresa cuando el imperturbable Sug Farn lo pescó y terminó limpiamente la discusión.

La puerta cedió por fin, estallando con un ruido que rasgaba los tímpanos. Sin contar a los derrotistas varganos, quedábamos siete cuando una cosa parecida a un tanque de cincuenta toneladas irrumpió en nuestra cárcel.

Detrás había una muchedumbre chirriante de féretros, globos y otros artilugios de pesadilla. El invasor de vanguardia era tan grande que pasó por la puerta con sólo unos centímetros de luz a cada lado. Fascinado, demasiado asustado para moverme, observé las enormes orugas del monstruo dirigirse hacia mi.

–¡Yo el último! –gritó Sam Hignett a Sug Farn, con el negro rostro extrañamente iluminado.



Nuestro cirujano podría haber conseguido su abnegado deseo, pero no contó con el individuo de los tentáculos. Un globo veloz entró, superó al monstruo de vanguardia e intentó coger a Sam. Llegó unos dos segundos tarde. Silenciosamente, sin comentarios ni excitación visible. Sug Farn soltó otros tres tentáculos, hizo un manojo con los siete que quedábamos y nos alzó en un poderoso esfuerzo.

Mientras me elevaba lentamente hacia el boquete, sentí un leve temblor en el brazo que me izaba; Sug Farn estaba usando todas sus fuerzas para levantar su carga. Otra miembro bajó y se enroscó a mi alrededor, tomando parte del peso. Al salir por el agujero alcancé a ver a otro marciano reptar por la parte inferior del techo hacia la pared más cercana; luego estuve a la luz del Sol y de pie.

Sentada en la abolladura del techo como una gallineta en su nido estaba la pinaza. La potente navecilla descansaba con los tubos listos para la acción; su forma esbelta y aerodinámica era una delicia. Nada habría sido más eficaz para levantar el espíritu de hombres cansados.

Había edificios de metal en derredor, la mayor parte más altos que el que ocupábamos. De planta cuadrada o rectangular, sin ventanas ni adornos de ningún tipo, todos eran severa y deprimentemente utilitarios. No se veía humo ni vapor por ninguna parte, pero surgían nubecillas de colores de fuentes invisibles.

Muchos edificios tenían grandes antenas de radio enrejadas; en algunos había dispositivos complicados con aspecto de antenas direccionales. Toda el conjunto era una metrópolis de metal.

Abajo, las calles amplias, rectas y regularmente espaciadas estaban llenas de máquinas de por lo menos cien tipos distintos. La mayoría no se parecían a las que ya hablamos visto; una en particular, larga y semiflexible, me recordó un ciempiés monstruoso. Tenía una triple fila de cuchillas giratorias sobresaliendo del frente, y era evidente que funcionaba como excavadora subterránea, o perforadora.

Entre la multitud se veían algunos féretros y globos, unas jirafas y varios de esos chismes curiosos y aparentemente inútiles que se nos metían entre los pies en la contienda anterior. Observando ese batiburrillo de formas estrambóticas, desarrollé la teoría de que los globos y féretros eran diferentes clases de guerreros, las jirafas la policía civil y las maquinitas fisgonas reporteros o corresponsales de guerra que vigilaban continuamente y transmitían informes, ya fuera a un centro coordinador o a la comunidad en general. No estaba muy seguro en cuanto a las jirafas.

Mientras dos tercios de los rescatados se metían en la pinaza, completando su carga, me quedé con Jay Score en el borde del boquete y miré nuestra prisión. Era sorprendente. El par de langostas se había ido, presumiblemente a cumplir su destino. Justo debajo de nosotros, como un gigantesco sapo de hierro, estaba el monstruo de cincuenta toneladas.

A su alrededor giraban globos de ojos vidriosos, agitando ocasionalmente sus tentáculos hacia nosotros con algo que podía ser rabia, si un autómata es capaz de ese sentimiento. Varios féretros habían plegado sus patas traseras, y nos contemplaban sentados en una fantástica imitación de una jauría de perros

frustrados, habiendo conseguido una inclinación suficiente para que sus lentes delanteras pudieran enfocar el techo y la presa que se les había escapado. A pesar de su total carencia de animación facial, me parecía verles las fauces abiertas y las lenguas colgantes. Los ruidos de las máquinas en movimiento eran continuos. El olor de aceite era nauseabundo.

A nueve metros de altura, Sug Farn y Kli Yang, pegados a la parte superior de paredes opuestas, pescaban. Sug Farn deslizó un tentáculo capaz de anclar un buque de guerra, aplicó las ventosas terminales sobre la plana espalda de un féretro en pose de esperar pacientemente que cayéramos como frutas maduras y lo levantó. El féretro hizo ruidos de alarma y agitó los miembros. Un globo giró veloz al rescate.

Kli Yang intervino de inmediato y cogió al globo con la tranquila indiferencia de un camaleón al embaularse una mosca. El féretro subió siete metros; las ventosas aflojaron y lo dejaron caer sobre el grandullón de cincuenta toneladas, de donde pasó al suelo entre ruidos de mecanismos reventados, y se quedó quieto. El globo, más ligero, subió debatiéndose entre las ventosas de Kli Yang y fue arrojado sobre otro globo. El proyectil quedó inmóvil. El blanco sufrió alguna avería en sus circuitos de dirección y se puso a dar vueltas y más vueltas en un pequeño círculo.

Mirando codiciosamente el gran monstruo que continuaba ahí abajo con la indiferencia de un auto abandonado. Kli Yang comentó:

–Así fue como ganamos en la nave. Nos quedamos en el techo, donde no podían pillarnos. Los cogíamos, los dejábamos caer y permitíamos que la Naturaleza siguiera su curso. No pueden trepar, y tampoco podían meter en el *Marathon* una máquina lo bastante grande para alcanzamos.

Con un ojo fijo en Jay y en mí, dirigió el otro hacia abajo en busca de otro enemigo. Este giro independiente de los protuberantes ojos de los marcianos no dejará nunca de ponerme carne de gallina. Como si fuera una consecuencia lógica de su comentario anterior, añadió, dirigiéndose a Sug Farn:

–Kli Morg debía haber sacrificado el alfil.

–Sí, acabo de llegar a la misma conclusión –admitió Sug Farn, usando un globo para abrirle la sesera a una jirafa–. Morg peca de económico en sus partidas. Eso lo hace algo lento para comprender que la pérdida de un alfil ahora, bien puede valer ganar dos torres diez jugadas después –suspiró y dijo–: ¡Mira esto! –agarrando velozmente un objeto gesticulante que parecía una masa de herramientas raras y lo arrojó hacia la pared de Kli Yang.

¡Zumm!

Se me calentaron las piernas cuando la pinaza se lanzó hacia el cielo. Eso dejaba a once de nosotros en el techo, más los marcianos entretenidos en convertir nuestra prisión en un almacén de chatarra. Me di la vuelta y vi a la nave dirigirse al Norte en un chorro de trueno y fuego.

–Volverán pronto por nosotros, si seguimos aquí todavía –dijo Jay Score, estudiando a los marcianos y la horda metálica de abajo–. Kli está equivocado al creer que no tienen trepadores. ¿Cómo levantaron estos edificios?

–Ninguno de esos es capaz de trepar –argumenté, intranquilo.

–No, pero estoy seguro de que tienen algún tipo de máquinas de construcción, o grúas. Te apuesto diez a uno a que las sacan en cuanto se les pase la confusión que hemos causado al desafiar sus reglas de guerra –indicó las calles, donde no se veían señales de excitación–. Están tardando en asimilarlo. Dudo que se haya escapado alguna vez un prisionero en todo el tiempo que recuerden, si son capaces de recordar. Por el momento están atontados por una situación que no pueden comprender.

–Sí, lo cierto es que tratamos con una mentalidad completamente distinta –acordé–. Parecen estar demasiado condicionados para enfrentarse con lo anormal y superarlo rápidamente.

No lo dije, porque Jay era una personalidad muy definida, pero me pareció que él tenía alguna ventaja sobre los demás, al poder considerar las cosas desde el punto de vista de nuestros enemigos mecánicos.

Kli Yang subió por el boquete, seguido de Sug Farn. Este echó una ojeada en redondo, se acomodó en el hueco dejado por la pinaza, se arropó en sus propios tentáculos y se durmió. Silbaba suave y largamente.

–¡Durmiendo! –se quejó Kli Yang–. Es incapaz de hacer nada sin su siesta entremedio –sin dejar de mirar al roncante marciano, viró el otro ojo hacia Steve Gregory; entre los ojos desviados de uno y las cejas móviles del otro, empecé a preguntarme qué talentos ocultos poseería yo–. Supongo –dijo Kli Yang con tristeza– que a nadie se le habrá ocurrido dejarnos un tablero de ajedrez.

–No –admitió Steve, secretamente agradecido por la omisión.

–Cómo se les iba a ocurrir –gruñó Kli Yang.

Se apartó y sacó un frasquito de perfume *hooloo*, aspirando significativamente. Supongo que las doce libras de presión empezaban a afectarle. Nunca creí de veras en las indecentes descripciones marcianas del olor humano.

–¿Cómo supisteis en qué edificio estábamos? –preguntó Jay Score.

–Vinimos con pocas esperanzas de encontraros entre esta jungla de edificios. Volamos en círculo varias veces, y nos sorprendió mucho que en las calles nadie nos hiciera caso. Por fin, vimos la fila de vehículos aparcados, con Brennand y Wilson subidos a uno y haciendo señas como locos. De modo que los recogimos y aterrizamos aquí, en el techo más cercano. No lo hicimos muy bien porque la pinaza es difícil de manejar, con controles hechos para manos humanas.

–¿Brennand y Wilson están a salvo, entonces? –dije.

–Si, Kli Dreen los metió en la nave. Dijeron que habían salido del vehículo por el agujero del suelo y que nadie les prestó atención. No podían entender por qué los dejaron en paz.

–Ya lo veis, fugitivos –dijo Jay, mirándome–. ¡El factor anormal! Nadie sabía qué hacer con ellos. Desafiaban la ética, lo cual presentaba un problema que requería tiempo de estudio, por ser nuevo y desconocido.

Se acercó al borde del techo. Había otro al lado, más bajo. Lo miró, con los ojos brillantes.

–Aquellos gritos vinieron de por ahí abajo. Vamos, tratemos de arrancar un pedazo y dar una ojeada.

Se dejó caer al tejado inferior, seguido por mí, Armstrong y los otros. Entre todos levantamos una esquina. Cedió con inesperada facilidad. Ese metal era muy peculiar, bastante duro, resistente al calor, pero fácilmente doblable en la dirección de un grano escondido. No era raro que los marcianos hubieran podido abrir aquel boquete.

Asomándonos por el agujero, vimos una sala estrecha y larga que podía ser un laboratorio o un quirófano. Estaba llena de aparatos de todo tipo, lámparas, autoclaves, bandejas de instrumentos, mesas, y un surtido de chatarra que no pudimos identificar.

Media docena de máquinas de estupendo acabado estaban trabajando, con las frías lentes dedicadas a su tarea. Tenían dedos diestros. Lo que hacían me puso los pelos de punta.

Había dos langostas desparramadas por toda la habitación, parte de una en una mesa, las cabezas en otra, una masa de entrañas en una tercera. Era imposible saber si se trataba de la misma pareja con la que habíamos hablado. Las máquinas estaban atareadas con los pedazos, mirando cortes en microscopios raros, metiendo trocitos en diversos aparatos.

Las langostas no tenían nada que pudiera identificarse como sangre, pero sus partes mutiladas exudaban un jugo incoloro y aceitoso. Sin embargo, había manchas rojas en una de las mesas, en el suelo, salpicaduras carmesíes en algunos de los viviseccionistas mecánicos. En una cesta de alambre, descuidadamente tirada a un lado, había un par de manos humanas. La izquierda, blanca y yerta, llevaba aún un anillo de oro. ¡Había pertenecido a Haines!

–¡Dios, lo que daría por hacerlos volar en pedazos! –exclamó Armstrong, después de violentas maldiciones.

–No podemos hacer nada, por ahora –comentó Jay Score, sin demostrar emoción–. Es demasiado tarde para salvarlos.

Miré el tejado siguiente, que estaba al mismo nivel y a unos seis metros de distancia. Igual que el que ocupábamos, se proyectaba en un edificio más grande y alto, coronado por una antena de radio. Una antena doble iba de ese mástil a otro en un edificio similar, a unos cien metros.

–Creo que puedo salvar esa distancia –murmuró Jay.

–Tranquilo –aconsejó Armstrong, mirando la caída–. Espera a que vuelva la pinaza. Si intentas un salto así y fallas por dos dedos, te estrellarás. Quedarás convertido en mil recuerdos desparramados en la calle.

Jay volvió al boquete de nuestro techo y miró.

–Esperan todavía –informó–, pero no van a esperar toda la vida. Es probable que no tarden mucho en entrar en acción. Será mejor que actúe yo.

Antes de que nadie pudiera Impedírselo, empezó. No había modo de pararlo; sus poderosos y sólidos ciento cincuenta kilos eran demasiada masa para que meros músculos humanos pudieran oponérsele. Kli Yang, tal vez, podría haberlo hecho, pero no lo intentó.

En una carrera velocísima y bien calculada, Jay recorrió nuestro tejado, describió un arco sobre la calle y aterrizó con un metro de sobra. Otro salto, más fácil, le llevó al nivel superior. Llegó a la antena enrejada, trepó como un mono y la inutilizó. Con otro salto espectacular y el mismo margen, volvió a donde estábamos.

–Algún día –sugirió Kli Yang– te vas a electrocutar, si antes no te rompes el pescuezo –señaló la calle–. Puede que sea coincidencia, pero algunas máquinas han dejado de moverse.

Era cierto. Unos cuantos autómatas se habían quedado inmóviles como estatuas. Eran todos del misma tipo. Los de otras clases no parecían afectados. Féretros, globos, unas cosas con pinta de gusanos y unas aplanadoras grandes seguían su ajetreo como si nada, pero los de un tipo en particular, un artefacto con cuerpo de huevo y largas patas, estaban petrificados.

–Diría que tienen radioanimación –opinó Jay–. Cada clase posee su propia banda y su estación, de donde recibe la energía –señaló los otros mástiles que sobresalían por toda la ciudad–. Si pudiéramos inutilizarlos, creo que inmovilizaríamos a todos temporalmente.

–¿Por qué temporalmente –pregunté–. Dejarlos sin energía será bastante definitivo, ¿no?

–No necesariamente. Hay tan grande variedad de máquinas destinadas a todas las funciones imaginables, que apostaría diez a uno a que tienen también un escuadrón de reparaciones de radio, con energía independiente, que entraría en juego en cuanto se pararan las demás.

–Si sus mecánicos de radio se parecen a un faro ambulante, ya viene uno hacia aquí –intervino alguien, indicando el Norte.

Miramos a ese lado. Lo que se acercaba por la vía del Norte era el colmo de lo fantástico. Consistía en una larga plataforma de metal montada sobre enormes ruedas de tres o cuatro metros de diámetro. En el centro de la plataforma se elevaba una estructura cónica terminada en una pieza con muchos brazos, a casi veinte

metros de altura. La cosa parecía más alta que una atalaya de incendios; dominaba la calle y algunos de los edificios.

–¡Aplausos, ahí viene Charlie! –dijo el caballero de la pistola antigua.

Blandía su antigualla con mucha decisión. Comparada con el coloso que se aproximaba, la pistola resultaba absurda. Era como pensar en abatir a un elefante furioso con una cerbatana.

–Un erector automático, supongo –dijo Jay observándolo con calma–. Probablemente lo han llamado para que nos coja.

Al grupito de humanos no parecía importarle un madito comino la cuestión. Tal vez estaban disimulando sensaciones similares a las que burbujeaban en mi interior. Ante la gigantesca amenaza que se acercaba lentamente, el estómago se me hizo una bolita dura.

En la calle, la horda mecánica iba y venía, y otra jauría ansiosa esperaba bajo el boquete del techo. Jay podría escapar con sus saltos de tejado en tejado, pero los demás estábamos obligados a aguardar como reses en el matadero.

Entonces apareció un puntito en el cielo, y un agudo silbido nos indicó que volvía la pinaza. Venía hacia nosotros a toda velocidad, como un pequeño proyectil. Por mis cálculos, era probable que llegara un poquito antes que la torre, pero no estaba seguro de que pudiera posarse, abrir la escotilla, subirnos a bordo y despegar antes de que empezara el jaleo. Con el pulso acelerado, observamos la rápida trayectoria de la nave y el pesado movimiento del enorme enemigo, y comparamos ansiosamente el progreso de ambos.

En el momento justo en que llegaba a la conclusión de que podía salvarse la mitad a expensas de la otra mitad, los de la pinaza vieron a la torre. La nave no intentó atracar. Describiendo una curva cerrada que la hizo balancearse, pasó sobre nosotros haciendo zumbar el aire y cortó la cabeza de la torre, ya a menos de cincuenta metros de distancia. Debían haber arrojado una bomba atómica diminuta, aunque no la vi caer.

–¡Al suelo! –dijo Jay Score.

Nos echamos rápidamente boca abajo. Algo se alzó en el cielo, nuestro edificio se estremeció, y de la calle surgió una extraña fuente de chatarra. Durante algunos segundos se hizo el silencio, roto sólo por los golpeteos mecánicos diversos de los sobrevivientes y el rugido de la pinaza. Entonces se oyó un estrépito al caer la torre. El edificio se sacudió otra vez.

Me levanté. La torre había caído cuan larga era en la calle; la plataforma estaba destrozada, el largo cuerpo cónico retorcido, la cabeza y sus muchos brazos convertidos en una masa informe. El colapso del gigante había liquidado a una docena de máquinas menores.

–¡Caramba! –gorjeó Sug Farn, despertado violentamente–. ¿Qué es este escándalo? ¿Empiezan de nuevo? –estiró sus tentáculos y bostezó.

–Sal de ahí –ordenó Kli Yang, mirándolo con disgusto–. Deja sitio a la pinaza.

Sin prisa y con poca gracia, Sug Farn se trasladó al extremo del tejado donde formábamos un grupito lleno de esperanza. Después de una vuelta rasante, la nave se posó. El abollón, bajo su peso, se hizo un poco más pronunciado. De no haber sido por el sólido soporte del tejado y por la habilidad del aterrizaje, el vehículo habría atravesado las placas, arrojándonos a todos a manos del enemigo.

Nos amontonamos en la nave, agradecidos. Ni el capitán ni Brennand estaban a bordo. El segundo navegante Quirk se encontraba en los controles, con una tripulación de cinco terrestres y un marciano, el mínimo para un vehículo de ese tamaño. El marciano era Kli Dreen. No dijo una palabra a sus congéneres; simplemente los miró y olfateó.

–Te apuesto doce dólares interplanetarios –le dijo ácidamente Kli Yang– a que tu ocioso cerebro no pensó en traer nuestros cascos de baja presión, para que pudiéramos aliviar este hedor del Infierno.

–¡Oye eso! –exclamó Kli Dreen, vibrando un ojo hacia mí–. Explora el Universo y luego se queja por un poco de presión –el ojo volvió hacia Kli Yang mientras añadía triunfalmente–: Kli Morg habría ganado, de no haber insistido en salvar su alfil.

–¡Ja, ja! –rió Kli Yang con falsa violencia, trató de hacer un guiño significativo a Sug Farn, y no lo consiguió; los marcianos intentaban muchas veces imitar ese gesto terrestre, seguían intentándolo a pesar de la evidente imposibilidad de hacerlo sin párpados–. Encuentras la solución una semana más tarde, como de costumbre.

El joven Wilson estaba junto a la portilla delantera de observación, cerca del piloto Quirk. Tenía la cámara en las manos y se le caía la baba. Había otras dos cámaras colgadas en la pared, una con un objetivo del tamaño de un plato.

–Oh, sargento –me dijo–. Fotos, fotos, fotos... docenas de fotos –tenía la cara azul de orgullo profesional–. Hice la torre esa, justo cuando la reventábamos. Mire como hago estas.

Eché un vistazo por encima de su hombro. Venían otras das de las construcciones altas, balanceándose como marineros borrachos. Oí cerrarse nuestra escotilla.

La cámara de Wilson hizo clic clic. La pinaza se movió, despegó y aceleró bajo las manos expertas de Quirk. Ningún marciano era capaz de tratar a una nave de la misma manera que un terrestre bien entrenado.

Fui en busca de Jay Score. Estaba echado junto a la escotilla de bombardeo, en la panza. Tenía una bomba en la mano y la lanzó justo al llegar yo. Vi como el edificio adyacente a nuestra prisión se hinchaba y despedía el techo hacia las nubes. El interior debía ser un desastre.

–Ahí va su quirófano –gruñó Jay, sus ojos parecían carbones–. ¡Esta vez han sido ellos los desmembrados!

Compartía sus sentimientos pero, qué caracoles, de un robot no se espera una emoción tan humana como la sed de venganza. Con todo, nadie se sorprendía de

sus raros momentos de sentimiento no-robótico. Según todas las leyes no debía tener más corazón que un muñeco, pero la verdad es que lo tenía, a su manera fría y flemática.

–A McNulty no le va a gustar –señalé–. Dirá que a pesar de nuestras bajas las autoridades de Tierra lo considerarán destrucción innecesaria. Le va a remorder la conciencia todo el camino.

–Por supuesto –admitió Jay, con sospechosa rapidez–. No había pensado en eso. ¡Qué lástima!

Ni la menor inflexión había alterado su voz, y su rostro, por supuesto, permaneció sin expresión. Era tan fácil leer sus pensamientos como los de un ídolo de piedra.

Se fue a ver a Quirk. Poco después efectuamos una serie de bajadas mientras continuábamos rumbo al Norte. A cada bache se oía un ruido fuera, así que me asomé y vi que íbamos destrozando antenas a nuestro paso. No necesité percepción extrasensorial para saber que Jay tenía algo que ver en nuestra actuación, con el consentimiento de McNulty o sin él.

La gran metrópolis se fue alejando, con las calles punteadas por máquinas que corrían y otras paradas. A la distancia alcancé a ver a las dos torres llegando a nuestro reciente santuario. Eran mentes de sentido único; les habían ordenado hacer un trabajo y aún intentaban obedecer, cuando ya no estábamos ahí.

La ciudad cubría cincuenta kilómetros cuadrados y era toda de metal. En mi vida había visto tanto metal junto, ni creo que lo vuelva a ver.

En los suburbios, las máquinas ovoides continuaban descansando dulcemente, así como las de otros tres tipos, y observé varios individuos fuera de combate en las amplias arterias que iban de Norte a Sur.

¡Tuang!

Sonó otra antena, y nos elevamos a seis mil metros. Al Sur, en el horizonte, se destacaba el perfil de otra ciudad, con sus edificios y antenas.

Como un hermoso huso de oro, el *Marathon* reposaba sobre la superficie roja y negra. La mayor parte de la tripulación se afanaba alrededor de la popa. Con un picado a estribor, la pinaza aterrizó y salimos. Solo entonces recordé cuántas horas llevaba con el estómago vacío.

Escuchamos la otra parte de la historia mientras engullíamos. Los marcianos habían rechazado todos los ataques hasta que los globos y los féretros se retiraron. Se apostaron a corta distancia de la nave, esperando no se sabe qué; tal vez que salieran los marcianos a que los aplastaran en el exterior, o, más probablemente, a que llegara otra clase de máquina, más capacitada para entendérselas con ellos.

Los marcianos aprovecharon esa oportunidad para escapar con la pinaza, y vieron a sus sitiadores irrumpir en el vehículo abandonado en cuanto salieron ellos. Para

cuando llegamos nosotros, sin embargo, la horda hostil se había ido; quedaban sólo los averiados o destruidos.

–Parece –propuso Jay Score– como si el movimiento fuera su definición de vida consciente. Se mueve, luego vive. El *Marathon* carece de animación propia, y entonces no lo consideran una amenaza. Iban tras la tripulación. Cuando las personas se fueron, no hicieron más caso a la nave –nos miró especulativamente–. A nadie se le ocurrió ensayarlo, pero es posible que si estás acorralado y te quedas inmóvil del todo, te dejarían en paz. ¡Sí, podría ser! En cuanto te mueves, atacan.

–No me apetecería probar ese juego de la estatua –dijo secamente una voz–. Prefiero mis pies. ¡Y que sean rápidos!

–Me pregunto si volverán a atacar –dije– antes de que terminemos las reparaciones.

–Imposible saberlo. En mi opinión, poseen una mentalidad muy curiosa, si se la puede llamar así –continuó Jay–. Aceptan lo conocido, son instintiva e inmediatamente hostiles hacia lo desconocido. Astillaron la nave sólo porque era un intruso desconocido. Puede que ahora ya lo haya registrado su mente comunal como un cacharro estropeado, sin importancia. Después que alguna máquina pase un informe sobre actividad inusitada aquí, puede que la mente común lo relacione con nuestra fuga, medite la acción a seguir y luego ordene que se cumpla –miró hacia las colinas polvorientas, que ocultaban en parte el Sol poniente–. Será mejor que trabajemos de prisa.

Salimos a ayudar en la pesada tarea de volver a colocar los tubos de popa. Se hacía difícil, sin el equipo adecuado y teniendo que levantarlos a mano. Mientras tanto, los marcianas reparaban el casco, con sus máquinas de soldar despidiendo un brillo azul. Los ingenieros revisaron las cámaras de combustión, comprobando la eficiencia. Otros tres se ocuparon de los daños producidos en la compuerta, debidos principalmente al pom-pom.

Quirk llevó la pinaza a la carretera más alejada. El capitán no quería arriesgarla, pero él se quedó a buena altura en las nubes hasta que la vía estuvo libre de tráfico, bajó y encontró el bote salvavidas. Tres de los suyos lo trajeron de vuelta, junto con los cadáveres de los compañeros de Haines. A juzgar por las evidencias disponibles, el bote había aterrizado abierta y amistosamente, sin que Haines se diera cuenta de que una de las cosas tipo autobús había anulado su radio. Haines fue capturado. Los otros dos habían caído peleando y los dejaron... inmóviles. Los enterramos al atardecer, junto con el jefe Andrews y los otros.

Mucho después de obscurecer, los soldadores marcianos seguían cortando la noche con sus rayos azules y sonaban martillazos en diversas partes de la nave. Estábamos haciéndonos muy conspicuos, sin duda, pero había que correr el riesgo.

Durante todo ese tiempo, McNulty estuvo cambiando de buen humor a mal disimulado abatimiento. Creo que esto último se debía al temor de otro ataque antes de que hubiésemos terminado. Lo otro, porque nos estábamos preparando a partir, o quizás porque habíamos obtenido un cargamento de ejemplares asombrosos, tres globos averiados y dos féretros aplastados. Nuestros atacantes se hablan llevado el

resto de la chatarra, o, por decirlo de otra forma, habían retirado al resto de sus heridos del campo de batalla.

A las dos de la tarde siguiente la tediosa tarea quedó terminada, con varios fuertes vivas en versión humana y sulfurosa. Despegamos. En la bodega, a los expertos del gobierno se les hacía la boca agua mirando la carga. Elevándonos varios kilómetros sobre el escenario de nuestros apuros, llegamos a la segunda ciudad del Sur y aterrizamos en sus cercanías.

–Aquí deberíamos constituir un factor nuevo –observó Jay Score–. Veamos como lo toman.

Controlé el tiempo. El ataque llegó a los treinta y siete minutos exactos.

La técnica local era diferente. Primero vinieron los informadores, nos inspeccionaron y volvieron de prisa a la ciudad. Luego se acercaron una docena de autobuses, apuntaron sus discos a nosotros y bañaron toda la nave con sus rayos. Steve Gregory salió a escape de su cuarto, quejándose de que su radio se había vuelto loca. Sus cejas bailaron violentamente, a modo de ilustración.

En el exterior, nuevas fuerzas se habían unido a los inútiles manipuladores de discos. Cosas con manos enormes, cosas con innumerables herramientas incorporadas se dirigieron hacia nuestra popa. El inevitable conjunto de féretros y globos patrullaba.

Aparecieron dos jirafas que posaron inocentemente para el joven Wilson. El capitán decidió que ya habíamos esperado bastante y que era preferible no darle oportunidad a la oposición de enredar con los tubos. Con un *¡juaush!* que dejó el paisaje envuelto en niebla, nos disparamos hacia el cielo, dejando a nuestras adversarios confusos y derrotados.

Bajamos veinte minutos después cerca de una carretera amplia pero poco usada y aguardamos a que pasara algo. El primero en llegar fue un féretro al galope con sus ocho patas, cuatro brazos plegados, dos tentáculos al frente y el estúpido rizo de cubre, estirado y tieso como un pelo solitario. Media docena de nosotros le cerramos el paso, apuntándole con las pistolas de rayos, más que nada como gesto. No representaban mucho peligro para esas cosas metálicas y lo sabíamos muy bien.

Todo era idea de Jay, aceptada de mala gana por McNulty. El capitán consintió en la emboscada con la condición de que se hiciera a poca distancia, para que pudieran cubrirnos uno de los pom-poms del *Marathon*. Yo veía los ocho cañones del arma asomando por la portilla; el féretro disminuyó la velocidad y se detuvo.

Otros seis de nosotros entraron a la carretera por detrás de nuestra víctima, mientras cuatro más cubrían el lado opuesto a la nave. El féretro nos observó con lentes duras, brillantes e inexpresivas; su antena de cobre se estremecía inquisitivamente. Me vino la extraña idea de que, de algún modo, su ejército ya conocía sus apuros y estaban llamando al escuadrón de disturbios. Sabía que no podríamos detenerlo, si se le ocurría cargar. Aquella masa de metal era capaz de atravesar nuestras filas como un cuchillo al cortar el queso.

Nos observamos mutuamente durante unos minutos. Luego empezó a darse la vuelta preparando su retirada; se encontró rodeado y volvió a la dirección original. Seguimos mirándonos hasta que el silencio y la tensión se hicieron inaguantables. La cosa no se movió.

–Tal como pensaba, no es más que un palurdo metálico –dijo Jay, olvidando suavemente el hecho de que él tampoco era de carne y hueso; caminó audazmente hasta estar a un metro del féretro, señaló hacia el *Marathon*, hizo un ademán de llamada y se alejó.

El gesto da llamada es inconfundible en cualquier idioma y en cualquier Mundo. Con todo, no esperaba que aquella cosa grotesca obedeciera. ¡Pero lo hizo, lo juro!

Dando su amplia espalda al féretro, Jay marchó hacia la nave; la cosa se animó y le siguió, con el paso lento y sumiso de un caballo desganado. Fue la única vez en que vi al de la llave inglesa abrir la boca y soltar la herramienta.

Al encontrarse con un McNulty de ojos desorbitados en la compuerta, Jay observó:

–Ya ve, tiene una ética rara. Cree que es mi prisionero y por lo tanto acepta su destino –lo condujo a la bodega, lo aparcó en un rincón y ahí se quedó, sin moverse–. Lo más probable es que pierda la animación en cuanto salgamos de la esfera de irradiación de energía que le alimenta–. Sería mejor dejar que Steve jugara con él; tal vez pueda devolverle la vida con algún tipo de batería.

–¡Hum! –fue el comentario de McNulty, mientras miraba al féretro, con ojos de lechuza; se volvió a Blaine–. Dígale a Steve que baje.

Esta rendición de un ejemplar potencialmente agresivo ocupó nuestros pensamientos mientras asegurábamos las escotillas y nos preparábamos a partir. Aparentemente las cosas presentaban batalla en escuadrones, pero no como individuos. No podíamos penetrar en la mente de aquel cajón de muerto –en caso de que tuviera una mente, aparte de su participación en la conciencia comunitaria– pero nos preguntábamos por qué, igual que las langostas, estaba destinado a morir a manos de sus congéneres si volvía con ellos.

Era una locura esa manera de ver las cosas, y lo más chiflado de todo era su intolerancia de la iniciativa tal como la entendíamos nosotros. ¿O era demencial sólo por comparación con la ética de los humanos? Tal vez todo dependa de lo que se entienda por humano. No soy erudito, ni experto en historia, pero me pareció recordar una guerra muy antigua, allá por las edades obscuras, en que los japoneses se negaron a reconocer que habían tenido desaparecidos y fríamente los declararon muertos.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que aprendiéramos que las mentalidades corporativas también tienen sus ventajas. Abandonamos el suelo negro y rojo, volamos por última vez hacia el cielo de ese estrambótico Mundo, atravesamos las nubes y nos encontramos con cuatro largas naves cohete negras. Eran similares a las que viéramos antes y volaban en perfecta formación.

No era cuestión de que la capitana nos viera y pasara órdenes a las otras. Nos vieron simultáneamente y reaccionaron al mismo tiempo, moviéndose al unísono de

manera impresionante. Me hicieron pensar en un importante misterio científico, el porqué una bandada de aves cambia de curso, modifica la formación, gira y vuelve a formarse como si estuviera dirigida por una mente compartida. Aquellas naves imitaron la actuación de los pájaros. Cambiaron de rumbo todas a la vez, se interpusieron en nuestra trayectoria perfectamente formadas y nos bañaron en los mismos rayos que no nos habían afectado antes tampoco, pero volvieron a enfurecer a Steve Gregory. Jamás había sido testigo de un trabajo de equipo tan perfecto.

No les sirvió de nada ni nos hizo daño alguno. Si sus rayos hubieran funcionado tal como esperaban, nos habríamos convertido rápidamente en un montón humeante en el suelo. Pasamos por debajo del resplandor y salimos zumbando al espacio libre. Nos siguieron, cambiando de formación con precisión matemática, levantando los morros en ángulos idénticos, como si una sola persona estuviera manejando las cuatro por control remoto. Juntas pusieron en funcionamiento los auxiliares y acortaron distancias.

–Son veloces –comentó Jay–. Casi tanto como nosotros cuando usamos impulso normal. Me gustaría echar una ojeada a sus motores y pilotos.

–No tengo ninguna gana de verlos –gruñó McNulty–. Ya he tenido bastante para un viaje.

Gritó por el teléfono al cuarto de máquinas y el *Marathon* dio media vuelta, cayó abruptamente y volvió a elevarse. Se rompieron cristales en la cocina, y alguien dio opiniones vulgares y resonantes sobre las naves que hacen picados y sus capitanes. El cuarteto dio media vuelta, cayó y se elevó en pos de nosotros, al unísono.

Nos alcanzaron nuevamente los rayos verdosos, sin resultado, y cuatro chorros de fuego pasaron a un lado, ¡Hasta fallaban por idéntico margen!

–Basta de diversión –declaró McNulty, nada inclinado a tentar al destino; hizo describir una ese al *Marathon* y ordenó–: ¡Sujetarse!

Apenas nos dio tiempo a ponernos los arneses antes de que conectara el Flettner. No pude verlo porque no es posible usar las portillas de observación estando echado, pero el cuarteto de perseguidores debió convertirse en puntitos en el lapso de un pestañeo. Salimos de aquel sistema solar a velocidad inalcanzable, pasando cerca del mundo acuático de Varga con tal celeridad que nadie lo vio. Aquel trozo de plasma cósmico y sus anfibios habitantes habrían de esperar a otro viaje.

Los marcianos se pasaron el viaje de regreso en el compartimiento de estribor, gozando de las tres libras de presión y de sus interminables partidas de ajedrez. Jay pasaba buena parte de su tiempo en la bodega con Steve –presumiblemente cuidando al estúpido féretro– pero los marcianos le persuadieron para que jugara diecisiete partidas de las que ganó tres. Estaban orondos y publicaron los resultados por toda la nave.

Wilson se recluyó en su cabina. No fui lo bastante tonto como para hacerle preguntas ni intentar consolarle. Los torpes guerreros de *Mecanistria* hablan

destruido sus primeras películas en sus escaramuzas en la nave, pero las fotografías posteriores eran muchas y hermosas. Estaba decidido a preocuparse hasta tenerlas a salvo en casa.

Dos cruceros nos recibieron en el límite de la atmósfera terrestre y nos dieron escolta. Los familiares tonos pardos, azules y verdes de la Tierra me parecieron el espectáculo más maravilloso, aunque los marcianos aún preferían el rosa sucio, y lo dijeron. Estaban discutiendo bastante acaloradamente a propósito de un peón perdido cuando aterrizamos, con el Mundo entero observando y escuchando por la red internacional.

McNulty pronunció el discurso que se esperaba de él:

“Hemos pasado unos momentos un tanto difíciles..., indudable hostilidad que es muy de lamentar... este desagradable episodio…” y así sucesiva mente.

Flettner fue exhibido frente a nosotros, sonrojado como un crío por las frecuentes referencias de McNulty a la eficacia de la nave, tema en que, por una vez, no exageró en menos.

Al fondo de la muchedumbre que nos saludaba vi al viejo Knud Johannsen, el maestro de robots, intentando llegar hasta nosotros y buscando desesperadamente a Jay. A veces me pregunto si tengo precognición, pues a pesar de ignorar lo que iba a suceder, la vista de aquel mago de pelo blanco en busca de su última y mayor creación me hizo pensar en un padre amoroso buscando a su hijo.

Terminaron los vítores y empezamos a descargar. Latas de agua cuprosa, botellas de aire foráneo comprimido, cientos de muestras de tierra y metal. Sacamos los autómatas estropeados y los expertos del gobierno se fueron corriendo con ellos como si llevaran las joyas de Asia. Wilson se marchó más deprisa todavía, acunando su equipo.

El viejo Knud se escurrió entre la multitud y me dijo:

–¡Hola, sargento! ¿Dónde está Jay? –no llevaba sombrero y su pelo plateado brillaba al Sol.

En ese momento salió Jay. Sus ojos buscaran la figura canosa. Ya se sabe que los robots no pueden hacer bromas, son incapaces de hacerlo, y Jay no había hecho ninguna en toda su existencia, por lo menos ninguna reconocible. Pero en esta ocasión hizo una de las mejores, y me puso un nudo en la garganta.

Tomó la mano nervuda y delgada de Knud en su zarpa de metal y dijo:

–Hola... papá –no pude ver la cara de Knud, pero oí a Jay añadir–: Te traje un recuerdo interesante.

Hizo un gesto señalando la escotilla, de donde venían ruidos fuertes y una vaharada de olor a aceite. Salió el féretro cautivo, con su ricito de cobre enroscado como un caracol y atado con un cable a una caja negra que tenía en la espalda. Detrás salió Steve Gregory, con las cejas bizcas de satisfacción.

Jay y Knud se alejaron del brazo, seguidos por el autómata y con Steve en la retaguardia. Las perdí de vista cuando dos grandotes de un servicio de reparto especial empezaron a subir por la escalerilla un jarrón enorme de forma horrorosa y colorido repugnante.

Al llegar arriba, uno de ellos sacó un papel, lo miró con asco e informó:

–Este superarmatoste es para un tentáculos llamado Kli Morg.

–Voy a comunicárselo –como precaución, añadí–: Mientras tanto, es mejor que lo bajen. El capitán no lo querrá a bordo.

Lo rompieron al bajarlo.

3 - Simbiótica

Habían encargado al *Marathon* que le echara una ojeada a un planeta con posibilidades, cercano a Rigel, y lo que nos habría gustado a algunos era saber cómo diablos podían nuestros astrónomos de Tierra seleccionar astros que valieran la pena a una distancia tan enorme.

En el viaje anterior nos habían encontrado un trabajo jugoso cuando nos enviaron a aquel Mundo mecánico con su vecino acuático cerca del Boyero. El *Marathon*, una nave diseñada poco antes por Flettner, era algo superior y sin comparación en nuestra parte del Cosmos. Así que nuestra solución del misterio fue que los astrónomos se hablan agenciado algún aparato igualmente revolucionario.

De todos modos, habíamos hecho el viaje según las instrucciones y nos acercamos lo suficiente para comprobar que, una vez más, los astrónomos justificaban sus pretensiones de maestría al decir que ahí había un planeta con posibilidades de tener vida.

A estribor, Rigel refulgía como un horno distante, unos treinta grados por encima del plano de la horizontal en ese momento. Con esto quiero decir que al plano horizontal siempre es la horizontal de la nave, con la que el Cosmos integro tiene que relacionarse, le guste a no. Pero la primaria de este planeta no era la lejanísima Rigel; su propio Sol –mucho más próximo– parecía un paso más pequeño y bastante más amarillo que el Viejo Sol.

Había dos planetas más, algo más lejos, y vimos un tercero orbitando hacia el lado opuesto del Sol. Eso deba un total de cuatro, pero tres eran tan estériles como la mente de un gupi de Venus, y sólo éste, el más interior, prometía algún interés.

Descendimos proa adelante. La forma en que aquel Mundo se hinchaba en las portillas de observación le hizo cosas a mis tripas. Un viaje en el calmoso *Upsydaisy* me había bastado para acostumbrarme a vivir suspendido sobre millones de kilómetros de nada, pero se me ocurría que harían falta uno o dos siglos para habituarme a los despegues y aterrizajes de toro bravo de las naves Flettner.

El joven Wilson seguía su piadosa costumbre de rogar por la seguridad de su equipo fotográfico. A juzgar por la expresión de agonía espiritual que tenía, se habría creído que estaba casado con sus malditos trastos. Aterrizamos:

¡Krunf!

La nave resbaló febrilmente sobre la panza.

–Yo no sufriría tanto –le dije a Wilson–. Esas cajas con vidrio de botella nunca te fríen un pollo ni te ponen un pastel de fresa junto a la boca.

–No –reconoció–. Es cierto. ¿Qué te parecerla si escupo en las agujas?

–Te rompería el cuello –le aseguré.

–¿Te enteras? –dijo significativamente, antes de largarse a averiguar si sus cacharros habían sobrevivido ilesos.

Aplastando la nariz contra la portilla más cercana, estudié lo que alcanzaba a ver del nuevo Mundo a través del grueso disco. Era verde. Resultaba increíble que un lugar pudiera ser tan completa y absolutamente verde. El Sol, que desde el espacio se veía color prímula, ahora parecía verde muy claro. Lo inundaba todo de luz amarillo-verdosa.

El *Marathon* se encontraba en un claro en medio de un bosque imponente. La zona circundante era un vergel de verde hierba, plantas, arbustos y bichos. Y el bosque era una masa casi sólida de cosas enormes cuyos tonos variaban de un verde plateado muy claro a un verde muy obscuro y brillante que lindaba con el negro.

Brennand se acercó. Su cara tomó rápidamente un color verde bilioso al recibir la extraña luz. Parecía un espectro.

–Bueno, ahí vamos otra vez –se volvió, borró enseguida la sonrisa y la reemplazó con una expresión de alarma–. ¡Eh, no me vomites encima!

–Es la luz –advertí–. Mírate al espejo. Pareces un trozo de hagi no digerido flotando en las esclusas de un vehículo lunar.

–Gracias –me dijo.

–Te las mereces.

Nos quedamos un rato mirando por la portilla y esperando la llamada general para la conferencia que solía proceder a nuestra primera salida de la nave. Yo contaba con que continuara mi buena racha y sacaran mi nombre del sombrero. A Brennand también le picaban los pies de ganas de apoyarlos en suelo real. Pero la llamada no se produjo.

Finalmente, Brennand se quejó:

–El capitán está lerdo, ¿por qué se retrasa?

–Ni idea.

Volví a mirar su cara de leproso. Era abominable. Su expresión indicaba que él tampoco estaba enamorado locamente de mis rasgos.

–Sabes lo cauteloso que es McNulty –dije–. Supongo que la aventurita en *Mecanistria* le ha convencido de contar hasta cien antes de dar una orden.

–Si –admitió Brennand–. Iré a averiguar qué se cuece.

Se alejó por el corredor.

No pude acompañarle porque en ese momento mi deber era estar atento en la armería. Nunca se sabe cuando vendrán a por lo que hay dentro, y tienen la costumbre de hacerlo a toda velocidad.

Brennand acababa de desaparecer de mi vista cuando llegó la partida exploradora pidiendo a voces su equipo. Eran seis. Molders, un ingeniero; Jepson, navegante; Sam Hignett, nuestro médico negro; el joven Wilson; y dos marcianos, Kli Dreen y Kli Morg.

–Tuviste suerte otra vez –le gruñí a Sam, tirándole su rayo-aguja y artefactos varios.

–Sí, sargento –sus dientes blanquísimos brillaron al sonreír de satisfacción–. El capitán dice que nadie saldrá a pie hasta que hayamos explorado con el bote salvavidas número cuatro.

Kli Morg cogió su arma con un tentáculo largo y serpenteante, le dio unas vueltas con desprecio de la seguridad general y gorjeó:

–Danos a Dreen y a mí los cascos.

–¿Cascos? –miré a los terrestres y a él–. ¿Vosotros queréis trajes espaciales, también?

–No –respondió Jepson–. Lo de ahí fuera está a quince libras y tiene tanto oxígeno que corres cuando crees que estás paseando.

–¡Barro! –saltó Kli Morg–. ¡Igual que barro! Danos nuestros cascos.

Se los di. Estos marcianos están tan condicionados por las tres libras de presión de su planeta de origen que cualquier cosa más pesada o más densa les irrita el hígado, supuesto que lo tengan. Por eso se les permitía usar el compartimiento de estribor, donde se mantenía la presión baja a su gusto. Podían soportar una atmósfera más pesada durante un tiempo limitado, pero antes o después se volvían insociables y se comportaban como si les hubieran echado encima todas las penas del Mundo.

Les ayudamos a ajustarse los cascos que les cubrían hasta los hombros y a vaciar aire hasta que estuvieron cómodos. Había colaborado por lo menos cincuenta veces en esa tarea y seguía pareciéndome tan estrafalaria como al principio. No es justo que la gente se sienta más feliz al respirar a bocanadas cortas.

Jay Score entró en la armería justo cuando yo acababa de adornar a todos los clientes como árboles de Navidad. Apoyó sus ciento cincuenta kilos en la barrera tubular, que crujió inmediatamente. Se separó enseguida. Sus ojos brillaban intensamente en su cara tan impasible como siempre.

–Lo malo de ti es que no conoces tu propia fuerza –le dije, sacudiendo la barrera para ver si se habla estropeado.

Ignoró la observación, se volvió a los otros y les dijo:

–El capitán ordena que seáis especialmente cuidadosos. No queremos que se repita lo que pasó con Haines y su grupo. No voléis a menos de trescientos metros ni os arriesguéis a aterrizar en cualquier parte. Mantened la antecámara funcionando todo el tiempo, los ojos bien abiertos, y volved en cuando descubráis algo digno de mención.

–De acuerdo, Jay –Molders se echó un par de cintas de munición al hombro–. Miraremos donde pisamos.

Salieron. Poco después se separó el salvavidas, con una maullante parodia del sonoro y profundo redoble del *Marathon*. Brennand volvió, se acercó a la portilla y contempló el bote que se perdía de vista.

–McNulty está tan receloso como una solterona con una penitenciaría en el patio trasero –comentó.

–Le sobran razones, y él será quien dé las explicaciones cuando lleguemos a casa.

Pasó una sonrisa traviesa por su cara enfermiza.

–Me di una vuelta por la parte ruidosa y vi que un par de esos vagos de la cuadrilla de popa les habían ganado a todos. No esperaron órdenes. Están afuera ahora mismo, jugando al pato en la roca.

–¿Jugando a qué? –aullé.

–Al pato en la roca –repitió, con maliciosa satisfacción.

Fui a la cola, con Brennand a los talones, sonriendo. Era cierto, dos de esos mecánicos sucios que se encargan de los tubos nos la habían jugado. Debían haberse arrastrado por el principal, antes de que se enfriara del todo. Metidos hasta el tobillo en la vegetación verde, estaban bromeando y tirando chinas a una piedra colocada sobre un peñasco. Al verlos se habría pensado que se trataba de una fiesta escolar.

–¿Lo sabe el capitán?

–No seas tonto –replicó Brennand–. ¿Crees que escogería a ese par de vagabundos sin afeitar para la primera salida?

Uno de ellos se volvió, notó que le estábamos observando. Sonrió mostrando muchos dientes, gritó algo imposible de oír, dio un salto de tres metros en el aire y se golpeó el pecho con una mano mugrienta. Dejó bien claro que la gravedad era baja, el contenido de oxigeno alto, y que él se sentía rebeldemente en forma. La expresión de Brennand sugería que tenía poderosas tentaciones de reptar por el tubo y participar en la juerga.

–McNulty va a despellejar a esos rufianes –dije, ocultando debidamente mi envidia.

–No se les puede culpar. Todavía tenemos la gravedad artificial conectada, la nave está llena de niebla y hemos hecho un viaje larguísimo. Yo mismo sería capaz de ponerme a hacer castillos de arena, si tuviera un cubo y una palito.

–No hay arena.

Cansados de la roca, los fugitivos hicieron una provisión de guijarros y fueron hacia un gran arbusto que crecía a unos quince metros de la popa del *Marathon*. Cuanto más se alejaran, más probable era que fueran descubiertos desde la guarida del capitán, pero les importaba un pimiento. Sabían que McNulty no podía hacer mucho

más que echarles un sermón y anotarlo en el cuaderno de bitácora disfrazado de severa reprimenda.

El arbusto tenía cuatro o cinco metros de alto y una gruesa masa de follaje verde brillante al extremo de un tronco delgado y cimbreante. Uno de los dos se adelantó un par de metros, arrojó una piedra y acertó justo en medio del follaje. Lo que ocurrió después fue tan rápido que tuvimos dificultad para seguirlo.

El guijarro dio en las ramas. El arbusto entero se curvó hacia atrás como si el tronco fuera un muelle de acero. Un terceto de criaturas diminutas cayeron en el limite del arco y se perdieron de vista entre la vegetación. El arbusto retornó a la posición anterior, sin cambios, excepto un leve temblor de las ramas más altas.

Pero el que había arrojado la piedra yacía boca abajo. Su compañero, tres o cuatro pasos más atrás, se había parado y miraba boquiabierto, como petrificado por algo absolutamente inesperado.

–¡Eh! –dijo Brennand–. ¿Qué pasa ahí?

Fuera, el caído se movió, se dio la vuelta, se sentó y empezó a quitarse cosas. Su compañero se acercó y le ayudó. A la nave no llegaba ningún sonido, así que no podíamos oír lo que hablaban ni los tacos que seguramente estaban usando. Terminado el proceso de quitar cosas, el caído se puso de pie. Le fallaba el equilibrio y el otro tuvo que sostenerle para volver a la nave. Tras ellos, el arbusto tenía el mismo aspecto inocente de antes; sus temblores habían cesado.

A mitad de camino hacia el *Marathon* el de la piedra vaciló y se puso pálido, luego se mojó los labios y se cayó. El otro lanzó una mirada ansiosa al arbusto, como si no le hubiera sorprendido que cargara contra ellos. Se agachó, se echó a su compañero al hombro y fue hacia la compuerta central. Jay Score le encontró antes de que hubiera llevado su carga veinte pasos. Jay Score tomó el cuerpo yerto y lo llevó con facilidad. Corrimos a proa a averiguar lo sucedido.

Jay pasó a nuestro lado y entró con su carga en la diminuta clínica, donde Wally Simcox, el ayudante de Sam, empezó a trabajar. El camarada de la víctima estaba en la puerta con cara de enfermo. Pareció más enfermo todavía cuando llegó el capitán McNulty y le clavó una mirada acusadora antes de pasar al interior.

Medio minuto después, el capitán asomó la cara roja y colérica.

–Vayan a decirle a Steve –ladró– que llame enseguida al bote; necesitamos a Sam urgentemente.

Corrí al cuarto de radio y di el mensaje. Las cejas de Steve dieron un paseo por su cara mientras movía una palanquita y acunaba un micrófono contra el pecho. Se comunicó con el salvavidas y escuchó la respuesta.

–Vuelven de inmediato.

Regresé y le pregunté al entusiasta del pato en la roca:

–¿Qué pasó, estúpido?

Se contrajo.

–El arbusto lo tomó por diana y llenó de dardos el lugar donde estaba. Largos, finos como espinas. Por toda la cabeza y el cuello y a través de la ropa. Uno le atravesó la oreja. Por suerte no le dieron en los ojos.

–¡Demonios! –exclamó Brennand.

–Unos cuantos pasaron a mi izquierda y cayeron seis metros más atrás. Tenían bastante fuerza; los oía zumbar como abejas furiosas –tragó saliva–. Debe haber arrojado cien o más.

Entonces salió McNulty, con expresión más bien fiera.

–¡Ya me ocuparé de usted más tarde! –le dijo muy lenta y deliberadamente al fugitivo.

La mirada que acompañó a las palabras le habría quemado los pantalones a un policía del espacio. Observamos su rechoncha figura desfilar por el corredor.

La víctima, con evidente amargura, se largó a toda marcha a su puesto en la popa. Al minuto siguiente el bote describió un círculo completo sobre nosotros y descendió con un silbido agudo. La tripulación entró en manada al *Marathon* mientras resonaban las grúas que acomodaban las doce toneladas del bote dentro de la nave.

Sam pasó una hora en la clínica y salió meneando la cabeza.

–Ha terminado. No pudimos hacer nada por él.

–¿Quieres decir que... ha muerto?

–Sí. Los dardos tenían un poderoso veneno alcalino. Es virulento. No disponemos de antídoto. Coagula la sangre, como el de las víboras –se pasó cansadamente la mano por el pelo rizado–. Detesto tener que comunicárselo al capitán.

Le seguimos en dirección a proa. Pegué el ojo a la mirilla de la compuerta de estribor, al pasar, para echar un vistazo a los marcianos. Kli Dreen y Kli Morg jugaban al ajedrez y otros tres los observaban. Como de costumbre, Sug Farn roncaba en un rincón. Hace falta ser marciano para aburrirse con las aventuras y sudar de emoción con un juego lento como el ajedrez. Siempre tuvieron una escala de valores invertida.

Conservando un ojo en el tablero, Kli Dreen dirigió el otro a mi cara. Esa manera de mirar en dos direcciones me eriza la piel. Tengo entendido que los camaleones pueden girar los ojos independientemente, pero no hay camaleón que pueda llevar eso al extremo de hacerte nudos en tus propios nervios ópticos. Corrí tras Brennand y Sam. Había un fuerte olor a jaleo por aquel extremo.

El capitán se disparó al oír el informe de Sam. Su voz resonaba fuertemente por la puerta entreabierta.

–Apenas aterrizamos y ya hay que registrar una baja... imprudencia temeraria, más que una chiquillada idiota... flagrante desprecio por las normas establecidas... pura

indisciplina –hizo una pausa para tomar aliento–. Con todo, la responsabilidad es mía. Jay, llamada general.

La llamada general aulló cuando Jay apretó el botón. Entramos nosotros, poco después los demás y por último los marcianos. Mirándonos con aire de autoridad ultrajada, McNulty nos echó un largo sermón.

Habíamos sido escogidos especialmente para tripular el *Marathon* porque se nos consideraba como individuos fríos, calculadores, bien disciplinados, maduros, que ya habían sido destetados y superado entretenimientos infantiles como el pato en la roca.

–O el ajedrez –agregó, con tono evidentemente resentido.

Kli Dreen se sobresaltó y miró a su alrededor para comprobar si sus congéneres tentaculados habían oído la increíble blasfemia. Un par de ellos gorjearon en voz baja mientras se les calentaba lo que tienen en vez de sangre.

–Miren –continuó el capitán, dándose cuenta subconscientemente de que habla escupido en el agua bendita de alguien–, no soy un aguafiestas, pero es preciso hacer hincapié en que hay un tiempo y un lugar para cada cosa –los marcianos se calmaron un poco–. Y por eso –continuó McNulty– quiero que siempre estén...

Le interrumpió el chillido de un teléfono. Había tres sobre su escritorio. Los miró boquiabierto como quien tiene muchas razones para dudar de sus oídos. Nos miramos para ver si faltaba alguien. No debería faltar; una llamada general es para toda la dotación de la nave.

McNulty decidió que contestar el teléfono sería el modo más sencillo de resolver el misterio. Cogió el aparato, emitió un ronco e incrédulo .¿Sí? Otro teléfono siguió sonando, demostrándole que habla elegido mal. Soltó el que tenía en la mano, tomó otro y repitió el monosílabo.

El teléfono hizo ruiditos contra su oreja mientras sus rasgos sufrían las más extrañas contorsiones.

–¿Quién? ¿Qué? ¿Por qué se despertó? –los ojos se le salían de las órbitas–. ¿Alguien llamando a la puerta?

Dejó el teléfono, rumió un poco, ligeramente atónito, y luego dijo a Jay Score:

–Era Sug Farn. Se queja de que le están estropeando la siesta unos martillazos en el tornillo de la compuerta de estribor –se desplomó en uno silla, respirando asmáticamente; sus ojos salientes miraban en derredor, descubrieron a Steve Gregory–. Por el amor de Dios, hombre, controle esas cejas –le espetó.

Steve alzó una, bajó la otra, dejó caer la mandíbula y trató de parecer contrito. El resultado fue imbécil. Inclinándose sobre el capitán, Jay Score le habló en voz baja y suave. McNulty asintió cansinamente. Jay se irguió y nos habló.

–Muy bien, volved a vuestros puestos. Es mejor que los marcianos se pongan los cascos. Instalaremos un pom-pom en esa compuerta y apostaremos la tripulación del bote salvavidas armada al lado. Después abriremos la compuerta.

Eso era bastante sensato. Se podía ver a cualquiera que se acercara a la nave a plena luz, pero no cuando ya estaban al lado; las portillas no permitían un ángulo de observación suficiente, de modo que lo que estuviera justamente bajo la compuerta quedaría protegido por la nave.

Nadie cometió la falta de tacto de mencionarlo, pero el capitán se había equivocado al convocar la reunión sin dejar guardia. A menos que los martillantes quisieran alejarse de la puerta que aporreaban, no teníamos manera de echarles la vista encima sin abrir. No íbamos a entretenernos en preparar la comida y hacer las camas antes de descubrir lo que había fuera, sobre todo después de la fea experiencia con máquinas hostiles que habían empezado a desmantelar la nave en nuestras propias narices.

Bien, sacaron al soñoliento Sug Farn de su rincón y le enviaron a por su casco. Colocamos el pom-pom con su cañón central alineado con el centro del tornillo. Algo dio media docena de golpes fuertes en el exterior. A mí me sonó como una serie de pedradas.

Lentamente, la puerta se deslizó a lo largo del tornillo y se abrió. Entró una brillante luz verdosa y una corriente de aire que me hizo sentir como un hipopótamo rebosante de salud. Al mismo tiempo, el sucesor del viejo Andrew, el Ingeniero Jefe Douglas, desconectó la gravedad artificial y todos nos encontramos con dos tercios del peso normal.

Contemplamos esa abertura verde con tal ansiosa intensidad que resultaba fácil imaginarse un féretro de metal animado apareciendo de repente, con las lentes frontales iluminadas de fría enemistad.

Pero no se oyó ningún rechinar de máquinas escondidas, ningún ruido amenazador de brazos y piernas metálicos, nada más que el suspiro de ese viento extrañamente vigorizante al pasar entre árboles lejanos, el murmullo de la hierba, y un redoble lejano, raro e inidentificable, que podía haber salido de tambores de la jungla.

El silencio era tan profundo que la respiración de Jepson sonaba muy fuerte junto a mi hombro. El artillero del pom-pom se agazapó en su asiento, con la vista clavada en las miras, el dedo en el gatillo y las cintas de reserva preparadas a ambos lados. Los tres encargados del pom-pom entretenían la espera mascando chicle.

Entonces escuché unas suaves pisadas de alguien que se movía sobre la hierba, inmediatamente debajo de la compuerta.

Todos sabíamos que a McNulty le daría un patatús sí alguien osaba acercarse al borde. Guardaba molestos recuerdos de la última vez que alguien lo hizo y fue arrebatado. Así que nos quedamos quietos como una pandilla de momias, esperando.

A poco se oyó un galimatías quejumbroso bajo la abertura. De inmediato, una roca lisa del tamaño de un melón voló por el agujero, erró a Jepson por dos dedos y se estrelló contra la pared del fondo.

Despreocupándome del capitán, me harté, sujeté mi arma con la mano derecha y avancé medio agachado por la pasarela que cruzaba la rosca de la compuerta. Al

llegar al borde, a tres metros sobre el suelo, asomé mi curiosa cabeza. Molders había venido tras de mí. El redoble amortiguado sonaba más claro que nunca, pero tan inidentificable como antes.

Debajo había un grupo de seis seres, sorprendentemente humanos a primera vista. El mismo tipo de cuerpo, iguales miembros y dedos, rasgos similares. La mayor diferencia era que su piel era gruesa y arrugada, de un verde indefinido, y que les sobresalía del pecho desnudo un órgano raro, parecido a un crisantemo. Tenían los ojos negros como el azabache y se movían con la agilidad de un mono.

A pesar de esas diferencias, nuestra similitud superficial era tan sorprendente que me quedé mirándolos con la boca abierta mientras ellos me contemplaban a mí. Luego uno de ellos gritó algo con el tono cantarín de un chino excitado, balanceó el brazo derecho e hizo lo posible por vaciarme el cráneo. Me agaché y oí y sentí el proyectil pasar junto a mi pelo. Molders también lo esquivó, apoyándose en mí sin querer. La cosa golpeó en el interior. Vi a alguien soltar un florido juramento, perdí el equilibrio y caí afuera. Aferrando el arma, caí sobre verde blando, di una vuelta y quedé de pie. Esperaba ver en cualquier momento una lluvia de meteoros agujereándome. Pero el sexteto ya no estaba. Se encontraban a quince metros y alejándose de prisa hacia el refugio del bosque con saltos largos y ágiles que habrían avergonzado a un canguro hambriento.



Habría sido fácil bajar a uno o dos, pero McNulty me habría crucificado por ello. Las leyes de Tierra son estrictas sobre el tratamiento de los aborígenes extraterrestres.

Molders salió de la compuerta, seguido por Jepson, Wilson y Kli Yang. Wilson llevaba su cámara de ojo de lechuza con un filtro sobre el objetivo. Estaba loco de entusiasmo.

–Los cogí desde la cuarta portilla. Hice dos fotos cuando se largaban.

–¡Hum! –Molders miró alrededor; era un grandote flemático con más pinta de cervecero escandinavo que de hombre del espacio–. Sigámoslos hasta el borde de la jungla.

–Buena idea –acordó Jepson de buena gana; no se habría mostrado tan entusiasmado si hubiera sabido lo que le esperaba; golpeando con los pies el suelo cubierto de hierba, aspiró una bocanada de aire rico en oxígeno–. Es nuestra oportunidad de dar un paseo legítimo.

Partimos sin demora, sabiendo que el capitán no tardaría mucho en empezar a gritar que volviésemos. No hay hombre más difícil de convencer de que hace falta correr riesgos y de que las bajas son el precio del conocimiento, ni hombre que vaya tan lejos para hacer tan poco una vez llegado.

Los seis verdes se detuvieron al borde de la selva y desde allí observaron con recelo. Habían corrido velozmente en campo abierto, pero no eran tan rápidos a la sombra de los árboles, que parecían darles confianza. Uno de ellos se volvió, se dobló en dos y nos hizo mofas por entre las rodillas. Era absurdo, sin finalidad ni sentido.

–¿Y eso a qué viene? –gruñó Jepson, mirando con desagrado la cara que le hacía muecas debajo de un trasero arrugado.

–Lo he visto antes –informó Wilson con una risita obscena–. Es un gesto de burla, descripto a veces como la despedida del árabe a su corcel. Debe ser popular a escala cósmica.

–Si me hubiera dado prisa podría haberle escaldado la sentadera –dijo Jepson, dolorido.

Entonces metió un pie en un haya y se fue de bruces.

Los verdes, entre gritos de alegría, arrojaron una andanada de piedras que no acertaron el blanco. Echamos a correr, dando grandes saltos. La gruesa capa de aire no afectaba la baja gravedad, al pesar igual en todas direcciones; nuestro peso era bastante menor que en la Tierra, así que batimos las marcas de los campeones olímpicos de salto.

Cinco de los verdes desaparecieron entre los árboles. El sexto trepó como una ardilla por el tronco del más próximo. Su comportamiento inducía a pensar que, por alguna razón desconocida, consideraban los árboles como refugio seguro contra todos los ataques.

Nos detuvimos a unos veinticinco metros de ese árbol. Podían estar esperándonos con una carga monstruosa de dardos. Teníamos pensamientos sombríos de lo que había hecho un arbusto comparativamente pequeño. Separados, listos para el cuerpo a tierra al menor movimiento anormal, nos aproximamos con cautela. No pasó nada. Más cerca. Nada aún. De esta forma llegamos bajo las enormes ramas y cerca del tronco. Del árbol o de su corteza emanaba una extraña fragancia, entre piña y canela. El redoble misterioso que oyéramos antes sonaba más fuerte que nunca.

Era un árbol imponente. Su tronco verde obscuro, de corteza fibrosa y más de dos metros de diámetro se elevaba unos ocho metros antes de abrirse en ramas largas y fuertes terminadas en una gran hoja espatulada. Mirando aquel tronco se hacía difícil saber cómo había trepado por él nuestra presa, pero lo había hecho como un maestro.

De todos modos, no pudimos verle. Dimos veinte vueltas al tronco con cuidado, mirando las grandes ramas, entre las que se filtraba la luz verde formando un dibujo de mosaicos. Ni rastros de él. No había dudas de que estaba ahí, pero no podíamos localizarle. Era imposible que hubiera pasado de ese árbol al más próximo, o que hubiera bajado sin ser observado. Entre todos veíamos bien aquel pedazo de madera rara, a pesar de la extraña luz, pero cuanto más mirábamos más invisible resultaba.

–¡Es un misterio! –exclamó Jepson, separándose bastante del tronco en busca de un ángulo mejor.

Con un sonoro:

¡Suuush!

La rama que estaba sobre su cabeza bajó. Me pareció oír el grito de triunfo del árbol cuando el golpe puso alas a mi imaginación.

La hoja espatulada dio de lleno en la espalda de Jepson, y una vaharada del olor piña-canela inundó el lugar. Con idéntica velocidad, la rama retornó a su posición original, llevándose a su víctima. Maldiciendo como un mecánico de popa borracho, Jepson ascendió con la hoja, luchando furiosamente mientras nos juntábamos en un racimo atónito debajo. Veíamos que estaba pegado al envés de la hoja y que se iba cubriendo poco a poco de un pegote espeso, amarillo verdoso, mientras forcejeaba. Esa cosa debía ser cien veces más pegajosa que la mejor cola de cazar pájaros.

Le gritamos a coro que se quedara quieto antes de que la porquería mortal se le pegara a la cara. Tuvimos que usar un buen montón de decibelios y algunos epítetos vergonzosos para atraer su atención. Ya tenía la ropa cubierta de pegote y el brazo izquierdo inmovilizada a un costado. Era una verdadera facha. Si le llegaba a la nariz y la boca, se quedaría ahí y se asfixiaría.



Molders hizo un decidido intento de trepar por el tronco y lo encontró imposible. Se apartó para mirar hacia arriba y volvió rápidamente al observar otra hoja preparada a administrarle una dosis de lo mismo.

El lugar más seguro era debajo del infortunado Jepson. A unos seis metros de altura, el pegote avanzaba poco a poco sobre su presa; calculé que en media hora estaría totalmente cubierto, en menos tiempo si se movía. Mientras tanto, el redoble continuaba como si estuviera contando sonoramente los últimos momentos del condenado. Me hizo pensar en tambores de la jungla oídos a través de paredes gruesas.

–Cuanto más tiempo perdamos peor será –dijo Wilson, haciendo un ademán en dirección al *Marathon*, un dorado cilindro a quinientos metros de distancia–. Vámonos de prisa por cuerdas y perros de acero. Le bajaremos enseguida.

–No –decidí–. Lo haremos mucho más pronto.

Di unas patadas para comprobar la elasticidad y el acolchado del suelo. Satisfecho, apunté mi rayo-aguja al punto de unión entre la rama y la hoja de Jepson.

Al verme, él soltó un berrido:

–¡Espera, estúpido descerebrado! Me vas a...

El rayo se disparó a plena fuerza. La hoja cayó y el árbol se volvió loco. Jepson cayó seis metros a la increíble velocidad de dos zafiedades por cada treinta centímetros. Con la hoja aún pegada al lomo, aterrizó entre chillidos y un chorro de consideraciones macabras. Todos estábamos aplastados contra el suelo y tratábamos frenéticamente de enterrarnos más, mientras el árbol azotaba con violencia y sed de venganza sus hojas espatuladas.

Una rama tesonera seguía golpeando con su hoja a menos de un metro de mi cabeza, mientras yo intentaba meter la susodicha calabaza bajo tierra. Oía el trallazo con rítmica regularidad y sentía el olor de piña y canela en el aire. Me hizo sudar la idea de cómo sufrirían mis pulmones, se me saltarían los ojos y me estallaría el corazón si recibía una buena ración de aquella pasta en la cara. Prefería morir por un rayo aguja.

Después de un rato, el árbol cesó en su insensato castigo y quedo inmóvil, como un gigante dormido que puede despertarse furioso en cualquier momento. Gateamos hasta Jepson y lo arrastramos a una zona segura, tirando de la hoja a la que estaba adherido.

No podía caminar, pues tenía las botas y las perneras de los pantalones pegadas una a la otra. El brazo izquierdo estaba igualmente asegurado a su costado. Se encontraba en una situación apuradísima y maldecía sin parar ni para tomar resuello. Antes de eso no había sospechado nunca tal fluidez en él. Pero lo llevamos a la seguridad del calvero y fue ahí donde recité las pocas palabras que él había dejado sin mencionar.

Impasible como siempre. Molders no dijo nada, conformándose con escucharnos a Jepson y a mí. Molders me había ayudado en el arrastre y ahora ninguno de los dos se podía soltar. Habíamos quedado adheridos a la víctima original, unidos como hermanos pero sin hablarnos como hermanos, ni llenos de nada parecido al amor fraternal.

No tuvimos otro remedio que cargar con Jepson, con nuestras manitas pegadas en las partes más inconvenientes de su anatomía. Eso significaba que había que llevarlo horizontal y boca abajo, como a un marinero borracho. Seguía adornado por la hoja.

El joven Wilson no contribuía precisamente a hacer la tarea más fácil ni más agradable, pues encontraba diversión en las desgracias ajenas. Nos seguía entre risitas, sin dejar en paz la cámara, que le habría encajado en el gaznate con gran placer de mi parte. Estaba indecentemente feliz de no tener goma encima.

Jay Score, Brennand, Armstrong, Petersen, y Drake salieron a nuestro encuentro cuando cruzábamos torpemente el prado. Miraron a Jepson con curiosidad y le escucharon con mucho respeto. Les advertimos que no tocaran. No estábamos exactamente de buen humor cuando llegamos al *Marathon*. El peso de Jepson era dos tercios del normal, pero tras quinientos metros parecía un mamut engomado.

Lo depositamos en la hierba bajo la puerta abierta, sentándonos a la fuerza a su lado. El redoble seguía sonando. Jay entró en la nave y trajo a Sam y Wally para ver

que podían hacer con el súper-adhesivo. La cosa ya se había endurecido. Sentía las manos y los dedos como si me los hubieran incluido en *glasita*.

Sam y Wally probaron con agua fría, agua tibia, agua caliente, y agua muy caliente, sin resultado. El ingeniero jefe Douglas ensayó con una botella de combustible de cohetes que usaban a veces como quitamanchas, para pulir bronce, matar insectos, y en fricciones para su lumbago. Servía para dieciocho cosas, más, según él. Pero no disolvía el pegote.

Después recurrieron a una gasolina especial que tiene Steve Gregory para su antigualla de encendedor. Perdieron el tiempo. La gasolina se comía la goma y alguna otra cosa, pero no eso.

–¡No aflojéis, amigos! –nos animó Wilson, entre carcajadas; Jepson enseguida expresó dudas sobre la validez del certificado de matrimonio de su madre, en el caso de que lo tuviera, yo seguí con los abuelos; Jepson pasó al tema, altamente explotable, de la inexistente progenie de Wilson, Molders seguía callado y plácido, con las manos aprisionadas en vidrio verde amarillento–. Sí que estáis empantanados –continuó Wilson, con falsa compasión.

Volvió Sam con yodo. No resultó, pero causó una espuma rara en la superficie del pegamento y un hedor espantoso. Molders permitió que su rostro mostrara un leve disgusto. El ácido nítrico diluido hizo burbujas sobre el pegote endurecido, pero nada más. Era peligroso, para colmo.

Sam fue en busca de algún otro solvente y se cruzó con Jay Score, que venia a ver como nos iba. Jay tropezó, cosa rarísima en él, considerando su sobrehumano sentido del equilibrio. Su mole empujó accidentalmente la espalda del joven Wilson, y ese mono sonriente cayó entre las piernas de Jepson, donde el pegote debía haberse conservado lo suficientemente blando.

Wilson se debatió, vio que se pegoteaba todo, cambió de actitud al ver la inutilidad de sus esfuerzos. Jepson le dedicó una carcajada sardónica a cambio de una mirada asesina.

Jay recogió la cámara caída, la balanceó en una de sus potentes manos, y dijo, impasiblemente contrito:

–Es la primera vez que tropiezo. Mala suerte.

–¡Suerte, un cuerno! –bramó Wilson, deseando que Jay se convirtiera en un charquito de hojalata fundida.

En ese momento volvió Sam con un botellón de vidrio y echó unas gotas sobre mis manos encerradas. La repugnante cosa verde se hizo baba y mis manos quedaron libres.

–Amoníaco –informó Sam.

No necesitaba decirlo, el olor era bien evidente. Era un solvente excelente y pronto quedamos limpios.

Di tres vueltas a la nave persiguiendo a Wilson. Tenía la ventaja de unos años menos y era demasiado veloz para mí. Abandoné, sin aliento. Íbamos a subir a bordo y contarle nuestra aventura al capitán otra vez. Se podían ver las mortíferas hojas azotando el aire y oír los violentos trallazos, incluso desde esa distancia. Estudiamos el espectáculo, intrigados. Entonces habló Jay Score, con tono duro y metálico.

–¿Dónde esté Kli Yang?

Nadie lo sabía. No estaba con nosotros cuando arrastramos a Jepson. La última vez que recordaba haberle visto fue cuando estábamos bajo el árbol y sus ojos de plato me daban escalofríos al observar a la vez dos ramas opuestas.

Armstrong se metió en la nave y volvió con la noticia de que Kli Yang no estaba a bordo. Con los ojos tan protuberantes como los del marciano perdido, el joven Wilson dijo que no recordaba haber visto a Kli Yang salir de la selva. Salimos, disparados hacia el árbol, que continuaba agitándose como una cosa enloquecida liada en sus propias raíces.

Al llegar al monstruoso vegetal, hicimos un círculo fuera del alcance de las hojas y buscamos al marciano envuelto en goma.

No era así.

Estaba a doce metros de altura, con cinco de sus poderosos tentáculos abrazando el tronco y los otros cinco alrededor del nativo verde. El cautivo se debatía salvaje e inútilmente, chillando sin interrupción algo ininteligible.

Kli Yang bajó con cuidado. Por su aspecto y sus movimientos, parecía un cruce imposible entre un profesor universitario y un pulpo educado. Con los ojos saltones de terror, el indígena golpeaba el casco-hombrera de Kli. Kli, impertérrito ante esta hostilidad, llegó a la rama que había atrapado a Jepson y no bajó más. Sin soltar al verde, a pesar de sus enérgicos protestas, continuó por la rama fustigante hasta el lugar donde labia caído la hoja. El y el nativo estaban siendo sacudidos en arcos de seis metros.

Calculó bien y se soltó en el punto inferior de un movimiento descendente y se alejó a distancia segura antes de que pudiera alcanzarle otro latigazo. Se oyeron voces en alguna parte cercana de la selva y un objeto ligeramente similar a un coco verde azulado voló de las sombras y se rompió a los pies de Drake. El extraño proyectil era tan delgado y frágil como una cáscara de huevo, tenía la superficie interior blanca y no parecía contener nada de nada. Sin hacer caso de los gritos ni de la bomba que no era bomba, Kli Yang llevó a su cautivo al *Marathon*.

Drake se demoró un momento, echó una curiosa mirada al coco o lo que fuera, pateó despreciativamente la cáscara rota. Al mismo tiempo recibió a toda potencia algo que flotó de los pedazos; con las mejillas hundidas y los ojos en blanco, retrocedió a toda prisa. Entonces se sacudió de náuseas. Los espasmos fueron tan violentos que se cayó al recular. Conservamos la cabeza lo suficiente para recogerle y salir tras Kli Yang sin curiosear en lo que le había atacado. Vomitó durante todo el recorrido y sólo se recuperó al llegar junto a la nave.

–¡Qué barbaridad! –resopló, agarrándose la cintura–. Qué olor más abominable. En comparación con eso, la mofeta es la rosa del reino animal –se limpió la boca–. Me puso el estómago patas arriba.

Fuimos a ver a Kli Yang, cuyo cautivo había sido llevado a la cocina para una comida de paz.

–No fue tan difícil subir al árbol –dijo Kli, arrastrando el yelmo–. Daba latigazos, pero no podía alcanzar su propio tronco –olfateó con desdén y se frotó la cara plana con la punta flexible de un gran tentáculo–. No sé como vosotros, bípedos primitivos, podéis tragar esa sopa que llamáis aire. ¡Podría nadar!

–¿Dónde encontraste al verde, KIi? –preguntó Brennand.

–Estaba pegado al tronco, a más de doce metros. Su delantera se adaptaba perfectamente a una oquedad de la corteza, y su espalda combinaba tan bien con el tronco que no pude verle hasta que se movió cuando me acerqué –recogió el casco–. Un notabilísimo ejemplo de camuflaje natural –mirando el casco con un ojo, dirigió el otro a Brennand e hizo un gesto de disgusto–. ¿Y si redujerais la presión en alguna parte donde las formas superiores de vida puedan vivir en paz y comodidad?

–Vaciaremos el compartimiento de babor –prometió Brennand–. Y no te pongas tan altanero conmigo, caricatura de una araña de goma.

–¡Bah! –replicó Kli Yang, con gran dignidad–. ¿Quienes inventaron el ajedrez y no pueden distinguir un peón blanco de una torre negra? ¿Quienes son incapaces de jugar al pato en la roca sin meterse en líos? –tras esa referencia a la ineptitud terrestre, se colocó el casco y me hizo señas de que se lo ajustara–. ¡Gracias! –dijo por el diafragma.

Ahora era cuestión de averiguar algo sobre el verde.

El capitán McNulty en persona entrevistó al indígena. Sentado noblemente tras su escritorio de metal, contemplaba al inquieto cautivo con una mezcla de pomposidad y benevolencia. El nativo estaba de pie, saltándosele los ojos de puro miedo. Al verlo de cerca noté que llevaba un taparrabos del color de su piel. Lo espalda era bastante más obscura que la delantera, más tosca y fibrosa, con pequeños módulos distribuidos de forma irregular, una simulación perfecta de la superficie del tronco donde se habla refugiado. Hasta el taparrabos era más obscuro detrás que delante. Tenía los pies anchos y descalzos, con dedos de dos articulaciones y casi tan largos como los de las manos. No llevaba otra ropa ni armas. El peculiar crisantemo del pecho atrajo la atención general.

–¿Ha comido? –preguntó el capitán muy solícito.

–Se le ofreció comida –le dijo Jay–. La rechazó. No quiso tocarla. En mi opinión, lo único que desea es volver a su árbol.

–Humm –gruñó McNulty–. Cada cosa a su debido tiempo –poniendo cara de tío benevolente, dijo al nativo–: ¿Cómo te llamas?

El verde entendió el tono de interrogación, agitó los brazos y soltó una parrafada intraducible. Habló y habló, marcando su perorata con muchos gestos enfáticos pero incomprensibles. El lenguaje era líquido y cantarín.

–Ya veo –murmuró McNulty al agotarse el chorro de palabras; miró inquisitivamente a Jay Score–. ¿Será telepático este individuo, como aquellas langostas?

–Lo dudo mucho. Yo le adjudicaría el nivel mental de un pigmeo del Congo, o quizás inferior. No posee una simple lanza siquiera, y menos aún arco y flechas, o cerbatana.

–Opino lo mismo. Su inteligencia no parece muy notable –conservando su aire paternal, McNulty continuó–: No tenemos una base común para que nos comprenda por ahora, supongo que habrá que crearla. Escogeremos nuestro mejor lingüista y le pondremos a aprender los rudimentos del lenguaje de este individuo y a que le enseñe el nuestro.

–Permítame intentarlo –sugirió Jay–. Tengo la ventaja de una memoria mecánica.

Se acercó al indígena verde, moviendo silenciosamente su enorme y bien proporcionado cuerpo sobre las almohadillas de espuma de goma de sus pies. Al nativo no le gustó su tamaño ni su sigilo, y tampoco aprobó los ojos brillantemente iluminados. Se fue alejando de Jay hasta pegarse a la pared, dirigiendo fugaces miradas a uno y otro lado, buscando vanamente una vía de escape.

Jay se detuvo al notar el miedo del otro y se dio una palmada en la cabeza que habría separado la mía del cuello.

–Cabeza –dijo; hizo el mismo ademán media docena de veces, repitiendo–: ¡Cabeza, cabeza!

El verde no podía ser tan estúpido.

–*Mah* –dijo, vacilante.

–*¿Mah?* –preguntó Jay, tocándose la cabeza de nuevo.

–*¡Bia!* –balbuceó el otro, recuperando en parte su compostura–.

–Es facilísimo –aprobó McNulty, empezando a gloriarse de su habilidad lingüística–. *Mah*, cabeza; *bia*, sí.

–No necesariamente –le contradijo Jay–. Depende de como haya traducido su mente mi acción. *Mah* podría significar cabeza, cara, cráneo, hombre, pelo, dios, mente, pensamiento, alienígena, e incluso el color negro. Si compara mi pelo con el suyo, *mah* significaría negro, y *bia* verde, y no sí.

–Oh, no había pensado en eso –el capitán parecía aplastado.

–Tendremos que continuar hasta haber acumulado suficientes palabras para formar frases de estructura simple. Entonces podremos deducir más significados sobre el contexto. Deme dos o tres días.

–Adelante, entonces. Haga lo posible, Jay. No podemos pretender hablar su jerigonza en cinco minutos, no es razonable.

Jay se llevó al cautivo a la salita de descanso y llamó a Minshull y Petersen. Pensó que igual podían aprender tres que uno. Tanto Minshull como Petersen sobresalían en idiomas, hablaban ido, esperanto, venusiano, alto marciano y bajo marciano, especialmente el bajo. Eran los únicos capaces de tener una bronca con los maniáticos del ajedrez en su propia lengua.

Encontré a Sam en la armería, esperando para entregar el material que se habla llevado.

–¿Qué visteis desde el bote, Sam? –le pregunté.

–No mucho. Estuvimos muy poco tiempo fuera. No hicimos más que ciento noventa kilómetros. Selva, selva, y selva, con algún claro que otro. Un par de calveros eran grandes, del tamaño de condados, El de mayor tamaño que vimos estaba junto a un lago largo y azul. Vimos varios ríos y arroyos.

–¿Alguna señal de vida superior?

–Ninguna –señaló a la salita donde Jay y los otros estaban interrogando al nativo, o intentándolo–. Parece que debería existir vida superior, pero desde arriba no se observa. Todo queda oculto bajo el follaje. Wilson está revelando su rollo con la esperanza de encontrar algo que se nos escapara. Dudo que haya nada notable en la película.

–Bueno, ciento noventa kilómetros en una dirección no son bastantes para juzgar a un Mundo entero. Yo no me dejo engañar, desde que aquel tío me vendió una lata de pintura a rayas.

–¿No salía?

–La apliqué al revés –le dije.

Fue en medio de ese chiste venerable cuando se me ocurrió una idea genial. Corrí al cuarto de radio. Steve Gregory estaba sentado junto a sus aparatos, tratando de parecer ocupado en no hacer nada. Yo iba dispuesto a paralizarle con la brillantez de mi onda cerebral.

Mientras Steve arqueaba una ceja, le dije:

–¿Qué tal si pasaras el peine fino por las bandas?

–¿Qué tal si te peinaras tú? –replicó, frunciendo el ceño.

–Estoy bien peinado. ¿Recuerdas aquellos silbidos raros, y las cascadas que oímos en Mecanistria? Pues bien, si hay vida superior en esta bola de tierra, a lo mejor saben hacer ruidos. Podrías detectarlos.

–Seguro –dejó sus espesas cejas quietas, por una vez, pero lo estropeó moviendo las orejas–. Si estuvieran transmitiendo.

–¿Por qué no vas y lo averiguas? Seria útil. ¿A qué esperas?

–Mira –dijo con cierta deliberación–. ¿Tienes todas las armas cargadas, limpias y prepararlas para la acción?

–Claro que sí. Siempre están a punto. Es mi trabajo.

–¡Y este es el mío! –sacudió otra vez las orejas–. Llegas con unas cuatro horas de retraso. Repasé todo el éter en cuanto aterrizamos y no encontré más que un siseo no modulado en los doce metros con tres. Es la descarga característica de Rigel y venía de la misma dirección. ¿Crees que me paso la vida roncando como Sug Farn?

–No, no. Lo siento, Steve, creí que era una idea brillante.

–Bueno, no te preocupes, sargento –dijo con amabilidad–. Cada hombre con su trabajo, y cada mecánico de popa con su mugre –movió lentamente los diales de sus selectores.

El altavoz carraspeó como si se estuviera aclarando la garganta y anunció en tono agudo:

–¡Pip•pip•wop! ¡Pip•pip•wop!

Nada podía haberse calculado mejor para alterar la serenidad de sus cejas. Juro que después de llegar al pelo siguieron viaje y se alojaron debajo del cuello de su camisa.

–Morse –dijo, con el tono quejumbroso de un niño herido.

–Siempre creí que el Morse era un código terrestre –comenté–. De todos modos, si es Morse, podrás traducirlo –hice una pausa, dominado por el altavoz con su ¡Pip•piper•piiiip•wop! y terminé–: Cada gallo a su gallinero.

–No es Morse –rectificó–. Pero son señales de chispa –podía haber fruncido el seño si no le hubiera llevado demasiado tiempo traer las cejas de vuelta a su sitio; echándome una de esas miradas trágicas que se ven a veces, cogió un papel y empezó a anotar los impulsos.

Había que ocuparse de los trajes, cargadores y demás, así que le dejé, volví a la armería y continué con mi trabajo. Él seguía enredado cuando obscureció. Jay y su grupo también, pero no por mucho tiempo.

Cayó el Sol; los rayos largos y verdosos fueron desapareciendo del cielo. Se tendió su sudario violeta sobre el bosque y el claro. Yo iba por el corredor hacia la cocina cuando se abrió la puerta de la salita y salió el nativo verde. Tenía cara de desesperación, y movía las piernas como si le esperaran mil premios internacionales.

Oí el grito de Minshull, en la sala, cuando el indígena caía en mis brazos. El verde se escurría como una anguila, me golpeó por todas partes, trató de emplear sus pies descalzos para separarme las piernas del tronco. Su áspero cuerpo exudaba un olor a piña y canela.

Los otros salieron corriendo, le apresaron y le hablaron hasta que se calmó un poco. Con los ojos llenos de ansiedad, parloteó excitadamente, haciendo gestos de urgencia y agitando los brazos leñosos de una forma que me recordó la de las ramas azotando el aire. Jay consiguió tranquilizarle con palabras vacilantes. Habían aprendido las suficientes para un entendimiento básico, aunque no para comprender a la perfección. Con todo, se las arreglaban.

–Creo que lo mejor será que le digas al capitán que quiero soltar a Kala –dijo Jay a Petersen.

Petersen se largó y volvió al minuto.

–Dice que hagas lo que creas más conveniente.

Jay condujo al nativo hasta la compuerta abierta, habló un ratito con él y le otorgó la dulce libertad. El verde no necesitó repetición; se zambulló desde el borde. Alguien en la obscura selva tenía que deberle un taparrabos, porque sus pies rozaban apenas la hierba al correr, como si le fuera la vida en unos segundos. Jay estaba en la abertura, contemplando la obscuridad.

–¿Por qué le abriste la jaula, Jay?

Se volvió y me dijo:

–He tratado de persuadirle de que vuelva al amanecer. No sé si lo hará, habrá que ver. No tuvimos tiempo de sacarle mucho, pero su idioma es muy sencillo y entendimos lo suficiente para averiguar que se llama Kala, de la tribu Ka. Todos los miembros de su grupo son Kaalgo, como Kalee, Ka'noo o Kaheer.

–Igual que los marcianos y sus Klis, Leids y Sugs.

–Sí –asintió, sin importarle lo que pensarían los marcianos de la comparación con los aborígenes verdes–. También nos dijo que cada hombre tiene su árbol y cada mosca su liquen. No comprendo lo que quiso decir con eso, pero me convenció de que, de alguna manera misteriosa, su vida dependía de que estuviera con su árbol durante la obscuridad. Era imperativo. Traté de demorarlo, pero su necesidad era digna de compasión. Prefería morir antes que alejarse de su árbol.

–A mí me parece una tontería –me soné la nariz y sonreí–. Más tonto le habría parecido a Jepson.

Jay miró pensativamente las sombras, de donde venían extraños perfumes nocturnos y esos latidos interminables que parecían tambores.

–También nos enteramos de que hay otros, mas poderosos que los Ka. Tienen mucho *gamish*.

–¿Tienen qué? –pregunté.

–*Gamish* –repitió–. Con esa palabra no pude. La repetía una y otra vez. Dijo que el *Marathon* tiene mucho *gamish*. Yo tengo mucho *gamish* y Kli Yang tiene muchísimo. Parece que el capitán McNulty tiene sólo un poquito. Los Ka, nada.

–¿Es algo que le da miedo?

–No exactamente. Se trata más de respeto que de miedo. Por lo que entiendo, cualquier cosa insólita, sorprendente o única está llena de *gamish*. Lo meramente anormal tiene una cantidad menor de *gamish*. Lo ordinario carece de ello.

–Eso demuestra las dificultades de la comunicación. No es tan fácil como creen en casa.

–No, no lo es –sus ojos relucientes se dirigieron a Armstrong, que se apoyaba en el pom-pom–. ¿Estás tú de guardia?

–Hasta medianoche, después me reemplaza Kelly.

La elección de Kelly para la guardia me pareció un error psicológico. Ese ejemplar tatuado estaba adherido permanentemente a una llave Inglesa de un metro veinte, y en caso de crisis tendía a blandir el mencionado instrumento antes que los artículos modernos como pom-poms y pistolas de rayos. Corrían insistentes rumores de que se había aferrado al instrumento de hierro durante su propia boda, y que su mujer había pedido el divorcio alegando el efecto de esa cosa sobre su moral. Mi opinión particular era que Kelly era un Neanderthal descolocado en el tiempo por varios siglos.

–Actuaremos sobre seguro y cerraremos la compuerta –decidió Jay–. A pesar del aire fresco.

Eso era característico de él, y lo que le hacía tan humano; podía mencionar el aire fresco como si él lo respirara. La manera en que lo decía te hacía olvidar que jamás había tomado una bocanada de aire desde el día en que el viejo Knud Johannsen lo terminó y le dio animación.

–Ajustemos la compuerta.

Dando la espalda a la obscuridad, empezó a recorrer cuidadosamente la pasarela.

Una voz aguda salió de la noche y gritó algo ininteligible.

Jay se paró en seco. Se oyeron pasos justamente debajo de la abertura. Un objeto esférico como de vidrio voló a través del hueco, rozó el hombro izquierdo de Jay y se hizo trizas en la cámara superior de retroceso del pom-pom. Se derramó un liquido dorado y muy volátil que se vaporizó en un instante.

Jay giró sobre un pie y miró la negrura. Armstrong, sobresaltado, saltó a la pared y acercó un dedo al botón de alarma general. No llegó. Antes de tocarlo, cayó como si alguien invisible le hubiese dado un mazazo.

Saqué el arma y avancé cautelosamente, vi el brillante hilo de la rosca haciendo anillos metálicos en torno a la silueta de Jay, destacada sobre el fondo de ébano. Fue un tremendo error; debí haber apretado el botón.

Tres pasos y la cosa de la bola rota me hizo el mismo efecto que a Armstrong. La imagen de Jay se infló como una pompa de jabón, el círculo se amplió, se hizo

enorme, la rosca creció, ancha y profunda, con la figura gigantesca de Jay en el medio. La pompa estalló y yo caí al suelo con la cabeza en un torbellino.



No sé cuánto tiempo permanecí en estado de cadáver, pues cuando abrí los ojos tenía un leve recuerdo de gritos y pisadas alrededor de mi cuerpo postrado. Deben haber pasado cosas mientras yo yacía como un pedazo de carne tirada. Seguía aún en el suelo. Estaba echado en la hierba húmeda de rocío, cerca de la selva, con las estrellas indiferentes espiándome desde la bóveda de la noche. Estaba atado como una momia egipcia. Jepson era otra momia a un lado y Armstrong al otro. Había varios más un poco más allá.

A trescientos o cuatrocientos metros, ruidos airados estropeaban el silencio de la noche, una mezcla de maldiciones terrestres y extraños sonidos agudos. Hacia ese lado estaba el *Marathon* lo único que alcanzaba a ver era el embudo de luz que salía de la compuerta. La luz parpadeante iba y venia, quedó interrumpida una o dos veces. Evidentemente, se libraba una batalla en el camino de los rayos, que quedaban bloqueados por el vaivén de los contrincantes.

Jepson roncaba como si fuera sábado por la tarde en su pueblo, pero Armstrong había recuperado el sentido y la lengua. Usó ambos con vigor e imaginación. Rodó y empezó a morder las ligaduras de Blaine. Una forma vagamente humana se acercó en silencio y golpeó. Armstrong quedó inmóvil.

Parpadeando, acomodé la vista lo suficiente para discernir varias formas más, medio ocultas en la penumbra. Sin moverme, y portándome bien, dediqué pensamientos poco elogiosos a McNulty, el *Marathon*, el viejo Flettner que lo inventó, y todos los buenos ciudadanos que le dieron apoyo moral y financiero. A menudo había tenido la sensación de que tarde o temprano serían causa de mi muerte, y parecía que el presentimiento iba a resultar justificado.

En lo más íntimo, una vocecita me dijo:

“Sargento, ¿recuerdas la promesa que hiciste a tu madre sobre las malas palabras? ¿Te acuerdas de aquella vez, cuando le diste a un gupi venusiano un bote de leche condensada a cambio de un ópalo de fuego casi tan grande como el reloj del pueblo? ¡Arrepiéntete, sargento, mientras estás a tiempo!”

Así que me quedé quietecito y me dediqué a un vago arrepentimiento. Junto a la luz intermitente, las voces agudas iban creciendo y se apagaban algunas terrestres. A veces se oía ruido de cosas frágiles y quebradizas haciéndose añicos. Más formas indefinidas trajeron más cuerpos, los depositaron por ahí y se desvanecieron en las sombras. Deseaba contar los bultos, pero la obscuridad no me lo permitía. Todos los recién llegados estaban inconscientes, pero se reanimaron pronto. Reconocí la voz colérica de Brennand y la respiración asmática del capitán.

Brilló una fría estrella azul entre un tenue fleco de nubes pasajeras cuando terminó la pelea. La pausa que siguió fue horrible; un silencio solemne, sombrío, roto sólo por el rumor de muchos pies desnudos en la hierba, y el continuo redoble de la selva.

Se reunió un gran número de siluetas. El claro estaba lleno. Unas manos me alzaron, revisaron mis ligaduras, me echaron en una hamaca de juncos y me llevaron, a la altura de un hombro. Me sentía como un jabalí difunto transportado por una fila de porteadores nativos. Me pregunté si Dios me haría enfrentarme con aquel gupi.

La caravana desfiló hacia el interior del bosque; mi dirección era con la cabeza por delante. Venía otra hamaca inmediatamente detrás y sentía, más que veía, una ringla de ellas más atrás.

Jepson era la sardina más próxima; avanzaba horizontalmente, declamando en voz muy alta el relato de cómo había estado atado desde el momento en que llegó a este Mundo impublicable. Sin conocer al astrónomo que habla escogido este planeta para investigación, le identificó con un nombre del que ningún hombre se enorgullecería, y lo adornó con una larga serie de títulos imaginativos y extremadamente vulgares. También informó a sus indiferentes portadores que el susodicho astrónomo había nacido fuera del matrimonio.

Describiendo una cautelosa curva alrededor de un árbol apenas visible, la fila marchó audazmente bajo el siguiente, esquivó el tercero y el cuarto. Cómo demonios podían distinguir un árbol de otro con esa birria de luz estaba fuera de mi capacidad de comprensión.

Estábamos en la más profunda obscuridad cuando sonó una tremenda explosión en el claro y una columna de fuego iluminó el cielo. Hasta las llamas parecían un poco

verdes. La fila se detuvo. Doscientas o trescientas voces piaron quejosamente, desde la vanguardia hasta cien metros detrás de mí.

“Han volado el Marathon*, pensé. Oh, bien, todo ha de terminar algún día, hasta la esperanza de volver a casa.”*

Los pitos y flautas circundantes quedaron ahogados por la ruidosa columna de llamas, que se convirtió en un rugido que estremecía la tierra. Mi hamaca se sacudió al reaccionar los que la sostenían. El paso que cogieron había que sentirlo para creerlo; iba casi volando, evitando un árbol sí y otro no, a veces esquivando sombras que no eran árboles ni nada. Se me fue el alma a los pies.

Los bramidos en el calvero terminaron repentinamente en un retumbo sonoro, y una lanza carmesí se elevó y atravesó las nubes. Era un espectáculo que había presenciada muchas veces pero creía que no volvería a ver. ¡El despegue de una nave espacial! ¡Era el *Marathon*!

¿Tan talentosas eran estas criaturas que podían tomar un vehículo totalmente extraño, comprender enseguida su funcionamiento y llevarlo donde quisieran? ¿Serían esos los seres que los Ka consideraban superiores? La situación resultaba demasiado incongruente para creerla: astrónomos expertos transportando prisioneros en primitivas hamacas de junco. Además, la excitación de sus comentarios y la velocidad de la marcha sugerían que la espectacular salida del *Marathon* les habla cogido por sorpresa. No tenía manera de resolver el misterio.

Nuestro viaje continuó mientras la estela de fuego de la nave describía un arco hacia el Norte. Hubo un alto y nuestros captores se reunieron, pero su aflautado parloteo indicó que no había sido para comer. Veinte minutos más tarde se produjo otra detención y un jaleo de primera en la vanguardia. Los guardias se mantuvieron cerca de nosotros, mientras que un poco más adelante se oía un escándalo de muchas voces y unos sonoros maullidos, junto con el batir de grandes ramas. Traté de imaginarme un tigre verde brillante.

Escuché varios *fut-futs* como de dardos al atravesar cuero húmedo. El maullido se convirtió en chillido y terminó en una tos ahogada. Seguimos adelante, rodeando algo muy grande que me esforcé en vano por ver. Si ese Mundo hubiera tenido Luna... Pero no había Luna; sólo las estrellas y las nubes y la selva amenazadora de donde salían los eternos tambores.

Al rayar el alba, la fila esquivó cautelosamente un bosquecillo de arbolitos jóvenes, de apariencia inocente. Llegamos a la orilla de un ancho río. Ahí, por primera vez, pudimos examinar de cerca a nuestros captores mientras dirigían bultos y portadores hacia la orilla.

Eran criaturas muy similares a los Ka, más altos, más delgados, con grandes ojos inteligentes. Tenían parecidas pieles fibrosas, más grises, no tan verdes, y los mismos crisantemos en el pecho. A diferencia de los Ka, llevaban el cuerpo cubierto por vestiduras tableadas, petos de fibras tejidas y varios objetos de madera como cerbatanas complicadas y vasijas en forma de cuenco con un recipiente bulboso en la base. Algunos tenían cestillos con esferas de vidrio del tipo de la que me había dejado fuera de combate.

Estiré el cuello para ver mejor, pero sólo pude atisbar a Jepson en la hamaca siguiente y Brennand a continuación. En seguida me arrojaron sin ceremonias al borde del agua, con Jepson a mi lado y los demás en hilera.

–¡Cerdos malolientes! –dijo Jepson, volviendo la cabeza hacia mí.

–Tómatele con calma –aconsejé–. Estás hecho un nudo.

–No me gustan los tipos que tratan de ser ingeniosos en el momento menos oportuno –replicó, de mal genio.

–No pretendía ser ingenioso, pero tenemos derecho a nuestras propias opiniones, aunque estemos en un lío.

–¡Otra vez! –exclamó, luchando por aflojar sus ligaduras–. ¡Algún día te voy a atar, para siempre!

No respondí. Es inútil gastar saliva en un hombre de mal genio. La luz aumentó, penetrando la tenue niebla verde que flotaba sobre el río verde. Alcancé a ver a Blaine y Minshull más allá de Armstrong y la redonda forma de McNulty.

Diez de nuestros captores recorrieron la fila abriendo chaquetas y camisas, desnudándonos el pecho. Tenían una buena provisión de los cuencos con recipientes bulbosos. Un par de ellos dejó mi pecho al aire y se lo quedaron mirando como Marco Antonio a Cleopatra. Algo les parecía inefablemente maravilloso, y no se trataba de la barba de repuesto.

No hacía falta ser un genio para adivinar que echaban en falta mi crisantemo y no podían imaginar como había ido por la vida sin eso. Tal vez me consideraban como una especie de eunuco. Por fin decidieron que habían dado con una nueva y prometedora línea de investigación y siguieron la pista.

Cogieron a Blaine y al idiota que habla estado jugando al pato en la roca, los desataron, los desnudaron y los estudiaron como a vacas premiadas en una feria ganadera. Uno de ellos golpeó a Blaine en el plexo solar, donde debía haber estado la cosa, y éste le saltó encima y lo derribó. El otro nudista aprovechó sin demora la oportunidad de sumarse a la refriega. Armstrong, que no era precisamente un alfeñique, hizo un esfuerzo soberano, reventó sus ligaduras, se irguió morado por la tensión y se lanzó rugiendo a la pelea. Le colgaban fragmentos de la maltrecha hamaca por la espalda.

Todos intentamos violentamente romper las ataduras. Pero no lo conseguimos. Los verdes se concentraron en la escena y cayeron algunas esferas frágiles alrededor de los tres terrestres. El mecánico de popa y Blaine se desplomaron al mismo tiempo. Armstrong se estremeció, vaciló, aguantó lo suficiente para tirar dos nativos al río y desmayar a otro. Después cayó también.

Los verdes sacaron a sus congéneres del río, vistieron al dormido Blaine y al otro, agregaron a Armstrong y ataron a los tres. Conferenciaron otra vez. No entendía nada de sus gorjeos, pero se me ocurrió que opinaban que teníamos una buena cantidad de *gamish*.

Empezaban a irritarme las ligaduras. Habría dado mucho por una oportunidad de entrar en acción y abrir unas cuantas cabezas verdes. Me retorcí y miré con ojos mortecinos un arbusto que crecía cerca de mi hamaca. La planta agitaba las ramitas y despedía olor a caramelo quemado. La vegetación era toda movimiento y hedores.

Los verdes terminaron su charla abruptamente y se agolparon en la margen del río. Una flotilla de embarcaciones largas, estrechas y bien formadas llegaron a la orilla. Nos llevaron a bordo, cinco prisioneros por bote. Los veinte tripulantes manejaron rítmicamente una hilera de diez palas de madera a cada lado del bote y llevaron la embarcación corriente arriba a buena velocidad, dejando una estrecha estela.

–Tenía un abuelo que fue misionero –le dije a Jepson–. Se metió en un jaleo de estos.

–¿Y qué?

–Que terminó frito.

–Espero sinceramente que te pase lo mismo –comentó Jepson, sin caridad; trató en vano de romper sus ligaduras.

A falta de cosa mejor en que ocupar mi atención, observé la manera en que nuestra tripulación manejaba el bote y llegué a la conclusión de que las palancas accionaban dos grandes bombas o tal vez una serie de bombas pequeñas, y que la embarcación avanzaba chupando agua por la proa y soltándola por la popa.

Más tarde supe que estaba equivocado. Su método era mucho más sencillo. Las palancas conectaban bajo el agua con veinte remos de pala hendida. Los dos alerones de cada pala se cerraban en un movimiento y se abrían al siguiente. Así avanzaban más de prisa que con remos, pues las palas se movían atrás y adelante sin más peso que el suyo, no había que alzarlas, girarlas y bajarlas con el esfuerzo muscular de los remeros.

Seguimos río arriba, ya con el Sol más alto. Luego la corriente se dividía, rodeando una isleta rocosa de un centenar de metros de largo. En el extremo superior de la isla habla un grupo de cuatro árboles enormes de aspecto siniestro, con troncos y ramas de un verde sombrío, casi negro. Tenían un grupo de grandes ramas horizontales y después continuaba el tronco hasta terminar en un penacho casi veinte metros más arriba. Cada una de las ramas finalizaba en una docena de prolongaciones gruesas que se curvaban hacia abajo como una garra.

Las tripulantes aumentaron al máximo la velocidad. La fila de botes se encaminó al canal de la derecha, dominado por la rama más grande y amenazadora. Cuando la proa de la primera embarcación llegó abajo, la rama movió ansiosamente los dedos. No fue ninguna ilusión; lo vi con la misma claridad que veo la bonificación de viaje cuando me la ponen sobre la mesa.

Tenía plena intención de atrapar; por su tamaño y extensión, calculé que podía coger el bote integro y hacer con él y su carga cosas que no quise pensar.

Pero no lo hizo. Cuando entraba en la zona de peligro, el barquero se puso de pie y gritó una retahíla incomprensible Los dedos se aflojaron. El encargado de la barca

siguiente hizo lo mismo, y el otro. Después el mío. Echado de espaldas, tan dispuesto para la acción como un cadáver, contemplé el enorme estrangulador mientras pasábamos lentamente debajo. Nuestro barquero se calló; el del bote siguiente continuó. Yo sentía la espalda húmeda.

Unos cinco kilómetros después viramos hacia la margen opuesta. No vi los edificios hasta que los verdes me sacaron de la hamaca y me levantaron. Enseguida perdí el equilibrio y caí sentado. Tenía las piernas transitoriamente muertas. Mientras me las frotaba para restablecer la circulación, examiné con curiosidad aquello, que podía ser una aldea o una verdadera metrópolis.

Sus edificios cilíndricos eran de madera verde claro, de altura y diámetro uniforme, y cada uno tenía un árbol creciendo en el medio. El follaje de cada árbol se extendía más allá del radio de la casa correspondiente, ocultándola a la vista desde arriba. Nada podía haberse calculado mejor para esconder el lugar a una inspección aérea, aunque no había motivos para suponer que los habitantes pudieran temer ese tipo de amenazas.

La manera en que árboles y edificios compartían los mismos sitios hacia imposible la estimación del tamaño del lugar, porque más allá de la primera hilera de casas redondas había árboles, árboles, y más árboles, cada uno de los cuales podía tener un edificio.

No sabía si estaba mirando un caserío o el suburbio costanero de una superciudad que se extendía hasta el horizonte. No era raro que el bote salvavidas no hubiera observado en su exploración sino selva. Podían haber estado estudiando un área habitada por millones sin ver más que jungla.

Con las armas a punto y la vista atenta, una horda de verdes nos rodeó mientras otros seguían desatando prisioneros. El que hubiésemos llegado en un artilugio milagroso como el *Marathon* no parecía impresionarles en lo más mínimo. Los pies ya me obedecían. Me levanté y miré a mi alrededor. Fue como recibir dos golpes.

El primero vino al hacer la lista mental de mis compañeros de infortunio. Era poco más de la mitad de la dotación del *Marathon*. Los demás faltaban. En una hamaca yacía la forma pálida y laxa del tipo que había recibido los dardos a poco de desembarcar. No sé por qué los verdes habían considerado oportuno traerse un cadáver.

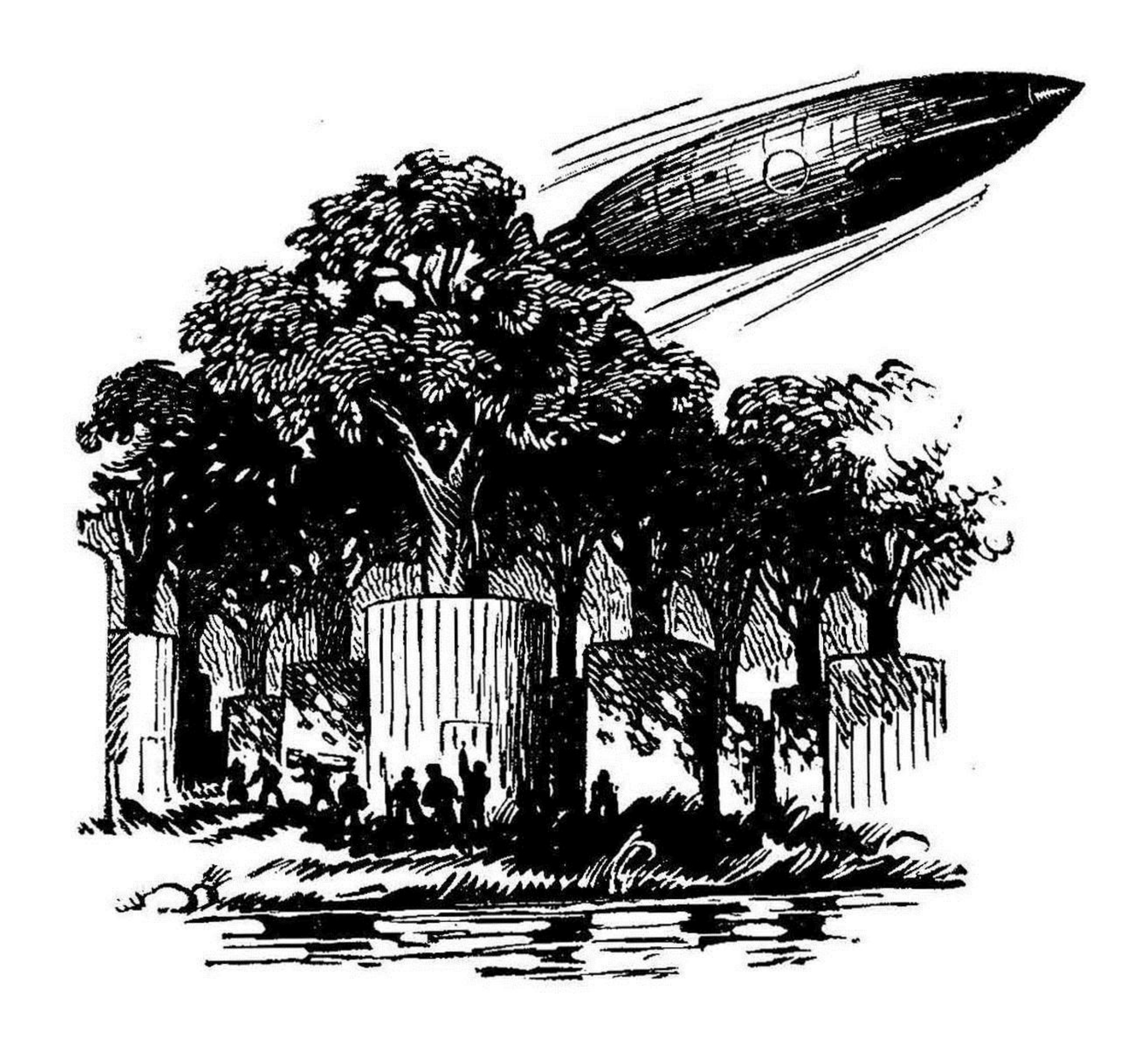
Sobre un par de hamacas unidas reposaba Sug Farn, despierto pero soñador y sin dar muestras de interés. Era el único marciano presente. Faltaba el resto de la panda del planeta rojo. Tampoco estaban el Jefe Douglas, Bannister, Kane, Richards, Kelly, Jay Score, Steve Gregory, el joven Wilson y una docena más.

¿Habrían muerto? No parecía probable. ¿Por qué iban a transportar un cadáver y dejar los otros? ¿Habían escapado? ¿O formaban parte de un segundo grupo de prisioneros llevados a otra parte? No había forma de conocer su destino, pero era raro que faltasen.

Le di un codazo a Jepson.

–Eh, ¿te has fijado...?

Un repentino rugido sobre el río me cortó en mitad de la frase. Todos los verdes miraron hacia arriba y gesticularon con las armas. Movían la boca, pero no se les oía porque el ruido ahogaba sus voces. Giré para mirar y sentí que mis propios ojos se hacían pedunculados al ver la elegante pinaza del *Marathon* bajar en picado casi hasta la superficie del agua y elevarse nuevamente. Se perdió tras las copas de los árboles.



Se podía oír su bramido haciendo un gran círculo. La nota se volvió más aguda cuando la navecilla aceleró y bajo otra vez. Apareció nuevamente, rozando el agua; salpicó una lluvia de gotitas verdes y envió una ola hacia la orilla. Desapareció otra vez, a tal velocidad que no pude ver quien nos miraba desde la cabina del piloto.

Escupiendo en sus nudillos, Jepson miró a los verdes con ojos malévolos.

–¡Se lo tienen merecido, los piojosos!

–Qué cosas dices –le reconvine.

–En cuanto a ti... –continuó; no añadió más porque en ese momento un verde con cara de mala uva, delgado y alto, le dio un empujón en el pecho y pió algo con tono de interrogación.

–¡A mi no me hagas eso! –gruñó Jepson, contestando con otro empujón.

El verde trastabilló, tomado de sorpresa. Sacudió la pierna derecha. Creí que su intención era darle a Jepson una buena patada en la espinilla, pero no. El gesto era mucho más mortífero. Arrojó algo con el pie, algo vivo, veloz y malvado. Alcancé a ver una cosa que parecía una viborita. No era más grande que un lápiz y, para variar, no era verde sino de brillante color naranja con pintas negras. Dio en el pecho de Jepson, mordió y bajó con tal rapidez que apenas pude seguir el movimiento. Una vez en el suelo, hendió velozmente la hierba en su camino hasta su amo.

Se enrosco en el tobillo del verde, como un adorno inofensivo. Muy pocos de los nativos llevaban objetos similares, todos naranja y negro menos uno, que era amarillo y negro.

Jepson abrió la boca sin producir sonido alguno, aunque se veía que lo estaba intentando. Se tambaleó.

El indígena que llevaba la vileza amarilla y negra estaba a mi lado, estudiando a Jepson con interés académico.

Le rompí el cuello al maldito. La manera en que sonó me recordó a un palo de escoba podrido.

La cosa de su pierna lo abandonó en cuando quedó tieso, pero a pesar de su velocidad llegó tarde. Estaba preparado esta vez. Jepson caía de bruces en el momento en que mi bota aplastaba a la falsa víbora.

Se había armado un guirigay fenomenal. Oí la voz ansiosa de McNulty gritar “¡Hombres, hombres!”. Incluso en un momento así, ese fanático con exceso de conciencia podía entretenerse en visiones de degradación por tolerar maltrato a los nativos.

Armstrong berreaba una y otra vez .¡Otro zoquete! y cada exclamación iba seguida por un sonoro chapotazo en el río. Las cerbatanas hacían *fut fut* y se rompían esferas a diestra y siniestra. Jepson yacía como muerto mientras los combatientes luchaban sobre su cuerpo. Brennand chocó conmigo. Respiraba en largos y trabajosos jadeos y estaba haciendo lo posible por arrancar un par de ojos de una cara verde.

Para entonces yo ya me habla servido otro aborigen y estaba partiéndolo en pedazos. Traté de imaginarme que era un pollo frito, del que nunca paraba de coger más que la parte que se tira última al otro lado de la cerca. Era difícil de sujetar el verdecito, y botaba como una pelota de goma. Por sobre la marea de hombros divisé a Sug Farn sacudiendo a cinco a la vez y le envidié el manojo de anacondas que tenia por miembros. Mi adversario aplicó sus hostiles dedos en mi ausente crisantemo, pareció sorprenderse de su mala memoria y estaba aún pensando en otro método de incapacitarme cuando fue a parar al río.

Entonces estallaron varias esferas a mi, pies, y lo último que recuerdo es el maullido de triunfo de Armstrong justo antes de un chapotazo. Lo último que vi fue a Sug Farn dirigiendo de repente un tentáculo que había pasado por alto y arreglándoselas para que de los seis verde, que me atacaban sólo llegaran cinco. El otro estaba subiendo cuando yo caía.

Por la razón que fuera, no perdí el sentido completamente esta vez. Tal vez recibí solo media dosis del contenido de las esferas, tal vez la mezcla era diferente y menos potente. Lo que sé es que caí en cinco indígenas sobre las costillas; el cielo giró como loco y mi cerebro se convirtió en una papilla fría y grumosa. Luego, sorprendentemente, estuve bien despierto y con los brazos atados.

A mi izquierda, un grupo de nativos formaban una pila sobre algunas formas que no alcanzaba a ver, pero sí a oír. Armstrong bramaba como un campeón de porqueros bajo el montón, que se rompió, tras un par de minutos de agitación, y reveló su cuerpo sujeto junto con los de Blaine y Sug Farn. A mi derecha estaba Jepson, sin ligaduras pero aparentemente con las piernas inutilizadas. No había rastros de la pinaza, ni sonidos lejanos que indicaran que seguía en el aire.

Sin más trámites, los verdes nos llevaron a través del prado y ocho kilómetros al interior del bosque, o ciudad, o lo que fuera eso. Dos transportaban a Jepson en una hamaca. Seguía lloviendo. Aquí y allá, unos cuantos ciudadanos impasibles salían a la puerta de sus moradas y contemplaban la procesión. Por la manera en que nos estudiaban se habría dicho que éramos los únicos ejemplares sobrevivientes.

Minshull y McNulty caminaban justamente detrás de mí en aquel desfile fatídico. Oí al capitán pontificar:

–Hablaré con su jefe sobre esto. Le haré notar que todas estas lamentables confrontaciones son el resultado inevitable de la irracional belicosidad de su pueblo.

–Sin lugar a dudas –apoyo Minshull, sardónico.

–Considerando todas las atenuantes de la dificultad de comprensión –continuó McNulty– aún creo que tenemos derecho a ser recibidos con un mínimo de cortesía.

–Oh, en efecto –dijo Minshull; su voz era solemne, como la del presidente de una convención de enterradores–, y opinamos que la recepción ofrecida dejaba mucho que desear.

–Exactamente –aprobó el capitán.

–Por consiguiente, seria muy deplorable que se produjeran nuevas hostilidades –añadió Minshull, totalmente serio.

–Por supuesto –asintió McNulty.

–Además, eso nos obligaría a arrancarle las tripas a cada uno de los remalditos bastardos verdes de este repugnante planeta.

–¿Eh? –McNulty perdió el ritmo, horrorizado–. ¿Qué ha dicho?

Minshull puso cara de inocente sorpresa.

–Nada, capitán. No he abierto la boca. Debe estar soñando.

Lo que intentaba replicar el escandalizado capitán seguirá siendo un misterio, pues en ese momento un verde notó que se retrasaba y lo empujó. Resopló enfadado, aceleró el paso y de ahí en adelante caminó en introspectivo silencio.

Salimos de una fila larga y ordenada de casas envueltas en árboles y entramos en un calvero dos veces mayor que aquel donde había aterrizado el *Marathon*. Era aproximadamente circular, llano y con una alfombra de musgo tupido de color esmeralda. El Sol, ya alto, vertía una lluvia de lentejas de un verde pálido en el exótico anfiteatro, en suyo perímetro se agolpaba una horda de nativos silenciosos y expectantes que nos observaban con mil ojos.

El centro del claro acaparó nuestra atención. Allí, destacando como el rascacielos más alto de nuestra vieja ciudad, se alzaba un verdadero monstruo leñoso. Era imposible calcular su altura, pero los arrayanes gigantes de Tierra eran enanos en comparación con él. El tronco no medía menos de doce metros de diámetro y las ramas parecían inmensas allá arriba, aunque disminuidas por la perspectiva. Si esos zulúes transcósmicos intentaban ahorcarnos, lo iban a hacer por todo lo alto. Nuestros cuerpos pataleantes parecerían bichitos suspendidos entre el cielo y la Tierra.

Minshull debía sufrir pensamientos similares, porque le oí decirle a McNulty:

–Ahí está el árbol de Navidad. Nosotros seremos sus adornos. Probablemente lo echarán a suertes, y el que tenga el as de espadas elegirá el hada de la punta.

–No sea morboso –le regañó McNulty–. No harían algo tan ilegal.

Entonces un nativo alto de cara arrugada señaló al capitán y seis saltaron sobre él antes de que pudiera explayarse más sobre el tema de la jurisprudencia interestelar. Con total indiferencia por las costumbres y normas que su víctima consideraba sagradas, lo condujeron hacía el árbol.

Hasta ese momento no habíamos notado el redoble que sonaba alrededor del claro. Era fuerte, y había algo siniestro en su ritmo insistente y amortiguado. El misterioso ruido había estado con nosotros desde principio; nos habíamos habituado, se había hecho inconsciente en nosotros, de misma manera que no nos fijamos en el tic-tac de un reloj. Pero ahora, quizás a causa del énfasis que daba a la dramática escena, escuchábamos claramente el lúgubre sonido.

La luz verde daba un aspecto horrible al rostro del capitán, que era llevado sin ofrecer resistencia. Con todo, conseguía dar importancia a su característico pavoneo y sus rasgos mostraban el aire ridículo de quien posee fe inconmovible en la virtud de ser dulcemente razonable. No he conocido nunca a un hombre con más inútil confianza en la ley escrita. Al verle avanzar, supe que le sostenía la convicción profunda de que esas pobres gentes ignorantes serían incapaces de hacerle mal sin presentar antes los formularios necesarios y hacerlos sellar y firmar debidamente. Cuando McNulty muriera, sería con aprobación oficial y después de satisfacer todos los requisitos legales.

A mitad de camino hacia el árbol, el capitán y su escolta fueron recibidos por nueve nativos altos. Aunque no se diferenciaban por sus vestiduras de sus congéneres, daban la impresión de estar por encima de la masa. Brujos, decidió mi agitada mente.

Los custodios de McNulty les entregaron enseguida a los recién llegados y corrieron hacia el borde del claro como si el diablo en persona fuese a aparecer en el centro. No había ningún diablo; sólo el árbol monstruoso. Conociendo lo que eran capaces de hacer los vegetales de este Mundo verde, era muy probable que este, el abuelo de todos los árboles, pudiera cometer una clase única y formidable de maldad. Una cosa se podía afirmar con seguridad de aquel coloso de madera: poseía una cantidad extraordinaria de *gamish*.

Los nueve desnudaron a McNulty hasta la cintura. Continuó hablándoles todo el tiempo, pero estaba demasiado lejos para que entendiéramos su autoritario sermón, del que los desnudadores no hacían el más mínimo caso. Volvieron a examinar atenta mente su pecho, conferenciaron, intentaron arrastrarle hacia el árbol. McNulty se resistió con dignidad. Ellos no perdieron tiempo en cortesías; lo alzaron entre varios y lo llevaron.

Armstrong dijo con voz tensa:

–Aún tenemos piernas, ¿verdad? –y de una patada hizo caer al guardia más cercano.

Pero antes de que pudiéramos seguir su ejemplo y comenzar otra batahola inútil, se produjo una interrupción. El continuado redoble de la selva fue dominado por un quejido más feroz y penetrante que aumentó a aullido. El aullido se transformó en un rugido explosivo cuando, plateada y veloz, la pinaza sobrevoló a baja altura el árbol fatal.

Algo cayó de la panza de la nave, se infló en forma de sombrilla, vaciló en su caída y se posó suavemente en la copa del árbol. ¡Un paracaídas! Alcancé a ver a alguien colgado de las correas justo antes de que fuera tragada por el espeso follaje, pero la distancia hacía imposible su identificación.

Los nueve que llevaban a McNulty lo depositaron en el suelo sin ceremonias y miraron arriba. Las manifestaciones aéreas producían en estos nativos más curiosidad que miedo. El árbol estaba inmóvil. De pronto surgió entre las ramas más altas un rayo aguja que rozó una rama gruesa en su unión con el tronco y la separó. El miembro amputado cayó al suelo. De inmediato, un millar de protuberancias parecidas a capullos que estaban ocultas entre las hojas se hincharon como globos inflados, alcanzaron el tamaño de calabazas gigantes y estallaron como tracas. Despidieron una niebla amarilla que se aglomeró con tal velocidad y en tal cantidad que envolvió al árbol entero en menos de un minuto.

Los nativos chistaron como una bandada de lechuzas asustadas, volvieron grupas y huyeron. Los nueve guardias de McNulty también olvidaron las intenciones que tuvieran y salieron corriendo. El rayo cogió a dos antes de que hubieran avanzado diez pasos; los otros siete redoblaron la velocidad. McNulty quedó luchando con las ligaduras de sus muñecas mientras la niebla se le acercaba lentamente.

De nuevo surgió el rayo en lo alto del árbol. De nuevo una rama enorme cayó a tierra. El árbol apenas se veía, envuelto en su propia niebla. El último indígena había desaparecido de la vista. El reptante vapor amarillo habla llegado a treinta metros del capitán, que lo contemplaba fascinado. Seguía con las manos atadas a los lados. Las tracas continuaban entre la nube, aunque no con tanta rapidez.

Gritando al alelado McNulty que usara las piernas, luchamos furiosamente con nuestras ataduras. La única respuesta de McNulty fue retroceder unos metros. Con un esfuerzo sobrehumano, Armstrong se liberó, cogió un cuchillo del bolsillo de sus pantalones y se puso acortar ligaduras. Minshull y Blaine, los primeros que desató, corrieron de inmediato hacia McNulty, que posaba a diez metros de la niebla como un Ajax rechoncho desafiando el poder de dioses extraños. Lo trajeron.

Cuando acabábamos de soltarnos, pasó otra vez la pinaza y se perdió de vista tras la columna de vapor amarillo. Vitoreamos roncamente. Entonces, de la base de la niebla, salió alguien grande tirando de un cuerpo con cada mano. Era Jay Score. Tenía una radio diminuta sujeta a la espalda.

Llegó a nosotros, grande, poderoso, con los ojos relucientes, soltó los cadáveres y dijo:

–Mirad. Esto es lo que os hará el vapor si no os movéis de prisa.

Miramos. Los cuerpos pertenecían a los nativos que había herido con el rayo, pero esa no era la causa de la horrible corrupción de la carne. Ambos restos leprosos ya habían dejado de ser cadáveres y no eran todavía esqueletos. Sólo jirones de carne y órganos medio disueltos sobre huesos en descomposición. Era fácil imaginar lo que le habría ocurrido a Jay si hubiese estado hecho del mismo material que nosotros o respirase aire.

–Volvamos al río –aconsejó Jay– aunque tengamos que abrirnos paso peleando. El *Marathon* aterrizará en el claro de la orilla. Tenemos que llegar allí, cueste lo que cueste.

–Y recuerden, hombres –añadió oficiosamente McNulty– que no quiero matanzas innecesarias.

Eso era de risa. Todo nuestro armamento consistía en el rayo de Jay, el cuchillo de Armstrong y nuestros puños. Detrás, a poca distancia y acercándose más, estaba la niebla mortífera. Entre nosotros y el río se encontraba la metrópolis verde con su desconocido número de habitantes armados con artefactos desconocidos. De verdad, nos hallábamos entre un diablo amarillo y un mar verde.

Partimos, con Jay a la cabeza, seguido de McNulty y el fornido Armstrong. Inmediatamente después, dos hombres llevaban a Jepson, que conservaba el uso de su lengua, aunque no de sus piernas. Otros conducían el cadáver que nuestros atacantes trajeran de la nave. Sin oposición ni problemas recorrimos unos doscientos metros entre el bosque y allí enterramos los restos del hombre que fuera el primero en pisar el suelo del planeta. Desapareció de nuestra vista con el silencio yerto y sin protestas de los muertos, mientras la selva latía a nuestro alrededor.

En los cien metros siguientes tuvimos que enterrar a otro. El jugador de pato en la roca sobreviviente, conmovido por el triste fin de su compañero, tomó la delantera como penitencia. Marchábamos lenta y cautelosamente, con la vista alerta a cualquier emboscada, dispuestos a reaccionar a cualquier movimiento anómalo en un arbusto que lanzara dardos o una rama pringante.

El que iba delante esquivó un árbol con una vivienda verde. Dedicó toda su atención a la entrada de la casa, y no advirtió que se movía bajo otro árbol. Éste era de tamaño mediano, con corteza de color verde plateado y largas y decoradas hojas de las que colgaban numerosos hilos nudosos, cuyos cabos llegaban a cerca de un metro de suelo. Rozó dos de los hilos. Se vio un relámpago de luz azul, al aire se impregnó de olor a ozono y a pelo chamuscado, y él se desplomó. Había sido electrocutado igual que si lo hubiera alcanzado un rayo.

A pesar de la proximidad de la niebla, retrocedimos los últimos cien metros y lo enterramos junto a su camarada. Terminamos justo a tiempo; aquella lepra vaporosa estaba casi en nuestros talones cuando emprendimos la marcha. En el cielo casi invisible el Sol derramaba sus limpios rayos y dibujaba mosaicos entre las hojas.

Desviándonos de esta nueva amenaza, a la que denominamos el arbolito, llegamos al extremo del equivalente de la Calle Mayor en esos contornos. Aquí teníamos ventaja en un aspecto, pero no en otro. Las casas estaban perfectamente alineadas y bastante separadas; podríamos caminar por el centro de la ruta bajo el cielo descubierto y quedar fuera del alcance de la belicosa vegetación del planeta. Pero eso nos hacía mucho más vulnerables a los ataques de nativos decididos a oponerse a nuestra fuga. De una manera u otra, teníamos que avanzar con el cogote bien estirado.

Mientras caminábamos con tesón, preparados mentalmente a enfrentarnos con lo que viniera, me dijo Sug Farn:

–Sabes, tengo una idea que valdría la pena que estudien.

–¿Cuál es? –le pregunté, con un hilo de esperanza.

–Supongamos que tuviéramos doce escaques por lado –sugirió, con total desprecio por nuestras circunstancias–. Así tendríamos cuatro peones más y cuatro piezas gordas más por lado. A estas se les podría llamar «arqueros». Moverían dos escaques hacia adelante y comerían avanzando un cuadrado de costado. ¿No sería un juego hermosamente complicado.

–Ojalá te tragues un juego de ajedrez y se te bloqueen los intestinos –le dije, desilusionado.

–Tal como debía haber sabido, tu apreciación mental concuerda con la de los vertebrados inferiores.

Diciendo esto, sacó un frasquito de perfume *hooloo* que había conseguido conservar a lo largo de nuestras vicisitudes, se apartó de mí y olió de manera calculadamente ofensiva. No me importa lo que digan los demás. ¡No olemos como dicen los marcianos! ¡Esos antipáticos de brazos serpenteantes son unos mentirosos!

Interrumpiendo la marcha y nuestra discusión Jay Score gritó:

–Creo que ya está bien –descolgó la radio portátil, sintonizó y dijo por el micrófono –: ¿Eres tú Steve? –una pausa, y luego–: Sí, aguardamos a unos seiscientos metros del lado del río. No hay oposición, todavía. Pero vendrá. De acuerdo, nos quedaremos aquí un rato –otra pausa–. Sí, te guiaremos.

Pasando su atención de la radio al cielo, pero aún con un auricular pegado a la cabeza, escuchó. Todos escuchamos. Al principio no oímos más que el redoble que no terminaba nunca en ese loco Mundo, pero pronto percibimos un zumbido lejano, como el de un abejorro gigante.

–Recibimos –dijo Jay, tras coger el micrófono–. Venís en la dirección correcta, y acercándoos –el sonido creció en intensidad–. Más cerca, más cerca –esperó un momento, el zumbido pareció desviarse–. Vais desviados –otra pausa, el sonido se oyó fuerte y potente–. Dirección correcta –se transformó en un estruendo–. ¡Bien! –gritó Jay–. ¡Estáis casi encima!

Miró hacia arriba y todos le imitamos a la vez. Al instante, la pinaza pasó por el cielo a tal velocidad que apareció y desapareció en menos tiempo del que se necesita para tomar aire una vez. De todos modos, los de a bordo debieron vernos, pues la navecilla zumbó en un arco amplio y gracioso y volvió a tremenda velocidad. Esta vez pudimos observarla y le gritamos como una pandilla de críos.

–¿Nos tenéis? –preguntó Jay por el micrófono–. Intentadlo en la próxima pasada.

La pinaza describió otro arco, retomó su camino anterior y rasgó el aire en dirección a nosotros. Parecía una monstruosa bala de cañón antiguo. Dejó caer un chorro de bultos y paquetes con paracaídas. Los objetos caían como maná del cielo mientras el sembrador seguía su trayectoria y abría un agujero en el cielo del Norte. De no haber sido por aquellos árboles infernales, la pinaza podría haber aterrizado, arrebatándonos a todos de las garras del peligro.

Nos echamos con ansia sobre los bultos, rasgamos tapas, tironeamos del contenido. Trajes espaciales para todos. Servirían para protegernos de diversas formas de maldad gaseosa. Armas, aceitadas y cargadas, reservas de excitantes. Una cajita llena de espuma de goma y algodón con media docena de bombas atómicas diminutas. Un botellín de yodo y un botiquín de primeros auxilios para cada hombre.

Un envoltorio grande había quedado atascado en lo alto de un árbol; mejor dicho, se había enredado el paracaídas en las ramas y el paquete colgaba de las cuerdas. Rogando que no contuviera nada que pudiera hacer estallar el suelo bajo nuestros pies, quemamos las cuerdas con rayos y lo hicimos caer. Contenía una buena provisión de raciones concentradas y una lata de veinte litros de jugo de frutas.

Ordenamos y cargamos los pertrechos y continuamos la marcha. Al principio fue fácil; sólo árboles, árboles, árboles, y casas cuyos ocupantes habían huido. Durante esa parte del viaje me di cuenta de que era siempre el mismo tipo de árbol el que cobijaba una casa. No había ninguna en los pegoteadores ni los electrocutadores cuyos poderes conocíamos por desgraciada experiencia. Nadie se preocupó de investigar si aquellos árboles domésticos eran inocuos, pero fue ahí donde Minshull descubrió que eran el origen del eterno redoble.

Sin hacer caso de McNulty, que cloqueaba como una gallina nerviosa, Minshull entró de puntillas en una casa, con el arma preparada. Reapareció unos segundos después y dijo que el edificio estaba desierto, pero que el árbol del centro sonaba como un *tam tam* tribal. Había aplicado la oreja al tronco y oído el latir de su potente corazón.

Eso dio pie a McNulty para una disertación sobre el tema de nuestro muy cuestionable derecho a mutilar o hacer daño a los árboles de este planeta. Si, en realidad, eran seres semiconscientes, según la ley interestelar tenían categoría de aborígenes y como tales estaban protegidos legalmente por la subsección tal y cual, párrafo equis, del *Código Transcósmico* que regula las relaciones interplanetarias. Se ocupó de todos los aspectos legales del asunto con gran entusiasmo y completo desprecio por el hecho de que podríamos estar hirviendo en aceite antes de la caída de la noche.

Cuando hizo una pausa para tomar resuello, Jay Score indicó:

–Capitán, tal vez esta gente tiene sus propias leyes y está a punto de aplicarlas –estaba señalando directamente al frente.

Seguí la línea de su dedo y me embutí frenéticamente en mi traje. El tiempo mínimo para vestirse se dice que es veintisiete segundos. Lo superé por veinte, pero jamás podré probarlo. Aquí viene el ajuste de cuentas, pensé. El largo brazo de la justicia va a enfrentarme con aquel pobre gupi y el bote de leche condensada.

Esperándonos a ochocientos metros de distancia había una vanguardia de cosas enormes, como serpientes, más gruesas que yo y de por lo menos treinta metros de largo. Venían hacia nosotros, con movimientos envarados y poco sinuosos. Detrás, también avanzando torpemente, formaba un pequeño ejército de arbustos engañosamente inofensivos. Al fondo, gritando con el coraje de quienes se sienten seguros, había una horda de nativos verdes. El progreso de esas huestes de pesadilla quedaba determinado por la velocidad de los serpenteantes de vanguardia, y esos reptaban de manera tortuosa, como si estuvieran esforzándose por moverse cien veces más deprisa que lo normal.

Atónitos ante el increíble espectáculo, nos detuvimos. Los reptantes avanzaban sin desmayo y daban una irresistible impresión de fuerza tremenda preparada para dispararse de repente. Cuanto más se acercaban más grandes y maléficas parecían. Cuando estuvieron a unos escasos trescientos metros me di cuenta de que cualquiera de ellos podía abrazar a seis de nosotros y hacer con todos más que una boa constrictor con cualquier cabra.

Allí teníamos las fieras de una vasta selva consciente. Lo supe por instinto, y les oía maullar suavemente. Esos eran, entonces, mis tigres verdes, del tipo de la cosa con que habían peleado nuestros captores en la jungla esmeralda. Pero, aparentemente, se podían domesticar, poniéndole riendas a su fuerza y su furor. Esta tribu lo había hecho. Eran, en verdad, superiores a los Ka.

–Me parece que puedo cubrir esta distancia –dijo Jay Score cuando la separación se habla reducido a menos de doscientos metros.

Manejó tranquilamente una bombita que podía haber hecho trizas al *Marathon* o a una nave de doble tamaño. Su debilidad principal y más preocupante era que jamás apreció el poder de las cosas que hacen pum. Así que jugueteó con ella descuidadamente, haciéndome desear que estuviera en la otra punta del Cosmos, y justo cuando me tenia al borde de las lágrimas, la lanzó. Su brazo silbó en el aire cuando arrojó el proyectil.

Nos aplanamos en el suelo. La tierra se hinchó como la barriga de un enfermo. Trozos enormes de plasma y pedazos de materia fibrosa verde surgieron como una fuente, colgaron un momento en el aire y luego llovieron a nuestro alrededor. Nos levantamos, corrimos cien metros y nos arrojamos cuerpo a tierra otra vez cuando Jay lanzaba la siguiente. Esa me hizo pensar en volcanes que nacían junto a mis maltratados oídos. La explosión me hizo encoger hasta las botas. Apenas habla disminuido el estruendo cuando reapareció la pinaza, cayó en picado sobre la retaguardia del enemigo y les soltó un par por allí. Más disrupción. Me hacía todo nudos de ver lo que estaba sucediendo, incluso por encima de las copas de los árboles.

–¡Ahora! –gritó Jay.

Cogió a Jepson, se lo echó al hombro y avanzó. Le seguimos.

Nuestro primer obstáculo fue un enorme cráter en cuyo fondo se apilaba tierra humeante mezclada con algunos gusanos amarillos mutilados. Rodeando el borde, salté sobre dos metros de serpiente reventada que, incluso muerta, continuaba sacudiéndose espasmódicamente, de manera horripilante. Había muchos otros trozos ahí y en el segundo hoyo, todos verdes por dentro y por fuera y erizados de zarcillos que seguían vibrando como si buscaran en vano la vida desaparecida.

Cubrimos los cien metros entre cráteres en tiempo record, Jay siempre delante a pesar de su carga. Yo sudaba como un loco atormentado y daba gracias a mi buena estrella por la baja gravedad que me permitía mantener ese ritmo.

Nos dividimos nuevamente y rodeamos el segundo cráter. Entonces nos encontramos cara a cara con el enemigo y de ahí en adelante todo fue confusión.

Me venció un arbusto. El condicionamiento de terrestre hizo que no lo tuviera en cuenta, a pesar de las experiencias recientes. Estaba atento a otras cosas y en un instante se desvió un paso, se enroscó alrededor de mis piernas y me tumbó. Me di un buen porrazo y maldije con el poco aliento que me quedaba. El arbusto roció metódicamente mi traje con un fino polvo gris. Entonces un largo tentáculo se deslizó por detrás, arrancó el arbusto de mis piernas y lo hizo pedazos.

–Gracias, Sug Farn –jadeé; me levanté y cargué.

Otro antagonista vegetal cayó ante mi rayo, que continuó a toda potencia sesenta o setenta metros más y le asó las tripas a un nativo gesticulante. Sug barrió un tercer arbusto y lo desparramó con desprecio. El extraño polvo que rociaba no parecía afectarle.

Jay nos llevaba ya veinte metros de ventaja. Hizo una pausa, arrojó otra bomba, se echó al suelo, se levantó y siguió corriendo con Jepson al hombro. La pinaza bramó

en una pasada baja, creando una tremenda carnicera, en la retaguardia enemiga. Un rayo pasó a mi lado, peligrosamente cerca de mi casco, y quemó un arbusto. En los audífonos del yelmo oía una constante y monótona retahíla de maldiciones en seis voces distintas por lo menos. A mi derecha, un árbol grande se sacudió y cayó al suelo, pero no tuve ni tiempo ni ganas de mirarlo.

Entonces una serpiente atrapó a Blaine. Cómo había sobrevivido entera, la única entre sus congéneres despedazadas, era un misterio. Tenía espasmos como todos los otros trozos, pero estaba entera. Blaine saltó sobre ella y en ese instante se enroscó a su alrededor. El chilló por el micrófono de su casco. Fue terrible oír su agonía. El traje espacial se hundió en las partes comprimidas por la serpiente, y saltó la sangre por los pliegues. La conmoción por lo visto y oído fue tan grande que me detuve sin querer, y Armstrong tropezó conmigo.

–¡Sigue! –rugió, dándome un empujón.

Cortó con su arma a la gran boa en pedazos que siguieron retorciéndose. Seguimos a la mayor velocidad posible, dejando, a la fuerza, el cuerpo aplastado de Blaine a merced de la jungla.

Atravesadas las filas de vanguardia de vida semivegetal, entramos en las de nativos, cuyo número había disminuido considerablemente. Estallaban globos frágiles a nuestros pies, pero los trajes nos protegían del contenido gaseoso. Además, nos movíamos demasiado de prisa para absorber una dosis mortal. Me cargué a tres verdes seguidos con el rayo aguja y vi a Jay arrancarle la cabeza a otro sin dejar de correr.

Estábamos jadeando por el ejercicio cuando, inesperadamente, el enemigo se rindió. Los nativos que quedaban se perdieron entre los árboles protectores en el momento en que la pinaza hacía otro picado vengativo. Teníamos el camino libre. Sin disminuir la velocidad, con la vista alerta y las armas preparadas, corrimos hacia la orilla, y allí, reposando en el gran claro, encontramos la cosa más bella del Cosmos: el *Marathon*.

Sug Farn escogió ese momento para darnos un susto, pues cuando saltábamos alegremente hacia la compuerta, se nos adelantó, levantó un muñón de tentáculo y dijo:

–Sería mejor que no entráramos todavía.

–¿Por qué no? –preguntó Jay; se fijó en el muñón del marciano y agregó–: ¿Qué demonios te ha pasado?

–Me vi obligado a perder casi todo un miembro –respondió Sug Farn, con la tranquilidad de alguien para quien perder un miembro es como quitarse el sombrero–. Fue aquel polvo. Está compuesto por millones de insectos submicroscópicos. Se mueve y come. Empezó a comerme. Echaos un vistazo.

¡Tenía razón! Vi las manchas grises que cambiaban de lugar en la superficie de mi traje espacial. Tarde o temprano abriría una brecha en el material y se metería conmigo.

En mi vida me he sentido más piojoso, Sin perder de vista el borde de la espesura, tuvimos que pasarnos una media hora irritante y sudorosa asándonos unos a otros con las armas puestas para ángulo ancho y baja potencia. Estaba casi cocido cuando cayó el último piojo.

El joven Wilson, incapaz de dejar pasar una humillación pública, aprovechó la oportunidad para sacar una cámara cinematográfica y registrar la descontaminación comunal. Yo sabía que la película se mostraría alguna vez a un Mundo divertido, sentado en cómodos sillones, muy lejos de los problemas de la región de Rigel. Tenia la secreta esperanza de que algunos de los bichos consiguieran viajar junto con la película y añadieran un toque de realismo a la diversión.

Con aire más oficial, Wilson tomó también la selva, el río y un par de barcas volcadas, con todas sus palas bivalvas expuestas. Después, con el corazón agradecido, embarcamos.

La pinaza ocupó su lugar y el *Marathon* despegó sin demora. Nunca me he sentido más feliz que cuando entró a raudales la gloriosa luz blanco amarilla y nuestros rostros perdieron el verde bilioso. Con Brennand a mi lado, observé como dejábamos atrás el estrafalario Mundo, y no puedo decir que lamentara despedirme.

Jay se nos acercó y me informó:

–Sargento, no haremos más aterrizaje. El capitán ha decidido volver a Tierra inmediatamente a presentar un informe completo.

–¿Por que? –preguntó Brennand; señaló la ya diminuta esfera–. Hemos salido sin nada que valga algo.

–McNulty opina que hemos aprendido lo suficiente por un buen tiempo –el ronco zumbido de los tubos de popa llenó la breve pausa–. McNulty dice que dirige una expedición exploratoria, no un matadero. Está harto y piensa presentar su dimisión.

–¡Tonto oficioso! –exclamó Brennand con vergonzosa falta de respeto,

–¿Y qué hemos aprendido? –preguntó.

–Bien, sabemos que la vida en ese planeta es en su mayor parte simbiótica –respondió Jay–. Sus diferentes seres comparten su existencia y sus facultades. Los hombres conviven con los árboles, cada uno según su especie. El punto común es aquel extraño órgano pectoral.

–Drogas en lugar de sangre –comento Brennand, con repugnancia.

–Pero –continuó Jay– hay algunos superiores a los Ka, superiores a todos, algunos tan altos y parecidos a dioses que pueden dejar sus árboles y recorrer el Mundo de día o de noche. Pueden ordeñar los árboles y transportar el fluido de la vida en recipientes, para beberlo. De la asociación simbiótica, ellos han obtenido el dominio y, por el criterio del planeta, son los únicos libres.

–¡Cómo han caído los poderosos! –intervine.

–No es así –me contradijo Jay–. Hemos escapado de su poder, pero no los hemos conquistado. El Mundo sigue siendo suyo, solamente suyo. Nos retiramos con bajas, y aún tenemos que encontrar la manera de curar a Jepson.

Se me ocurrió una idea cuando se iba.

–¡Eh! ¿Qué pasó después del ataque a la nave? ¿Cómo seguisteis nuestra pista?

–La batalla estaba perdida. La prudencia era mejor que el valor. Así que nos fuimos antes de que averiaran la nave. Después, os seguimos con toda facilidad –sus ojos permanecían siempre inescrutablemente relucientes, pero juro que había un destello de humor malicioso en ellos cuando continuó–. Vosotros teníais a Sug Farn. Nosotros, a Kli Yang y el resto de la panda –se palmeó la cabeza–. Los marcianos poseen mucho *gamish*.

–Maldita sea su estampa, son telépatas –gritó Brennand, enrojeciendo de cólera–. Me olvidé por completo de eso. Y Sug Farn no dijo ni pío. Esa araña bizca no hizo más que dormirse a la menor ocasión.

–Sin embargo –dijo Jay– estaba en contacto constante con sus compañeros.

Se alejó. Entonces sonó el aviso y Brennand y yo nos abrazamos como hermanos mientras la nave pasaba al impulso Flettner. El Mundo verde se convirtió en un puntito con una rapidez que nunca deja de asombrarme. Nos frotamos las entrañas para devolverles su forma original. Después, Brennand agarró la válvula del compartimiento de estribor, giró el control y observó como el manómetro subía de tres libras a quince.

–Los marcianos están ahí dentro –indiqué–. No les va a gustar.

–No pretendo que les guste. ¡Les enseñaré a esas caricaturas de goma a ocultarnos cosas!

–A McNulty tampoco le gustará.

–¡A quién le importa si le gusta o no a McNulty! –gritó.

En ese momento apareció el mismísimo McNulty, caminando con rolliza dignidad.

Brennand agregó rápidamente en tono aún más alto:

–Debería darte vergüenza hablar así. Deberías tener más respeto y referirte a él como el capitán.

Mirad, si algún día tomáis el camino del espacio, no os preocupéis demasiado por la nave. ¡Concentraos en los vagos insensibles que la comparten con vosotros!

4 - Mesmérica

Había contado con pasar doce meses de bien ganada holganza en el familiar ambiente de la Tierra, pero la cuenta salió mal. Algún metomentodo infernal de un observatorio encontró la manera de persuadir a las autoridades competentes de que existía un buen filón en la región de Casiopea. De resultas de lo cual, despacharon un puñado de telegramas a todos los probados y seguros servidores, solicitando el placer de la entrega de su sangre.

El mío llegó a las tres de una tarde tibia y suave, cuando estaba muy ocupado en mecerme en la galería. Permitidme decir que esa no es la situación más apropiada para considerar con entusiasmo una invitación a arriesgar el pellejo. Me dieron ganas de decirle al recadero donde podía meterse el mensaje, pero no era culpa suya. Así que lo leí y lo rompí y dije al diablo con ello y seguí meciéndome con los ojos cerrados. Al día siguiente hice las maletas y partí hacia el Este a tragar el anzuelo, exclusivamente porque carecía de fuerza moral para rechazarlo. No tenía suficientes ánimos para ser cobarde.

Así fue como, por enésima vez, me encontré junto a una portilla, de mal humor, mirando un Mundo nuevo que tomaba un tamaño gigantesco. A pesar de mi carencia de entusiasmo, el espectáculo era tan absorbente que casi olvidé ponerme el arnés antes de que el *Marathon* hiciera su truquito Flettner preparándose para aterrizar. Tuvimos la acostumbrada sensación de volvernos del revés como un calcetín y llegamos.

Mi puesto estaba en la armería, y allí me quedé mientras en la cabina principal elegían los nombres de aquellos cuyas asentaderas iban a ofrecerse a las posibles patadas de los extraterrestres que pudiera haber. Tras las experiencias anteriores, no había el mismo loco entusiasmo por pisar el suelo sin cautela, permiso o armas. Por lo menos, esta vez nadie se escapó por los tubos.

La portilla de observación más próxima enmarcaba una masa de vegetación donde encajaban todas las descripciones imaginables. Tenía una característica común que me llamó la atención enseguida: no había nada enredado sobre nada. Altas o bajas, amplias o delgadas, cada planta ocupaba su porción de terreno y dejaba pasar la luz del Sol a su alrededor, sin tocarse con su vecina. Una jungla que no era jungla. Se podía pasear sin dificultad, en cuanto a obstáculos al paso, aunque podría muy bien haber otras formas más eficaces de oposición.

El verde era el color predominante, con manchones aislados de amarillo o castaño. La reacción clorofílica parece común a la vegetación de la mayor parte del Cosmos donde la clase de radiación solar lo permita. Los rayos del Sol se veían dorados en las brechas entre plantas. La primaria de este Mundo se asemejaba mucho al Viejo Sol, pero era un poco más caliente por estar ligeramente más cerca.

Sentí una cierta intranquilidad al estudiar el exterior. El extraño y ordenado vivir y dejar vivir de la vida vegetal producía una misteriosa impresión de artificialidad. No

distinguía ninguna regularidad en las plantas, ni grupos definidos de un tipo ni filas ordenadas de otro. Con todo, me parecía que habían sido cultivadas por alguien con ideas radicalmente diferentes de las nuestras. El paisaje daba la idea de que un agricultor extraño se hubiera puesto a jugar con un saco de semillas surtidas, poniéndolas al azar según las iba cogiendo, pero espaciándolas con cuidado de las necesidades individuales. Como si un hombre plantara un roble a seis metros de un repollo.

Brennand se acercó y comentó:

–Parece existir una ley que gobierna los otros Mundos, a saber: presentan un aspecto completamente inocente mientras se preparan para arrancarte la cabeza de un mordisco.

–¿Crees que éste nos prepara alguna trastada?

–No sé. Pero no apuesto nada a que sea el Jardín del Edén.

–¿Apostarías algo a que es un jardín?

–¿Qué quieres decir? –me miró con curiosidad.

–¿Dónde está la lucha por el espacio vital?

Él miró afuera.

–Me lo has puesto fácil. La tierra es pobre por aquí. Le falta fertilidad. El crecimiento es escaso.

–¿Eso te parece escaso? –pregunté, indicando una cosa peluda, parecida a un cactus y la mitad de grande que el *Marathon*.

–De todos modos, crecen demasiado a la buena de Dios –dijo, escapándose por la tangente–. No se planta una zanahoria junto a una grosella.

–Tú no, pero otros podrían hacerlo.

–¿Por qué?

–¡Qué demonios! –dije, cansado–. Haz una pregunta más fácil. Pregúntame por qué estoy aquí cuando podría estar pasándomelo bien en casita.

–Esa respuesta la sé –replicó–. En el *Marathon* no se recibe correspondencia.

–¿Y qué?

–El cartero trae cuentas, cartas amenazadoras, hasta misivas coléricas de rubias rollizas preguntando qué piensas hacer a propósito de aquello.

–¡Ja! –exclamé, observándolo con atención–. Juzgas a los demás por ti, ¿eh? Me pregunté muchas veces por qué salías disparado de la Tierra como de un baño frío. Así que te persiguen, ¿no?

–No estamos hablando de mí –indicó–. Comentábamos tus posibles motivos. Los míos son sencillos; me gusta el dinero. Estos viajes te lo dan.

Tenía una buena réplica a eso en la punta de la lengua, pero no llegué a expresarla. Dos ingenieros llamados Ambrose y McFarlane entraron en la armería pidiendo su equipo.

–¿Dónde están los demás? –pregunté, mientras les daba armas, botiquines de primeros auxilios, raciones de emergencia, etcétera.

–No hay otros.

–¿Queréis decir que McNulty os envía a vosotros dos solos?

–Así es. Dos pueden manejar un bote salvavidas.

–El viejo se hace cauteloso –comentó Brennand–. Cada viaje lo pone más nervioso.

–¿Queréis trajes espaciales?

–No –contestó Ambrose, señalando a la portilla–. Hay trece libras de presión y una leve fragancia a chivo viejo, pero se puede respirar.

–De modo que ése era el olor que estaba sintiendo –dije, dirigiendo despreciativamente el pulgar hacia Brennand–. Creí que era él.

McFarlane, un individuo flaco y pelirrojo, se ajustó la pistolera, flexionó los brazos y sugirió:

–Por si no vuelvo, ¿alguien quiere darme un besito de despedida? –hizo una mueca, dijo–: Oh, vale... –y se fue.

Un par de minutos después el bote se separó, dirigiéndose al Oeste. Se siguió oyendo el ruido después que lo perdimos de vista.

Me fui a ver a Steve Gregory y lo encontré en su cubil, mordiéndose los labios.

–¿Hay algo, Steve?

Miró con mala cara sus instrumentos.

–No oigo más que un chirrido –hizo un ademán hacia un libro gordo que tenía al alcance de la mano–. Según este *Corán de la Radio*, es la descarga característica de un Sol llamado Zem 27, probablemente el de ahí fuera.

–¿Nada más?

–Ni pió –se inclinó, movió un interruptor y le habló a una caja–. Adelante bote...

Una voz chillona que no pude reconocer respondió:

–Setenta Oeste y dos mil cuatrocientos de altura.

–¿Veis algo?

–Nada del otro Mundo.

–Vale –se recostó–. Tenía la ilusión de que el pasado sería mi último viaje. Estaba dispuesto a tomármelo con calma y calentarme los callos en la chimenea.

–Yo también –le dije–. Tal vez tengo una maldición. No debí haber cogido el ópalo de aquel gupi.

–¿Qué ópalo? –se animó, alzando las cejas.

–No es nada. Una mala acción que contamina mi pasado.

–¿Y quién no tiene algo así? –replicó–. En los viejos tiempos, en Venus, yo cambié mi certificado de nacimiento por un...

Sonó algo entre sus diales y medidores. Movió una palanquita.

–Aquí el bote –dijo una voz un poco más fuerte que antes–. Ciento doce al Oeste y mil doscientos de altura. Sobrevolamos un gran lago. En la orilla hay algo que parece un campamento.

–Aguarda un momento –Steve accionó otro interruptor y habló por el micrófono–: Capitán, tengo a Ambrose. Cree haber encontrado vida local.

–Pásemelo –ordenó McNulty.

Steve hizo la conexión. Oímos la conversación por el intercom.

–¿Qué hay, Ambrose?

–Un campamento en la orilla de un lago.

–¡Ah! ¿Qué o quién lo ocupa?

–Nadie –dijo Ambrose.

–¿Nadie? ¿Quiere decir que está desierto?

–No diría tanto, pero así parece desde aquí arriba. Hay cerca de un centenar de chocitas piramidales distribuidas en cuatro círculos concéntricos. No se ve moverse nada entre ellas –una pausa, y luego–: ¿Qué le parece si bajamos y miramos de más cerca, capitán?

A McNulty no le gustaba. El largo silencio indicó que lo estaba pensando. Sin duda, estaba intentando encontrar la manera de mirar de más cerca sin acercarse más. No he conocido otro hombre con menos ganas de apostar a nada sin una seguridad del ciento por ciento. Por fin se oyó su voz, a menos volumen, hablando con alguien.

–Quieren aterrizar. ¿Qué le parece?

–Quien no arriesga no gana –respondió Jay Score.

–Sí, supongo que es así, pero... –otra pausa; después se oyó su voz por el intercom–. Oiga, Ambrose. ¿hay sitio para que aterrice el *Marathon*?

–No sin quemar diez hectáreas de monte o aplastar la mitad de las chozas.

–¡Uf! Escúcheme, haga un par de pasadas bajas sobre los techos. Eso debería hacerles correr.

Ambrose suspiró.

–De acuerdo, capitán, lo intentaremos, pero no creo que haya nadie –un silencio largo y luego–: Nada.

–¿No han aparecido?

–No. Casi arrancamos los tejados, y sacudimos todo el lugar con nuestra estela. Está vacío.

–Muy bien, entonces. Aterrice y vea qué puede descubrir, pero tengan mucho cuidado –su voz se perdió en la continuación–: Le aseguro, Jay, que después de este viaje algún otro comandante puede...

Steve cortó la comunicación y dijo:

–Tiene el mismo problema que tú y yo. Está suspirando por el *Upsydaisy* y la ruta regular a Venus. Ahí teníamos un trabajito descansado.

–Alguien tiene que hacer de héroe –dije.

–Lo sé, lo sé. Pero la gloria debería repartirse mejor. Puede abrumarle a uno.

Miró con celo los aparatos, de donde salió la voz de Ambrose, apagada por un tamborileo persistente.

–Despacio, Mac. Cuidado con esa hilera de estribor. Sí, casi estamos. ¡Frena, pronto! ¡Ahí!

El ruido cesó. Siguió una larga conversación, demasiado lejos del micrófono para oírla en detalle, hasta que alzaron la voz y empezaron a gritarse. Parecían estar discutiendo quién salía y quién se quedaba en el bote. Aparentemente, McFarlane quería tirar una moneda y Ambrose quería examinarla primero.

Con la cara un poco más roja. Steve apretó un botón que produjo ruidos y consiguió atraer la atención de los lejanos discutidores.

–Escuchad, cretinos –dijo sin cortesía–. Que cada uno arranque un pelo de la cabeza del otro. El que saque el más largo sale. El del corto se queda.

Tras eso se hizo un largo silencio, interrumpido por el ruido de la compuerta al abrirse y cerrarse.

Después de un rato, Steve preguntó con impaciencia:

–Bueno, ¿a quién le tocó?

–A McFarlane –informó Ambrose, hosco.

Se alejó del micrófono, dejando la comunicación abierta. Durante un rato oímos sus botas yendo de aquí para allá por la navecilla. Probablemente estaba absorbiendo el espectáculo del exterior por diversas portillas y viendo con envidia a McFarlane pasearse y gozar del país.

Después de un tiempo soltó un gruñido de fastidio y murmuró algo ininteligible. Sus pesadas botas sonaron más lejos. Se abrió la compuerta y oímos su voz distante.

–Bueno, ¿qué quieres, cabezota?

La respuesta del exterior no llegó al micrófono, de modo que no nos enteramos de lo que dijo McFarlane. Sonó un ruidito, como si alguien saltara de la nave a la hierba. Luego, silencio. Pasaron los minutos, largos como siglos.

Steve empezó a agitarse nerviosamente. Después comenzaron a oscilar sus cejas. Cuando también les dio el tembleque a sus orejas, no aguanté más.

–Mira –le dije–. No nos desmoronemos, ¿quieres? Hablemos con Ambrose, aunque sea para decirnos coplas picantes.

Mirándome con mala cara, apretó el botón, hizo sonar el receptor lejano una docena de veces, esperó respuesta. Ambrose no contestó. McFarlane tampoco. El bote estaba silencioso como una tumba, aunque un zumbido suave y continuo indicaba que el transmisor funcionaba y el canal seguía abierto.

–¡Bote! –dijo Steve en el micrófono, con voz ronca–. ¿Estáis allí, bote? ¡Llamando! ¡Contestad, bote!

Silencio.

–¡Ambrose! –aulló en el micrófono– ¡AMBROSE! ¿Estáis ahí?

Ninguna respuesta.

–A lo mejor ha ido al retrete –sugerí.

–¿A qué? –preguntó Steve, haciendo el imbécil.

–A recortarse el bigote, por ejemplo. La gente va al retrete, ¿verdad? Para eso está el cuartito ese.

–No en este momento.

–¿Qué diablos tiene que ver? Va cuando se lo piden sus tripas, no su reloj.

–Podía haber elegido una hora más conveniente –insistió; luego movió un poco las cejas y añadió–: Por si acaso, le daremos otros diez minutos.

Al final del plazo llamó, gritó e hizo todo lo que pudo.

Del bote salvavidas no salió más que el zumbido bajo.

Tuvimos que decírselo a McNulty, por supuesto. Echó espuma, le salió humo y lo discutió con Jay. Decidieron que no era seguro aún que hubiera pasado algo

desagradable. Posiblemente, la curiosidad de Ambrose había sido más fuerte que su prudencia y había salido del bote para mirar algo encontrado por su compañero. O tal vez había salido para ayudarle a subir a bordo alguna cosa que necesitaba la fuerza de los dos. Pero debería haberlo advertido antes. Debía haber informado sobre sus intenciones y motivos, antes de alejarse. Le echarían una buena regañina por esta omisión, cuando volviera.

Mientras tanto, nos sentamos a escuchar. Les concederíamos otra hora antes de dar la alarma. Así que dejé a Steve a la escucha y fui a la cocina a tomar una meditativa comida. Allí estaba el joven Wilson bebiendo café.

–¿Cómo va el bote? –preguntó.

–Ese es el misterio del momento.

–¿Qué quieres decir?

–Que bajó en un poblado y se quedó mudo. Steve no puede sacarle ni jota.

–¿Un poblado? ¿Qué tipo de criaturas hay?

–Ninguna. Está vacío. Así que Ambrose y McFarlane fueron y lo dejaron más vacío.

–¿Han desaparecido?

–Yo no diría eso.

–Pero tampoco te sorprendería –sugirió, con una sonrisa torcida.

–No, no me sorprendería.

–¡Je, je! –hizo una mueca a la pared–. Ahí vamos otra vez –luego continuó–: ¿Qué va a hacer McNulty?

–Nada, por ahora.

–Diantre, a esos dos tíos se los pueden guisar y comer mientras nosotros descansamos el culo aquí.

–O tal vez ellos están guisando y comiendo algo bueno mientras nosotros tratamos de masticar esta comida para perros –terminé mi jarro y me levanté–. Te veré en algún horno.

Pasé casi toda la hora siguiente en la armería y después interrumpí el trabajo. Estaba demasiado inquieto para concentrarme, pues necesitaba saber lo que estaba sucediendo. De modo que volví al cuarto de Steve.

–¿Hay alguna...?

–¡Shhh! –siseó, con un dedo en los labios–. Nada hasta ahora, pero justamente empezaba a sonar algo.

Aumentó el volumen. Se oyó el ruido característico de la compuerta al cerrarse. Luego, pasos de botas andando por la cola del bote. Steve apretó el botón. Se oyó el campanilleo de la llamada en el lejano receptor.

Fue seguido de inmediato por un extraño sonido al otro extremo del bote. Como un siseo o una escupida. No se repitieron los pasos. Nadie se acercó a contestar, como esperábamos.

Ceñudo, Steve llamó de nuevo. Ninguna respuesta. y sin embargo había alguien en el bote, de eso estábamos seguros. Llamó media docena de veces en rápida sucesión, de manera urgente y airada. Dio el mismo resultado que si hubiera estado llamando a tres limones.

–¿Qué carámbanos les pasa?

–Prueba con algunos tacos –le sugerí–. El altavoz que tienen se oye de la nariz a la cola.

Cogió el micrófono y gritó:

–¡Eh!

La respuesta fue un siseo más fuerte, como una locomotora al soltar un chorro de vapor, acompañado por pasos rápidos y el portazo de la compuerta. Luego nada. Lo que hubiera en el bote se había ido, y de prisa.

Steve se me quedó mirando, con una mezcla de emociones.

–¿Qué opinas de eso?

–No me gusta.

–Ni a mí –miró dudoso el micrófono–. ¿Crees que están haciendo teatro porque no quieren que les ordenen volver?

–Podría ser –admití–. Nada que la mente humana pueda concebir es imposible. Igual, con una probabilidad en un millón, pueden haber encontrado un cabaret cósmico con un par de morenas voluptuosas. Pero no lo creo. Esos ruidos en la radio me inquietan.

–A mí también. Voy a decírselo a McNulty –cambió de líneas en el intercom y le dijo al capitán–: Había alguien ahora mismo en el bote, y no quiso contestar.

–¿Está seguro?

–Completamente, capitán. Pude oír los movimientos con tanta claridad como mi propia nariz.

–No podía ponerlo de modo más convincente –dijo McNulty–. ¿No era Ambrose ni McFarlane?

Steve vaciló y luego dijo:

–Si eran ellos, se han vuelto sordos. No respondieron a la campanilla de llamada. y cuando grité “¡Eh!”, se largaron.

–Es mal indicio –decidió McNulty–. Será mejor que nos demos prisa y... –se cortó cuando el altavoz de nuestro cuartito chilló de repente: “¡Eh!”; luego dijo con tono de alarma–: ¿Qué fue eso?

–El bote –con las cejas moviéndose en catorce direcciones a la vez, Steve manipuló interruptores–. Le conectaré.

–Mire, Ambrose –empezó McNulty, autoritariamente pomposo–. ¿A qué están jugando?

–Mire, Ambrose –se burló el salvavidas–. ¿A qué están jugando?

–¡Habla el capitán McNulty! –rugió aquel buen hombre, con la presión en ascenso.

–Habla el capitán McNulty –chilló el bote en ridícula imitación.

McNulty respiró pesadamente y luego inquirió en voz baja, casi inaudible:

–Steve, ¿es un truco suyo?

–No, señor –dijo Steve, escandalizado ante la idea.

–Ambrose –volvió a tronar el otro–, le ordeno que regrese inmediatamente, o... –se interrumpió. Se hizo una pausa mientras el bote repetía sus palabras en un tono alto y penetrantemente burlón. Luego se oyó otra voz.

–¿Quién está ahí? –preguntó Jay Score, calmo y seguro.

–¿Quién está ahí? –preguntó el bote.

–Yimmish vank wozzeneck –dijo Jay.

–Yimmish vank wozzeneck –repitió el bote, como si le diera igual un idioma que otro.

–Cierra la línea, Steve –dijo Jay, con decisión–. Enviaremos la pinaza a investigar.

Steve cerró y me dijo:

–Creo que Ambrose se ha comprado un loro.

–O una navaja barbera –repliqué, pasándome el dedo por el cuello mientras hacía un ruido borboteante.

A él no le gustó.

Fuimos ocho en la pinaza, todos terrestres. Un par de marcianos estaban más o menos dispuestos a dejar sus tableros de ajedrez, pero no había motivos para suponer que necesitaríamos su ayuda, y ocupaban demasiado sitio. Jay Score tampoco fue de la partida, lo que fue una lastima, dadas las peculiares circunstancias. Nos habría venido muy bien.

Bannister pilotaba. La pinaza se alejó del *Marathon* y ascendió a tres mil metros. Las nubes de este Mundo eran altas y tenues, de modo que la visibilidad resultaba buena en todas direcciones. Mirando por la portilla de junto a mi asiento vi un paisaje de bosque ralo que se extendía por kilómetros, con ríos y arroyos y unas ondulaciones largas a la distancia. No parecía haber muestras evidentes de vida inteligente, por lo menos por esa zona.

Sentado a mi lado, el joven Wilson cuidaba una cámara cubierta de adminículos y con un filtro verdoso sobre el objetivo. No hacía más que mirar por la ventana de su lado, luego al Sol, y pasarse la lengua por los labios. En frente, junto a Bannister, un personaje de mandíbulas azuladas llamado Veitch hablaba con Steve por el laringófono.

La pinaza siguió su rumbo un rato antes de describir un amplio giro a estribor tras perder altura. Bannister y Veitch, inclinados hacia el visor, estudiaban el terreno. Pronto vimos el claro junto al río, los círculos concéntricos de chozas y el bote salvavidas. Bajamos más, aún girando. Se hizo evidente que no habría lugar para aterrizar sin aplastar algo; el bote ocupaba el único espacio disponible.

Abandonamos la escena a la fuerza, ya que no podíamos dar la vuelta en un círculo suficientemente pequeño para rodearlo. Perdimos más altura, volvimos, cruzamos sobre el campamento a no más de ciento cincuenta metros, vimos a Ambrose y McFarlane holgazaneando junto al bote y mirándonos. Yo no podía creerlo, parecían tranquilísimos. Pasamos de largo en unos dos segundos, mientras Wilson disparaba su cámara.

Yo no había visto muy bien a la pareja, gracias a Wilson que confiscaba casi toda la portilla, pero me dio la impresión de que estaban ilesos y perfectamente cómodos, y que Ambrose tenía algo que parecía una cesta de fruta. Me fastidió. Se me ocurrió que los dos se hablan dedicado a darle gusto a la tripa mientras el pánico se apoderaba del *Marathon* y nos hacían sacar la pinaza. A ellos les importaba un bledo, si podían llenarse el estómago. Pero lo pagarían caro; McNulty los desollaría vivos a su debido tiempo.

Describimos otra U e hicimos una segunda pasada. Bannister les dedicó unos gestos amenazadores desde el visor. McFarlane agitó la mano alegremente, como si estuviera en una excursión escolar. Wilson lo fotografió.

–Están bien –decía Veitch por su micrófono–. La radio del bote debe haberse estropeado.

No sé lo que contestó a eso el *Marathon*, pero Veitch terminó:

–De acuerdo les haremos una nota y volveremos enseguida.

Garabateo en un papel, lo adjuntó a un peso para mensajes y lo arrojó por la trampilla en la pasada siguiente. Vi flotar la larga cinta a veinte metros de la pareja de holgazanes. Después los perdimos de vista y volvimos a la nave.

Iba a la armería cuando Steve me vio desde su cubil y me llamó. Me estudió como si tratara de decidir si me encontraba borracho o sereno.

–¿Estás seguro que esos dos vagos están bien? –me preguntó, después de un rato.

–Lo vi con mis propios ojos. ¿Por qué?

–Bien... bien... –tragó saliva, miró sombríamente sus diales y botones, volvió a mirarme–. El bote pudo tener un fallo. Nada es perfecto, y esa vale también para los aparatos de radio.

–¿Y qué?

–Nunca supe de un defecto que haga que los mensajes reboten palabra por palabra.

–Ahora sí –le dije–. Alguna vez tiene que ser la primera.

–Va en contra de las teorías –insistió.

–Mi tía Martha también. Tiene diez dedos en los pies.

–Igual que todo el Mundo –dijo.

–Sí, pero no dos en un pie y ocho en el otro.

–No me interesan los monstruos de circo –mantuvo–. Te digo que no puede existir un fallo que produzca eso.

–¿Cómo lo explicas, entonces?

–No sé –soltó un largo suspiro–. Ese es el intríngulis. Oí lo que oí, no les pasa nada a mis orejas, no era un fallo de la radio. Te digo, alguien nos estaba tomando el pelo, y no es divertido.

–Ambrose no es tan infantil –dije.

–No, él no –admitió significativamente.

–Tampoco McFarlane es un delincuente juvenil.

–No, él no –dijo en el mismo tono.

–¿Quién, entonces?

–¡Eso! –me miró de un modo especial–. ¿Quién?

–Oh, cállate. No creo en los duendes.

Seguí mi camino, bastante inquieto pero negándome a demostrarlo. Steve conocía su oficio. Era el experto en radio de la nave, y estaba tan seguro sobre este asunto...

La cuestión era que alguien le había devuelto sus palabras a McNulty, una por una. No era Ambrose. No era McFarlane. No podía ser nadie más. Sin embargo, no nos lo habíamos imaginado. Cuanto más pensaba en el fenómeno, más inexplicable se hacía. Pero nada es completamente inexplicable cuando se trata de planetas extraños.

Tranquilizado por el informe de la pinaza, McNulty se ablandó lo suficiente como para permitir que algunos estiraran las piernas fuera. No más de una docena, con órdenes estrictas de conservar las armas a mano y no alejarse más de ochocientos metros de la nave. La docena de afortunados se eligieron por sorteo y no incluyeron a este servidor.

Vinieron a buscar sus armas. Uno de ellos era Jepson, el que había quedado pegoteado en el viaje anterior.

–¿En qué te vas a enredar esta vez? –bromeé.

–En nada, si puedo evitarlo –aseguró con bastante fervor.

Molders, el sueco grandote, tomó un proyector y observó:

–Me mantendré a distancia prudencial de ti, de todos modos. Ya hemos estado juntos mucho tiempo.

Se fueron. El cielo indicaba que no les quedaba mucho para dar vueltas, pues el Sol ya estaba bajo y no faltaba más que una hora para el anochecer.

Las primeras sombras se habían hecho largas y obscuras cuando McNulty volvió a ponerse nervioso. Una media docena de los paseantes habían vuelto por su voluntad al no encontrar nada en el exterior que los entretuviera. La sirena de la nave sonó con un quejido horrible, llamando a los otros. Había un alboroto en la sección de proa, y observé que los del pom-pom comprobaban una de sus armas de cañones múltiples. Algo se estaba cociendo, y Steve era el más apropiado para saber el motivo. Fui a verle.

–¿Qué pasa ahora?

–La pinaza arrojó un mensaje al salva vidas, ¿verdad? –dijo.

–Sí. Yo lo vi caer.

–Pues bien, no han hecho caso –señaló con el pulgar la portilla de observación a su izquierda, obscurecida por la noche–. Se ha puesto el Sol y todavía están allí. Tampoco responden a mis llamadas por radio. He dado timbrazos hasta hartarme. Les grité hasta quedarme ronco. El generador del bote aún funciona y el canal sigue abierto, pero en cuanto a Ambrose y McFarlane, es como si estuvieran al otro lado del Cosmos.

–No lo entiendo –dije, francamente perplejo–. Los vi yo mismo, holgazaneando junto al bote. No les pasaba nada, y el bote no tenía averías.

–No me importa –afirmó tozudamente–. Te dije antes que hay algo raro en esto, y lo repito.

Yo no podía agregar nada útil, así que me fui, me eché en mi camastro y traté de leer, pera por más que lo intenté no pude concentrarme. La sensación de que nos la habían jugado de alguna manera misteriosa se hacía cada vez más fuerte; me ponía más nervioso cuanto más pensaba en ello, pero no era capaz de imaginar una explicación satisfactoria.

Afuera, la obscuridad era completa, salvo por las estrellas que iluminaban débilmente la vegetación. Estaba considerando aún el problema de la pareja aparentemente amotinada, intentando descubrir una razón que pudiera hacerles desobedecer las órdenes de regresar, cuando llamaron a la puerta y entró Wilson.

La expresión que traía me hizo sentar rápidamente. Tenía cara de haberle estrechado la mano a un fantasma sin darse cuenta.

–¿Qué te pasa? –pregunté–. ¿Estás enfermo, o algo así? En ese caso, no me vayas a vomitar encima.

–No sé lo que me pasa –se sentó en el borde de la mesa y trató de componerse, pero no tuvo mucho éxito–. Iba a ver a McNulty. Pera primero quiero comprobarlo contigo y asegurarme de que no estoy chiflado.

–¿Comprobar? ¿Qué?

–Esto –me tiró tres fotografías.

Les eché una mirada superficial y vi que eran las tomadas desde la pinaza. Considerando las circunstancias en que las había hecho, parecían haber salido muy bien. Debió disparar con un milésimo de segundo o menos y el diafragma más abierto que la boca de un gupi de Venus. No estaban movidas, a pesar de la velocidad de la pinaza. Nítidas y claras como si las hubiera tomado desde un punto inmóvil.

–Buen trabajo –le dije–. Sabes manejar una cámara.

Me miró con cierta incredulidad y luego aconsejó:

–Míralas mejor. A ver si ves la cremallera de los pantalones de Ambrose.

Obedecí y miré otra vez. Entonces salí del camastro, encendí la potente luz de mi mesa y volvía mirar. Se me retorcieron las tripas. Un carámbano largo y fino reemplazó a mi médula espinal.

No había ningún Ambrose.

No había ningún McFarlane.

Exactamente en el sitio donde los habíamos visto, junto al bote, había dos objetos repulsivos que parecían masas enredadas de cuerda gruesa, negra y grasosa.

–¿Y bien? –preguntó Wilson, observándome.

Le puse las fotos en la mano.

–Será mejor que las lleves a la cabina de proa a toda máquina. Yo voy a preparar las armas y equipo. ¡Harán falta pronto!

La alarma general sonó diez minutos después. La estaba esperando y corrí hacia la proa. Nos reunimos en la cabina principal, silenciosos y llenos de presentimientos. Entró McNulty seguido por Jay Score.

–Hemos establecido contacto con la más alta forma de vida de este planeta hace algunas horas –dijo McNulty con un dejo de amargura– pero no nos dimos cuenta hasta ahora. Son hostiles y nos han ganado una ventaja. Las primeras bajas son nuestras. Hemos perdido cuatro hombres.

–¿Cuatro? –exclamé sin querer.

Sus ojos se fijaron un momento en mí y volvieron a los demás.

–Permití salir a doce. Han regresado sólo diez. Jepson y Pointer no respondieron a la sirena de llamada. Tampoco Ambrose ni McFarlane hicieron caso de mis órdenes de volver. No tengo otra opción que considerar a los cuatro como bajas probables –su tono se endureció– ¡No debemos tener más!

Los hombres se movieron, inquietos. A mi lado, Kli Yang nos susurró a Brennand y a mí:

–Está contando las piezas sin detallar las movidas. ¿Cómo puede uno analizar la línea de juego sin suficientes...?

Se calló cuando continuó McNulty.

–No comprendemos del todo la naturaleza de nuestros oponentes, pero resulta evidente que poseen poderes mesméricos nada despreciables. Sin duda los han usado para inducir a Ambrose a abandonar el bote, haciéndole creer que McFarlane lo llamaba. Eso les dará alguna idea de con qué nos enfrentamos.

Brennand, que no se había enterado de la mitad de lo que ocurría, preguntó:

–¿Qué quiere decir poderes mesméricos, capitán?

–En su sentido más exacto, es algo que aún tenemos que descubrir –respondió McNulty, haciendo que sonara ominoso–. Lo que sabemos es que pueden engañarte haciéndote ver lo que quieren que veas. ¡Y más aún, tal vez! Nos enfrentamos con un arma mental de potencia considerable, y tenemos que ser cautelosos.

–¿Eso se aplica también a Jay? –preguntó Brennand–. ¿Lo pueden engañar a él?

Era una buena pregunta. Esos ojos brillantes no funcionaban orgánicamente como los nuestros. Sus nervios ópticos eran delgadas venas de plata y su cerebro electrónicamente único. No habían engañado a la cámara de Wilson, y por las mismas razones, no entendía cómo podrían hacerlo con Jay.

Pero Jay apenas sonrió y dijo:

–Aún tengo que pasar la prueba.

–Eso también se aplica a los marcianos –intervino Kli Yang con irritante superioridad; hizo que sus ojos de plato miraran en dos direcciones a la vez, dándome escalofríos–. Porque, como bien se sabe, la mente marciana...

–No es momento de discutir los méritos respectivos de formas diferentes –le interrumpió McNulty secamente–. Vamos a actuar para determinar lo ocurrido con los desaparecidos y rescatarlos, si aún están con vida. El *Marathon* permanecerá

aquí mientras una partida al mando de Jay Score busca a Jepson y Pointer. Al mismo tiempo, diez hombres y un marciano llevarán la pinaza a donde está el bote, quemarán un espacio suficiente para aterrizar cerca de allí y buscarán a Ambrose y McFarlane. Quiero voluntarios para ambos grupos.

Diez hombres y un marciano sobrecargarían la pinaza. Pero el bote no estaba lejos, y era la manera más rápida de llevar una partida de rescate, cuanto más numerosa mejor. Supuse que habían incluido al marciano a pesar de su mayor peso porque McNulty tenía la esperanza de que hubiera algún fundamento en la afirmación de Kli Yang, de que veía mejor cuando más bizqueaba. Por un motivo similar se ponía a Jay Score al frente del grupo del *Marathon*: que tuvieran un jefe al que no se podía engañar.

Yo me ofrecí para ir con la pinaza. Lo mismo hicieron Bannister, Brennand, Kli Yang, Molders, Wilson, Kelly, y varios otros. Después de enviar a los demás de vuelta a sus puestos hasta que estuviera preparada su salida, McNulty se ocupó de nosotros.

–Seis hombres y un marciano realizarán la búsqueda –ordenó–. Se mantendrán siempre juntos y no permitirán que nadie se separe ni siquiera un momento. Los cuatro restantes permanecerán en la pinaza y no la abandonarán en circunstancia alguna –nos miró duramente y añadió con firmeza–: Quiero que esto se entienda a la perfección: Los cuatro de la navecilla no saldrán, ni aunque la partida vuelva y les pida de rodillas que bajen, porque para entonces la partida de búsqueda puede no ser lo que parece.

–Supongamos que nos ruegan que salgamos –apuntó el tatuado Kelly; observé que balanceaba una tremenda llave inglesa en una mano.

McNulty, vio la herramienta al mismo tiempo y dijo con acidez:

–Puede dejar ese objeto. Un rayo-aguja será más útil –arrugó la nariz con desdén y continuó–: Estará bien, por supuesto, si no tratan de tentarlos a que salgan. Entonces no hay problema.

–¿Así que los dejamos entrar? –señaló Kelly.

¡Ah! La cara del capitán era digna de verse. Abrió la boca, la cerró, se puso rosa, luego roja. Miró a Jay Score, haciendo ademanes sin coordinación.

–Hay que estudiar eso, Jay. Si el grupo ha estado alejado un rato, ¿cómo van a saber los de la pinaza si pueden recibirlos a bordo?

Jay lo pensó.

–La solución más sencilla es usar contraseñas, una distinta para cada hombre. El que no pueda o no quiera darla recibe una descarga inmediata. Será duro para los de mala memoria, pero no podemos correr riesgos.

Al capitán no le gustó mucho la idea y a nosotros tampoco. Algo más positivo, más seguro, habría sido mejor. Si esas criaturas nos podían engañar visualmente, era remotamente posible que también pudieran hacerles pasar gato por liebre a nuestros oídos, haciéndoles creer que decían las palabras apropiadas. Tuve la desagradable

sensación de que serían capaces de persuadimos para que redactáramos testamento a su favor, convencidos de que eran nuestros herederos naturales.

Sin embargo, ninguno pudo pensar en nada mejor en ese momento. Los análisis de sangre habrían sido una solución ideal, pero no se puede tomar muestras y analizarlas cuando los sujetos pueden estar tratando de subir a bordo con un ejército persiguiéndolos. ¡Un hombre podía morir de mala manera mientras nosotros intentábamos probar sin lugar a dudas que era un hombre!

Dejamos a McNulty para que llamara y diera instrucciones al grupo del *Marathon* y nos fuimos a aligerar a la pinaza de todo peso superfluo para reemplazarlo con cosas que podrían ser más necesarias. Por ser una especie de salvavidas de tamaño triple, la pinaza llevaba, normalmente, cosas que no harían falta en un viaje corto, como una tonelada de raciones de emergencia, agua para dos meses, botellas de oxigeno, trajes espaciales, una brújula cósmica, radio de largo alcance, etcétera. Sacamos todo eso e instalamos un pom-pom y municiones, un proyector de gas, un cajón de bombas y otros obsequios poco amistosos para los nativos.

Me tambaleaba cerca de la compuerta de babor bajo el peso de un par de cintas de municiones para el pom-pom cuando noté que uno de los mecánicos estaba abriéndola. El otro mecánico estaba apoyado en la pared, escarbándose los dientes y mirando con cara de dormido como la puerta se iba abriendo. Los dos tenían pinta de estibadores a punto de vigilar la carga de veinte sacos de vainas de los pantanos de Venus.

No suelo meterme en los asuntos de los demás, pues es la única manera de vivir cuando se está encerrado con otros en una botella y hay que andarse con cuidado para no pisarle el cogote a alguien. Tal vez los últimos acontecimientos me hablan puesto receloso, porque en esta ocasión me paré en seco.

–¿Quién os ordenó abrir?

–Nadie –informó el del palillo–. Pointer ha vuelto y quiere entrar.

–¿Cómo lo sabéis?

–Porque lo vemos ahí fuera –me dirigió una mirada que decía “y qué diantre tienes que ver en esto” y añadió–: Golpeó a la puerta. Tal vez le pasa algo a Jepson y viene a buscar ayuda.

–Quizá sí –dije, tirando las municiones y aferrando mi arma–, y quizá no.

La puerta llegó al final del tornillo mientras él me miraba boquiabierto, como si me hubiera vuelto majareta. La puerta se ladeó, revelando un gran agujero obscuro. Pointer trepó por el hueco como si vinieran tras él mil demonios y empezó a avanzar.

–¡Quédate donde estás! –dije en voz bien alta.

No hizo el menor caso. Tampoco contestó. Me conocía lo bastante para haber dicho: “¿Qué diablos te pasa, sargento?” o algo así, y si lo hubiera hecho se habría librado. Pero no pronunció una sola palabra.

Lo observé durante una fracción de segundo, incapaz de creer a mis propios ojos, porque yo veía que era Pointer, desde los clavos de las botas hasta el remolino de su pelo negro. Era perfecto en todos los detalles, incluida la ropa. Tan perfecto que me entró un miedo horrible de cometer un asesinato a sangre fría.

Le disparé. El rayo lo alcanzó en medio de las tripas antes de que hubiera avanzado un metro.

Lo que pasó entonces me puso los pelos de punta y descompuso a los dos espectadores. Algo hizo clic en mi cabeza; la visión de Pointer desapareció de repente. En su lugar había una masa de cuerda negra que se retorcía violentamente e intentaba hacerse un millón de nudos. Del enredo salían cabos y lazadas vibrantes. No se veían ojos, nariz, orejas ni otros órganos reconocibles; nada más que una bola grasienta, como una docena de pitones liadas en un montón agonizante. Rodó hacia atrás y cayó justo cuando mi rayo le daba de nuevo.

–¡Rápido! –grité, con el sudor corriéndome por la espalda–. ¡Cerrad la puerta!

Lo hicieron despacio, como en un sueño. Me quedé hasta que se completó el cierre. Quedó un olor desagradable en la compuerta, que me recordó la vez en que unos gupis asaron una cabra sin quitarle el pellejo.

Pasó Jay Score cuando yo estaba recogiendo las cintas de municiones. Probó el aire, miró a los mecánicos semi-conscientes y supo, sin que se lo dijera, que había habido jaleo.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó.

–Volvió Pointer –le informé–. Pero no era Pointer.

–¿Le dejaste entrar?

–Sí, y era Pointer, sin discusión. Lo conozco mejor que a mi propia madre.

–¿Y entonces?

–No quiso hablar. No contestó. Así que me arriesgué –al pensarlo, sentí correr otra gota de sudor entre mis omóplatos–. Le disparé y se convirtió en una cosa de pesadilla.

–¡Humm! Lástima que no estuviera yo; habría sido una oportunidad de averiguar si veo lo mismo que tú –meditó un momento y continuó–: Por lo visto, son incapaces de hablar y de convencernos de que hablan. Eso simplifica la cuestión. Debería ponernos las casas más fáciles.

–Eran más fáciles en la ruta de Venus –observé con descarada nostalgia.

No me hizo caso y prosiguió:

–También sabemos que tienen a Pointer y probablemente también a Jepson, de otro modo no habrían podido presentar una imagen tan verosímil de uno de ellos –se volvió a la pareja de la compuerta–. No abráis otra vez esa puerta sin permiso del capitán. ¡Es una orden!

Asintieron sombríamente. Jay siguió su camino y yo el mío. La pinaza quedó preparada antes de una hora. Subimos, apretados. Kli Yang llevaba su casco con hombreras vaciado a tres libras de presión, y tenía los gomosos tentáculos extendidos sobre media docena de regazos. Uno de sus extremos descansaba en mis rodillas, presentando una ventosa del tamaño de un platillo. Me entraron unas ganas locas de escupir encima, sólo porque era seguro que le molestada.

La pinaza se alejó en la obscuridad; Bannister pilotaba. A pesar de la negrura de la noche, no era difícil seguir un curso directo hacia el salvavidas. Teníamos un reflector potente en la proa y toda una serie de instrumentos para volar a ciegas. Lo que más ayudaba era que los generadores del bote seguían funcionando y el canal de radio continuaba abierto; no hacia falta sino sintonizar el ruido y seguirlo hasta su origen.

Al poco rato pasamos sobre el campamento; nuestro reflector hizo relucir el salvavidas como un cilindro de plata. Apenas pudimos echar una ojeada a la colección de chozas piramidales, pero me pareció divisar unas cosas obscuras e informes que se movían. No estaba seguro, sin embargo.

Bannister soltó una ristra de bombas diminutas justo a las afueras del campamento. Cayeron en línea recta a lo largo de unos cuatrocientos metros y estallaron en llamas furiosas. Nosotros continuamos, dando tiempo a que se apagara el incendio; luego describimos un círculo amplio que nos llevó sobre unas colinas y, de vuelta, sobre el lago. Finalmente, sobrevolamos las chozas a quince metros, haciendo temblar todos los tejados, y aterrizamos en las cenizas dejadas por las bombas.

Se eligieron cuatro que se quedarían en la navecilla y la defenderían de cualquiera que se acercase, lo que incluía a quienes iban a salir, si resultaban olvidadizos. Los de dentro apuntaron cuidadosamente las contraseñas. La mía era nanifani, que es una grosería en Venus. Como buen marinero espacial, nada intelectual, aprendo primero las malas palabras y son las que recuerdo más tiempo. Pero no habla pensado que llegaría el día en que la vulgaridad fuese un factor de supervivencia.

Terminados los preliminares, comprobamos las armas y nos llevamos una bomba de bolsillo cada uno. Brennand abrió la compuerta y salió, seguido por Molders, Kelly, yo, Kli Yang, y Wilson, en ese orden. Me acuerdo que vi la bailarina tatuada en el brazo de Kelly cuando él saltó al suelo. Se había separado de su inevitable llave inglesa y tenia un rayo-aguja en la mano, para variar. Después salté yo, y el ansioso de Kli Yang se me echó encima, arrollándome en una masa de tentáculos. Conseguí salir e hice algunas agudas observaciones sobre la facilidad del Planeta Rojo para producir imbéciles.

La obscuridad era tenebrosa. Apenas se distinguían las formas esqueléticas de los árboles y matas que no había alcanzado el fuego. Llevábamos reflectores manuales potentes, pero no los usamos por miedo de que nos convirtieran en diana de armas desconocidas. Cuando te enfrentas con un enemigo extraño tienes que emplear un mínimo de cautela, aunque signifique tantear como un ciego.

Pero sabíamos donde estaba el campamento en relación con la pinaza, y lo único que debíamos hacer era seguir las cenizas hasta su comienza. El lugar más lógico

para buscar a Ambrose y McFarlane –o sus cadáveres– era entre las chozas, y hacia ellas nos dirigimos, en silencio y recelosos, en fila india.

Los problemas empezaron al final de las cenizas, a unos veinte saltos del campamento. Estábamos frente a un macizo de árboles y arbustos que se habían salvado de la primera bomba, y más allá, apenas perceptible a la luz de las estrellas, se encontraba el primer círculo de chozas. No creo que hubiéramos reconocido esas formas de no haber estado buscándolas; además, nuestros ojos se iban habituando a la obscuridad.

Brennand se metió con cautela entre los primeros árboles, seguido por Molders a un par de metros. En el momento siguiente se oyó un *¡Zonk!* y una exclamación sorprendida de Molders. El sueco se paró un segundo o dos, buscando con la vista a Brennand, que parecía haberse hecho humo. Entonces dio unos pasos adelante, escrutando las sombras, y oímos otro *¡zonk!*

El tercero en la fila era Kelly, que se detuvo y susurró roncamente:

–Caramba, hay algo indecente par aquí. Voy a encender una luz.

Nos agrupamos a su alrededor mientras apuntaba su reflector hacia adelante. La brillante iluminación mostró a Brennand y Molders tirados en el suelo, como niños durmiendo en el heno. No había ningún indicio de qué los habla golpeado, ninguna señal de vida extraterrestre, ni un sonido en la obscuridad. Era como si hubiesen decidido caerse muertos. De repente Molders se sentó, palpándose el coco con cara de idiota. Brennand se contrajo un par de veces y produjo un barboteo.

–¡Me dieron un porrazo! –se quejó Molders, pestañeando; se enderezó, miró alrededor, le entró una furia súbita y exclamó–: ¡Creo que fue ese maldito árbol!

Al decirlo, disparó contra una planta de un metro y medio que había a su lado. Pensé que se habla vuelto loco. Al momento siguiente me pregunté si el chiflado era yo.

El árbol era un objeto indefinido de hojas largas, delgadas y brillantes; sin lugar a dudas, vegetal auténtico. El rayo de Molders le dio de lleno en el tronco y le cosa desapareció como un sueño. En su lugar quedó una de esas horribles balas de nudos que había visto antes.

Justamente detrás del colérico Molders había otra planta similar. A pesar de la intensidad de mi concentración en lo que estaba sucediendo, por el rabillo del ojo vi moverse ese objeto, como si fuera a hacer algo. No creo haber sacado un arma tan rápidamente en mi vida. Estaba disparando antes de decir amén, y ese árbol también se volvió una esfera negra y grasienta de cuerdas que se retorcían como locas.

Molders y yo seguimos disparando. Esas masas de vida exótica tenían dos características que me ponían la carne de gallina. Primero, recibían los rayos en silencio total, sin un quejido. Segundo, yo cortaba cabos y nudos sobresalientes y el cuerpo principal seguía retorciéndose como si ignorara su pérdida, mientras los trozos cortados saltaban por ahí con macabra vida independiente.

Bien; los dividimos en unos cientos de trozos que continuaron moviéndose como partes de un negro gusano gigante. Nadie vino a interrumpirnos; los otros árboles permanecieron impasibles e inmóviles. A lo mejor eran árboles de verdad. De eso nunca estaré seguro.

Cuando terminamos, Brennand estaba de pie, acariciándose un chichón en el cráneo. No tenía muy buen ánimo y tendía a considerar la situación con amargura.

Mirando con mala cara a Kli Yang, le dijo:

–Tú viste esas cosas. ¿Qué te parecieron?

–Lamento decir que parecían árboles –admitió Kli Yang, resentido porque le hubieran engañado igual que a los simples terrestres.

–Demuestra la superioridad funcional de los ojos pedunculares, ¿verdad? –comentó ácidamente Brennand; se palpó de nuevo la cabeza, apartó de una patada un trozo de cuerda semoviente–. ¡Vamos!

No sé por qué, pero echamos a correr, llegamos a la primera choza y entramos todos juntos. Era más grande de lo que parecía desde el aire, unas tres veces mayor que una habitación normal en la Tierra. No tenía subdivisiones, pero estaba amueblada según las ideas estrambóticas de alguien.

Las paredes y el techo eran de juncos tejidos en dibujos complicados, tan apretados que no dejarían pasar el viento ni la lluvia, y todo montado sobre un armazón de palos resistentes, parecidos al bambú. El suelo estaba enteramente cubierto de una gruesa estera trenzado con un motivo de arabescos repetidos. A un lado bahía tres mesas circulares de treinta centímetros de alto y ciento veinte de diámetro.

Las llamo mesas, pero igual podían haber sido sillas o camas.

Varios utensilios peculiares colgaban de los maderos del techo, algunos de madera tallada, otros de metal opaco, color plomo. La mayoría tenían unos pitoches curvos con un agujerito del tamaño de un alfiler. Se me ocurrió que la criatura que usara esas cosas chuparía de ellas con una boca del tamaño de un botón de chaleco.

Lo que llamó la atención de todos cuando Brennand lo enfocó con el reflector fue un instrumento adosado a la pared opuesta a la puerta. Tenía una cara circular marcada con cuarenta y dos puntos alrededor del borde. Sobre este disco montaba otro, con un punto en el borde, que se movía con lentitud, alineando gradualmente su marca con una del círculo exterior. Evidentemente, era un tipo de reloj, aunque no oíamos ningún tictac ni ningún otro sonido. Sin embargo, sirvió para demostrar una cosa; nuestros enemigos eran algo más que meros salvajes, cosas que poseían cierta ingeniosidad cerebral y destreza manual.

Nadie ocupaba esa cabaña. Estaba vacía, mientras su entraño reloj media silenciosamente horas extrañas sobre la pared. La luz recorrió todo el lugar, sin olvidar un rincón; estaba desierto. En ese momento habría jurado por lo más sagrado que la choza estaba vacía, completamente desocupada, aunque noté un leve olor a cabra, que atribuí a la atmósfera o a los efluvios de los últimos ocupantes.

La choza número dos resultó igual. Desocupada. Contenía más cosas con una distribución diferente y cinco de las mesas o camas circulares. También dos relojes. Pero ningún habitante. Le dimos un concienzudo repaso con seis pares de ojos, incluyendo los giratorios de Kli Yang, y no vimos bicho viviente.

Tras completar la búsqueda en el círculo exterior con el examen de la choza número treinta, pareció cierto que los ocupantes del campamento debían haber escapado al monte en la primera pasada de la pinaza, dejando un par de vigilantes para probar nuestras fuerzas. Bien, les habíamos enseñado un par de cosas.

Igualmente, no me sentía muy feliz dando ese paseo sin oposición por un pueblo ajeno. Unas criaturas capaces de fabricar utensilios de metal y relojes deberían poder construir armas bastante más formidables que los arcos y las flechas, y eso significaba que tal vez nos faltaba probar todavía lo que tenían que ofrecer.

¿Por qué esa demora en patearnos el trasero? Pensándolo bien, me di cuenta de que se podía caer al azar en muchísimos pueblos terrestres donde no había ni un soldado ni un arma. Cuando se necesitan tropas se las llama por teléfono o por radio. Tal vez habíamos topado con un grupo de palurdos que habían corrido a buscar ayuda a otro sitio. En ese caso, la juerga no había empezado todavía.

Estaba equivocado. Nos estaban tomando el pelo sin que lo supiéramos.

Al salir de la choza treinta, Brennand dijo:

–Me parece que estamos perdiendo el tiempo.

–Me quitaste las palabras de la boca –apoyó Wilson.

–Lo mismo pensaba yo –añadió Molders.

–Y yo –se sumó Kelly.

Yo no intervine. No era necesario, los otros expresaban mis sentimientos. Salí de la choza a la obscuridad, convencido de la inutilidad de la búsqueda, de que sería mejor volver a la pinaza y llevársela.

–¿Y el salvavidas? –preguntó Kli Yang.

–Que se quede ahí –dijo Brennand, indiferente.

–Bueno, ¿y Ambrose y McFarlane? –insistió el marciano, mirando a los dos a la vez.

–Dos agujas en un pajar de tamaño planetario –declaró Brennand–. Podríamos buscarlos hasta que nos creciera un metro de barba blanca. Volvamos.

–¿Qué le diremos a McNulty? –machacó Kli Yang.

–Que no pudimos encontrarlos porque no están aquí.

–Eso no lo sabemos.

–¡Yo lo sé! –afirmó Brennand, peculiarmente seguro.

–¿De veras? –hubo una pausa mientras Kli Yang lo meditaba; luego preguntó a los otros–. ¿Sois de la misma opinión?

Todos asentimos. Sí, yo también, como el bobo que soy.

–Es raro –observó Kli, lentamente y con énfasis–. ¡Yo no!

–¿Y qué?–dijo Kelly, áspero.

Kli Yang se volvió hacia él.

–Mi mente es distinta de las vuestras. Pueden engañar a mis ojos, pero no a otra cosa.

–¿Qué cosa?

–La parte no visual de mi mente.

–A ver, ¿qué estás tratando de decir? –intervino Brennand.

Con el rayo-aguja preparado en la punta de un tentáculo y un reflector en otro, Kli miró alrededor con recelo y dijo:

–Vinimos exclusivamente a buscar a Ambrose y McFarlane, si se los puede encontrar. Ahora, de repente, decís que al diablo con ello. Todos unánimes –sus ojos intentaron escudriñar de nuevo la noche–. Notable coincidencia, ¿no os parece? Pienso que el deseo de abandonar la búsqueda os lo están imponiendo. ¡Y eso significa que hay alguien aquí!

¡Muchacho, vaya sacudida que me dio! Durante unos segundos mi mente fue un confuso torbellino que trataba de manejar dos conceptos violentamente opuestos. No alcanzaba a ver con claridad las caras de los demás, pero Wilson estaba bastante cerca para darme la imagen de un hombre en un enredo mental.

Era inútil seguir buscando; lo sabía con tanta certeza como que calzaba botas. Nos estaban persuadiendo de que era inútil seguir buscando; lo sabía también, con igual seguridad.

Entonces se produjo una especie de chasquido en mi cerebro, cuando la realidad triunfó sobre la fantasía. Debe haberle ocurrido lo mismo a los demás en ese preciso momento, parque Molders soltó un resoplido de disgusto consigo mismo, Kelly pronunció una sonora maldición y Brennand habló con tono irritado.

–¡Vamos a registrar todas las chozas, una por una!

Sin más dilación, empezamos con el círculo siguiente. Habría sido mucho más rápido si cada uno se hubiera ocupado de uno choza, inspeccionando seis a la vez, pero teníamos órdenes estrictas de mantenernos juntos y empezábamos a aprender a usar la cabeza. En un par de ocasiones me encontré a punto de sugerir que aceleráramos la tarea dividiéndonos, pero me tragué las palabras, pensando que la idea podía no ser mía. Mientras pudiera evitarlo, no iba a recibir órdenes de las monstruosidades que acechaban en las sombras.

Llegamos a la doceava choza de este círculo interior y Brennand entró primero, alumbrando con su reflector. Ya estábamos condicionados a esperar que no hubiera nadie, pero dispuestos por si estábamos equivocados. Yo me había quedado último, no sé cómo. Iba a seguir a Wilson al interior cuando, desde la obscuridad a mi derecha, vino un sonido débil. Me paré en la puerta y dirigí la luz hacia ese lado.

Reveló a Ambrose en la puerta de la tercera choza, contando desde donde nos encontrábamos. Saludó con la mano, aunque debía ser imposible para él ver quien alumbraba. No parecía nada maltrecho y tenía la pose de haberse casado con la hija de un jefe y haber decidido volverse salvaje.

Por supuesto, di un grito y llamé a los de dentro:

–Uno de ellos está aquí fuera.

Salieron y miraron lo que mostraba mi reflector.

–¡Hola, Ammy! –dijo Brennand.

–¡Hola! –dijo claramente Ambrose; se dio la vuelta y entró en su choza.

Ni que decir tiene que fuimos hacia allá a toda máquina, preguntándonos si Ambrose estaría ocupadísimo con McFarlane enfermo o mal herido. Eso parecía, por la manera en que se había metido dentro en lugar de venir a nuestra encuentro. Yo estaba tan seguro de encontrar a McFarlane tendido en el suelo que instintivamente busqué mi botiquín. Llegamos a la choza y entramos. Nuestros seis reflectores inundaron de lugar de luz.

Y no habla nadie.

¡Nadie!

Las paredes eran firmes y apretadas, sin otra salida. La luz de Brennand había estado enfocada todo el tiempo hacia la única puerta. Examinamos a fondo el interior, llamando a voces a Ambrose, y no encontramos sitio para que se escondiera ni una rata.

Nos sentíamos derrotados y de bastante mal humor cuando a Molders se le ocurrió la idea genial.

–¿Por qué nos atrajeron a esta choza? Respuesta: ¡para que no buscáramos en las dos últimas!

–¡Campanas del Averno! –exclamó Brennand, sobresaltado; dio un salto hasta la puerta–. Al diablo las órdenes; nos dividiremos en dos grupos y registraremos las dos a la vez.

Molders, Kelly y yo nos lanzamos, llenos de esperanzas, a la choza número trece. Vacía. Amueblada más o menos como las otras, pero desocupada. Mis dos acompañantes no perdieron tiempo. Convencidos de que allí no era, salieron a reunirse con el grupo de Brennand, y yo iba a hacer lo mismo cuando oí, o creí oír, un ruido ahogado a mis espaldas.

Me volví en el umbral, alumbré el interior y no vi nada que pudiera haber causado el ruido. Pero en ese momento lo oí de nuevo, seguido por una serie de golpes sordos, como si aporrearan algo en la gruesa estera de hierba.

Más ilusiones, pensé. Aunque normalmente eran silenciosos, sabia que por lo menos unos cuantos de los alienígenas más talentosos podían hacernos oír cosas. Habría jurado que Ambrose dijo "Hola", contestando el saludo de Brennand. Entonces se me ocurrió que debía haber cosas de esas lo suficientemente listas para imitar el lenguaje humano, porque alguien había imitado a McNulty en la radio, y eso no había sido ilusión, sino una voz real.

–¿Quién hay ahí? –dije como un idiota, preparado a disparar contra cualquier parte de la choza que me hiciera eco repitiendo *¿Quién hay ahí?*; no oí ninguna voz, pero los ruidos aumentaron.

Mi mente discutía consigo misma.

"Te has dejado separar de los otros, aunque sea por unos metros. Están todos en la choza de al lado, incapaces de ver lo que te sucede, y algo quiere que vayas a ese rincón a que te den un mamporro."

La curiosidad me tironeaba hacia un lado, la prudencia a otro, y justamente entonces Kelly volvió a ver qué me retenía. Eso resolvió el dilema.

–Medio segundo –le dije–. Quédate ahí y cúbreme. Aquí hay algo raro.

Entré, con el reflector en una mano y el arma en la otra, y seguí la pista de los ruidos hasta el rincón del fondo a la izquierda. Aumentaban de volumen al acercarme, como diciéndome caliente, caliente, en ese juego de la gallina ciega. Ya los oía casi tan claros coma la sirena del *Marathon*. Sintiéndome más que tonto ante la mirada de Kelly, puse la luz en el suelo, me arrodillé, tanteé y puse la mano sobre una bota.

Un instante después Kelly soltó una palabra extremadamente indecente y disparó su rayo a unos siete centímetros de mi nuca. El calor me chamuscó los pelos. Algo se movió violentamente muy cerca de mí, sonó el choque de un par de cacharros de metal arrojados por la habitación. Y un trozo de diez centímetros de cuerda saltarina se movió frente a mis rodillas. En el mismo instante apareció Ambrose bajo mi mano extendida.

Parecía haber surgido de la pura nada, como por arte de un súper mago. Yo estaba palpando espacio vacío, buscando el origen de los ruidos, cuando toqué una bota invisible y el rayo de Kelly pasó rozándome el cogote y algo enloqueció de pronto a mis espaldas y allí estaba Ambrose, tendido de espaldas, atado y amordazado. Mi liada mente se negaba a aceptar la evidencia de mis ojos, así que le arranqué la mordaza, le apunté con mi rayo y dije:

–Puede que seas Ambrose y puede que no. De modo que no repitas mis palabras. Escoge otras y suéltalas pronto.

¡Escogido era el chico! Lo que dijo me hizo temblar las orejas y dejó a Kelly mudo de admiración. Fue un parlamento rápido, fluido y pronunciado con considerable pasión. Por lo común era un individuo callado, y nadie habría pensado que tenía esa

capacidad para enriquecer el vocabulario del insulto. Una cosa quedó demostrada palpablemente: ninguna criatura nacida en ese loco Mundo podría haber dado un espectáculo como ese.

Seguí cortando sus ligaduras, que estaban hechas con un tipo de fibra vegetal tejida, muy resistente, mientras él continuaba enunciando vitriólicas consideraciones y usando palabras que antes había pasado por alto. Trozos de cable grasiento ondulaban sin dirección fija. Ya eran cinco las caras de espectadores en la puerta, pues los otros se habían reunido a Kelly.

Ambrose se desembarazó de los últimos pedazos de sus ataduras, se levantó, se palpó todo entero y preguntó:

–¿Habéis encontrado a McFarlane?

–Todavía no –replicó Wilson.

–Diez a uno que está en el iglú de al lado –dijo Ambrose.

–Pierdes la apuesta –informó Wilson–. Acabamos de registrar y no está ahí.

–¿Cómo registrasteis? –les pregunté–. ¿Recorristeis todo el suelo con la nariz?

–¿Y por qué habíamos de hacerlo? –replicó Wilson, mirándome como a un deficiente mental.

–Sería una buena idea –intervino Kelly, levantando el arma y humedeciéndose los labios.

–Mirad –les dije–. Veis lo que os dicen que veáis, y si os dicen que no veáis nada de nada...

–Escuchad –dijo Ambrose–. Estos montones de culebras podrían convenceros de que abrazaseis la almohada en vuestra Luna de miel. Echémosle un buen vistazo a esa choza.

Volvimos a la número catorce. Seis luces la iluminaron de pared a pared, del suelo al techo. Desocupada. Vacía. ¡Maldición, se veía que no había nadie!

Ambrose, desde el centro de la habitación, llamó:

–Mac, ¿puedes hacer ruido, cualquier clase de ruido?

Ninguna respuesta.

Parecía cosa de locos verle ahí gritando a alguien menos visible que un fantasma. Traté de imaginar a McFarlane tendido en el suelo, luchando con sus ligaduras para crear una respuesta audible, mientras permanecía perfectamente oculto a nuestros nervios ópticos alterados.

Entonces se me ocurrió una idea, como si fuese la verdadera chispa del genio. ¡El lugar, con las seis luces, quedaba demasiado iluminado!

–¡Eh! –dije–. Apuntemos todos los reflectores en la misma dirección.

–¿Para qué? –preguntó Molders.

–Porque –informé, disfrutando de su aplastamiento a base de ciencia aplicada estamos eliminando sombras, y si aquí hay alguien debería producir una sombra.

–Sí, tienes razón –admitió Wilson, admirando abiertamente mi C.I.–. Así debería ser.

Ambrose hizo un ademán de impaciencia y me desmoralizó para los restos.

–Una pérdida de tiempo. Estás tan ciego a las sombras como a lo que las proyecta. Cuando te hacen pasar por tonto lo hacen a conciencia.

–¡Uf! –gruñó Brennand, que no parecía muy feliz; se acarició el chichón de le cabeza.

–De acuerdo, Mac –declamó Ambrose, dirigiéndose de nuevo a la habitación–, si no puedes hacer ruido, tal vez puedas rodar. Me quedaré aquí. Trata de llegar a mis piernas –hizo una pausa, mirándose las botas; el tiempo parecía suspendido, se dio por vencido, miró a su alrededor, encontró mi mirada inquisitiva–. Voy a palpar el suelo siguiendo la pared de este lado. Tú haz lo misma del otro. Los demás, recorred el espacio central. Si pateáis o golpeáis algo, agarradlo.

Nos pusimos a gatas y comenzamos a avanzar junto a las paredes, explorando con una mano por delante. Habiendo encontrado a Ambrose de manera similar, la experiencia no era tan extraña para mí como para los demás. Con todo, me ponía un poco nervioso. Hay algo inquietante en no estar verdaderamente ciego y, sin embargo, saber que no puedes contar con tus ojos. Hablo del efecto, claro está, no de la causa. A nuestros ojos no les pasaba nada, ni estructural ni funcionalmente; la dificultad estaba más allá, donde nos imponían una falsa visión que nuestro cerebro aceptaba.

Mientras los otros hacían el imbécil en el centro, llegué a un rincón, tanteé a lo largo de la otra pared, llegué al rincón siguiente, di manotazos al aire y *¡uau!* toqué algo invisible, lo agarré y me encontré con las manos llenas de tubo de goma, frío y baboso. No podía soltarlo. Estaba paralizado y no podía desasirme. Hice un poderoso esfuerzo, me alcé violentamente y caí de bruces.

Kelly usó la cabeza. Tenía una leve ventaja sobre los demás por haber sido testigo de los acontecimientos en la choza de al lado. Al verme caer de nariz, dirigió su rayo dos cuartas más adelante de mi puño extendido y disparó. En medio segundo se armó la marimorena. Me encontré aferrado con una mano a un lío locamente sinuoso de cuerda negra que intentaba arrastrarme hacia la puerta, mientras Kelly le cortaba pedazos y Brennand le disparaba al medio.

Ambrose aullaba pidiendo un cuchillo para desatar a McFarlane. Kli Yang quiso retener al extraño con un tentáculo, pero no podía arriesgarse a perder una parte de si mismo a causa de un rayo-aguja. Wilson ejecutaba una danza guerrera en medio de la choza, con su arma activada al máximo; apuntó de cualquier manera y soltó una descarga que pasó a medio milímetro del gordo trasero de Kelly y a otro tanto de mi pelo e hizo un agujero del tamaño de un plato en la pared. No sé cómo consiguió esa hazaña; debió doblarse un par de veces, contraviniendo toda ley conocida.

Solté lo que tenía cogido, que me dejó una marca grisácea y maloliente en la mano. Estaba hecha trozos, que los rayos seguían dividiendo en trocitos cada vez más pequeños. Con todo, los trozos no dejaban de moverse, con los extremos húmedos y negros y unas venitas blancuzcas. Calculo que en su forma original de ovillo, la cosa tendría cerca de un metro veinte de diámetro y pesarla unos ochenta kilos.

En el rincón opuesto, McFarlane se afanaba en quitarse la cuerda vegetal con la que lo habían atado. Su expresión era agria.

En cuanto terminó de soltarse, la tomó con Ambrose.

–¿Por qué no te quedaste en el bote y pediste socorro?

–Porque se me apareció tu hermano gemelo y me hizo salir, como si hubiera algo urgente –le informó Ambrose–, y porque entonces ignoraba lo que sé ahora. Así que, lleno de indebida confianza, salté al suelo y me ataron como a una morcilla. Aprendí la lección. No lo volveré a hacer, aunque te estén arrancando las tripas junto a mi portilla de observación. Me quedaré sentado mientras agonizas.

–Gracias –dijo McFarlane–. Algún día haré lo mismo por ti –escupió sobre un trozo de culebra que intentaba enroscarse cerca de su bota–. Y bien, ¿nos vamos a quedar aquí de palique toda la noche?

–Los de la charla sois vosotros –dijo Brennand; fue a la puerta y dirigió su luz por donde hablamos venido–. Llevaremos a estos dos al bote. Despegad y volved al *Marathon* sin demora. Podéis seguir !a discusión cuando...

Se cortó; la luz tembló en su mano, luego se palpó el bolsillo y gritó:

–¡Cien de ellos! ¡Al suelo! –arrojó algo mientras yo enterraba la cara en el piso por segunda vez.

La noche se encendió brevemente, con intensa brillantez. El suelo se estremeció y el techo de la choza salió disparado hacia el cielo como uno de aquellos aviones antiguos. Uno o dos segundos después llovieron pedazos ondulantes de las estrellas, rebotaron en el suelo y comenzaron su eterno movimiento.

Aunque fueran capaces de trabajar metales y fabricar instrumentos, las criaturas de este Mundo no parecían haber desarrollado la manufactura de lo que nosotros consideramos armas. Tal vez no siguieron esa línea del progreso por haberse pasado un millón de años perfeccionando su poder de engaño. De todos modos, nuestras habilidades deben haberles parecido tan extrañas como las suyas a nosotros, y esta última demostración de poder aún mayor es probable que les quitara las ganas de pelear.

Meditaba estas cosas mientras corría en la obscuridad con los demás. Si yo tuviera la capacidad de hacer que la gente viera cosas, haría correr a un tipo delante de un imaginario elefante furioso. Pero entonces me di cuenta de que la verdadera fuerza de su poder se basaba en confundirnos con cosas familiares, y estos alienígenas no podían recurrir a muchas que nosotros consideráramos conocidas. Todo tipo de ilusiones corrientes que usaran para mantener el dominio sobre las formas inferiores de vida del planeta resultarían completamente extrañas para nosotros, y no

haríamos más que tirarles una bomba. Sí, en sus tratos con nosotros estaban muy limitados por la falta de conocimientos y experiencia sobre nuestra raza. Pero si algún día lograban una comprensión total de la Humanidad, de pies a cabeza...

Ese era el motivo, sin duda, de que hubieran raptado a Ambrose y McFarlane. Regla primera: conoce a las criaturas que pretendes controlar. Los cuatro hombres capturados debían proporcionar los datos en que basarían su esperanza de cogernos a todos. Tal vez podrían hacerlo, si les dábamos ocasión. Yo lo dudaba, siendo quien soy, pero no me sentía inclinado a subestimar al enemigo.

Habíamos pasado el campamento y debíamos estar bastante cerca del salvavidas. Entre la obscuridad y la disposición circular de las chozas, no era fácil orientarse. En cuanto a mí, me había conformado con seguir a los otros como un borrego, pero Brennand había tomado esta dirección sin vacilar y parecía saber adónde iba. Empecé a considerar la idea de que Brennand hubiera sido impetuoso y nos llevara en dirección equivocada. Nuestra marcha se hizo más lenta, titubeante, como si a los demás se les hubiera ocurrido lo mismo. El bote no debía estar tan lejos.

Entonces Brennand alumbró en círculo y descubrió la cola del bote brillando metálicamente a nuestra izquierda. Debíamos habernos desviado unos grados. Nos dirigimos hacia él.

Junto a la escalerilla, Ambrose, parpadeando por nuestras luces, dijo:

–Gracias, amigos. Volveremos directamente y os veremos allí.

Se cogió de la escalerilla con ambas manos, hizo un par de movimientos raros con las piernas, como pedaleando en una bicicleta inexistente, y cayó de nariz. Me pareció bastante tonto y sin sentido. Es el tipo de acción irracional que no conduce a ninguna parte. Entonces me di cuenta de que el bote había desaparecido como si no hubiera existido nunca y de que Ambrose había intentado trepar por una escalerilla que no estaba ahí.

Kli Yang dijo una palabra en alto marciano que no tiene equivalente terrestre, hizo un recorrido con su reflector para descubrir a las criaturas responsables de la broma. Estaba claro que había por lo menos una dentro del alcance mental, ¿pero cuál era su radio mental? ¿Diez metros o mil? En fin, no encontramos sino matas y arbolitos, u objetos con aspecto convincente de tales matas y arbolitos. No había modo de determinarlo sin pasarse horas quemando uno por uno.

–¿Tienes que caer en todas las trampas que te ponen? –comentó McFarlane con malicia, ayudando a Ambrose a levantarse.

–¡Cállate o te doy una! –saltó Ambrose, fastidiado.

–¿Tú y cuántos más? –preguntó McFarlane, preparándose rápidamente para una buena bronca.

Brennand se interpuso y gruñó:

–Vosotros, mejor que nadie, deberíais tener cabeza suficiente para saber que al pelearos podéis estar haciéndoles el juego a ellos.

–Es cierto –apoyó Molders, comprendiendo lo que quería decir–. De aquí en adelante, si a alguien le entran ganas de romperle la crisma a otro, se aguanta hasta que volvamos a la nave.

–Quizás tengas razón –admitió McFarlane–. De todos modos, tenemos otra cosa de qué preocuparnos. ¿Dónde está el bote?

–No puede estar muy lejos –opiné–. Ni cien de ellos podrían levantar ese peso y llevárselo.

–Iremos en círculo desde aquí –decidió Brennand–. Tenemos que toparnos con él –miró a un lado y a otro, inseguro sobre qué dirección tomar.

–Empecemos por la izquierda –sugirió Kelly, y añadió sus razones–: Ya estoy mirando hacia ese lado.

Fuimos por la izquierda, conservando nuestra orientación gracias a lo que divisábamos del anillo exterior de chozas cuando lo alumbrábamos con todos los reflectores. No se me ocurrió que las chozas podían ser tan ilusorias como el bote, mientras las reales pasaban inadvertidas en otra parte. Supongo que nos podrían haber persuadido de que vagáramos en círculo durante cien años. O de que camináramos en línea recta, creyendo que describíamos un círculo, hasta adentrarnos kilómetros en el monte.

Tal vez la bomba aquella había liquidado al enemigo más listo y quedaban los tontos, pues las chozas eran reales y encontramos el bote salvavidas tras andar unos cuatrocientas metros. Esta vez Ambrose palpó la escalerilla, trepó con cuidado, pasó la mano por la puerta y dio unas palmaditas en el casco.

–Bien, como iba diciendo, gracias, amigos.

Abrió y entró, seguido por McFarlane. Eso demuestra lo idiota que se puede volver el hombre más inteligente, porque los seis nos quedamos diciéndoles adiós dulcemente sin más idea en la cabeza que correr a la pinaza no bien hubieran cerrado la puerta. McFarlane la cerró, pero abrió de inmediato y nos miró con el aire de superioridad de quien, ocasionalmente, es capaz de pensar.

Con el mismo tipo de sonrisa compasiva que uno le dedica a un gupi de Venus, dijo:

–¿Supongo que nadie quiere venir con nosotros?

Brennand dio un salto y comentó lo que debía haber sido evidente:

–Caracoles, no necesitamos volver en la pinaza.

Y se lanzó hacia la escalerilla. Lo seguimos, yo anteúltimo, con Wilson detrás. Tuve que esperar un poco a que Kli Yang saliera de la pequeña compuerta, que llenaba del todo sin ayuda de nadie. Subí, oí al joven Wilson trepar con excesiva ansiedad y resbalar en los peldaños. Por ser de metal, tenían tendencia a lanzarle de cabeza si los tratabas con desdén. Vi su luz agitarse en la obscuridad y apagarse. Hizo un segundo intento mientras yo le miraba desde el mecanismo de cierre.

–Trepas como una jirafa –le dije cuando llegó arriba.

No replicó, lo que era desacostumbrado, por lo menos. Cuando me disponía a retraer la escalerilla y mover la palanca de cierre, pasó a mi lado con expresión fija, exudando un fuerte olor a baba gris.

Hay momentos en que uno debe desechar los sentimientos y escrúpulos más delicados. Así que le soltó una soberana patada en lo que deberla haber sido su barriga.

De repente me encontré con un ovillo en las manos, que tironeaba en seis sentidos a la vez e intentaba apresarme las manos con lazos, mientras enroscaba cabos sueltos en mis tobillos para hacerme caer. La energía de esa cosa podía haber hecho funcionar una dinamo durante una semana. Por la grasitud y la violencia de movimientos, no la podía sujetar. Tampoco podía sacar mi arma, estaba demasiado ocupado. Acababa de llegar a la triste conclusión de que saldría perdedor de la pelea cuando Kli Yang metió un tentáculo, cogió a mi enemigo, lo vapuleó veinte veces contra el suelo metálico y lo lanzó por la puerta aún abierta.

Sin pararme a expresar mi gratitud, cogí mi reflector, agarré bien mi rayo-aguja y bajé a paso vivo. A tres o cuatro metros, Wilson se debatía entre dos raciones de cuerda activa. Evidentemente, sus captores trataban de atender a dos cosas a la vez, como los ojos de los marcianos, sin conseguirlo del todo. Intentaban inmovilizar a Wilson y engañarnos a los demás al mismo tiempo. Wilson lo estropeó al exigir una parte más substancial de su concentración mental, y el resultado fue de lo más peculiar.

La visión de la lucha iba y venía, como proyectada intermitentemente. Los veía un par de segundos. Dejaba de verlos. Aparecían otra vez. Hice un disparo certero a una cosa negra durante una de las apariciones momentáneas y corté el lazo que había echado sobre la cara de Wilson. Entonces Kli Yang cayó por la escalera, me hizo a un lado y entró en la refriega.

Estaba especialmente bien dotado para esa situación. Sin hacer caso del jueguecito visual de visto y no visto, curvó sus grandes tentáculos alrededor de la zona de combate y levantó todo el lío aferrándolo con las ventosas. Después los separó, hinchándole a Wilson una oreja, por accidente. Con un tentáculo puso a Wilson a media altura de la escalerilla, mientas empleaba un par para machacar los ovillos contra el suelo. Siguió así bastante tiempo, cambiando de ritmo una o dos veces para demostrar que no se había vuelto rutinario. Finalmente, los alzó y los hizo chocar. Para entonces el titileo visual había cesado. Las víctimas de Kli se habían hecho decididamente democráticas, sin más deseo, de fingir que eran otra cosa. Las lanzó hacia una docena de árboles.

Hecho esto, me siguió por la escalerilla, se metió en la compuerta no bien salí y cerró la puerta. Fui a proa a decirle a Ambrose que estábamos todos a bordo y listos para despegar.

McFarlane estaba junto a Ambrose en la diminuta cabina de control hablando por radio con la pinaza.

–¿Qué estás diciendo, con que nos vais a derribar si salimos los primeros?

–Si volvéis al *Marathon* –dijo la voz de la pinaza– nosotros debemos llegar antes.

–¿Por qué?

–Porque nosotros tenemos la lista de contraseñas y hay que darlas. ¿Cómo sabemos quiénes sois?

Mirando con ceño fruncido al panel de instrumentos, McFarlane respondió:

–Sí, sí, eso está muy bien, pero miradlo del otro lado.

–¿Qué quieres decir?

–No tenéis contraseñas, tontos. ¿Cómo van a saber en el *Marathon* quiénes sois vosotros?

–No hemos salido de la nave –declaró la voz, con cierta indignación.

–¡Ja! –se burló McFarlane, gozando perversamente de la discusión–. Eso decís.

Se oyeron algunos murmullos al otro lado, y luego:

–Esos seis acordaron volver aquí. No lo han hecho. Dices que están en tu bote, pero no tenemos más que tu palabra.

–Habla con estos alcornoques, sargento –gruñó McFarlane, volviéndose hacia mí–. Diles que estás entero.

Debieron oírlo en la pinaza, porque la voz dijo rápidamente:

–¿Eres tú, sargento? ¿Cuál es tu contraseña?

–Nanifani –pronuncié con deleite.

–¿Quien más está ahí?

–Todos.

–¿Ninguna baja?

–No.

Una pausa de meditación, y después:

–De acuerdo, volvemos. Vosotros nos seguís. Aterrizad después de nosotros.

McFarlane se erizó al recibir instrucciones de un inferior.

–¡Escucha, tú no me das órdenes!

–Te las doy –contradijo el otro, impertérrito–. Porque esta nave está armada y esa no. Si intentáis alguna jugarreta voláis en pedazos. ¡Al capitán le encantaría!

Derrotado por la verdad de la última observación, McFarlane cerró la comunicación de un manotazo y se quedó mirando la noche, con rabia. Medio minuto más tarde la obscuridad fue cruzada por una línea roja al despegar la pinaza. Observamos la estela llameante disminuir a unos tres mil metros; entonces me agarré donde pude mientras Ambrose encendía los tubos y nos elevábamos.

Contrariamente a lo esperando, nuestro regreso no causó ningún pánico, mientras decidían si éramos en realidad lo que aparentábamos. No me habría sorprendido que me sometieran a una serie de ensayos para demostrar mi absoluto e indiscutible terrestrialismo. Huellas digitales, análisis de sangre y así. Pero lo habían reducido a una técnica mucho más simple y fácil. Lo único que debíamos hacer era subir a bordo y detenernos en la compuerta mientras Jay Score nos examinaba.

En el interior del *Marathon* se notaba a las claras que la nave estaba lista para partir. No nos quedábamos mucho tiempo. Me costó trabajo lavarme la baba gris de las manos; se extendía, olía y parecía eliminar la espuma del jabón.

Hice una comprobación rápida en la armería y encontré todo en orden. Si íbamos a salir pronto, estaríamos bastante ocupados durante un rato, de modo que era mi última oportunidad de conseguir información de Steve o algún otro con ganas de cotillear. Por el pasillo me encontré con Jepson y lo saludé con una risita siniestra.

–Así que sigues vivo. ¿Qué pasó?

–Me cogieron –dijo de mala gana.

–Ya. Deberías estar acostumbrado, a estas horas.

–Tendría esperanzas de acostumbrarme si sucediera de la misma forma todas las veces –comentó–. Es la variedad de métodos lo que me descorazona.

–¿Cómo fue esta vez?

–Iba par el bosque con Pointer. Estábamos separados del resto, pero no lejos de la nave. Pointer vio, o creyó ver, en el suelo algo que parecía un adorno de metal y se retrasó unos pasos al agacharse a recogerlo. Según él, cerró la mano sobre nada.

–¿Y entonces?

–Alguien le partió el coco mientras estaba agachado. Oí el golpe y me volví. Juro que lo vi de pie, sosteniendo lo que había encontrado. Así que volví para echarle un vistazo y... ¡bam!

–El mismo tratamiento que recibió él.

–Sí. Pointer dice que fue un árbol, pero no lo sé. Me desperté atado de pies y manos, con un montón de hierba en la boca. Un par de pesadillas babosas me arrastraban por el monte –hizo una mueca–. Había que verlo para creerlo.

–Las he visto –le aseguré–. Pero después que se quitaron el pijama.

–Me depositaron, se fueron y trajeron a Pointer, también atado. Entonces salieron pitando hacia el bote, supongo que a por más clientes. Quedamos ahí tirados hasta que se encendieron luces, llamearon los rayos, hubo un pequeño escándalo y la partida nos encontró. Los chicos dicen que destruyeron media docena de cosas que a ellos les parecían árboles, pero no a Jay Score. Jay dio unas vueltas y señaló los blancos.

–El viejo Ojos de Cámara, ¿eh?

–Él es así y tenemos suerte de que esté a bordo. Buenos estaríamos si tuviéramos que movernos sin más opción que acertar lo que vemos.

–Se encontrará una manera de combatirlas –le aseguré–. Me dejan seco con impuestos para mantener cabezudos en los laboratorios, y no voy a arriesgar el pescuezo por el Cosmos para nada. Así que si quieren mi bien ganada pasta, tendrán que darme un sombrero de alambres o cualquier otro artilugio que evite que vea sueños en un lugar como este.

–¡La próxima tripulación que aterrice necesitará de veras los sombreros de alambre! –opinó, y continuó su camino.

Encontré a Steve mordisqueando una galleta en su agujero y le pregunté:

–¿Qué hay? ¿Sabes algo? Tú lo sabes todo, Orejudo.

–¿No lo sabes tú? –replicó–. Por supuesto que no. No sabes nada, Sesos de Mosquito.

–Vale –me apoyé en la jamba–. Terminadas les presentaciones de cortesía, ¿qué novedades hay?

–Nos largamos en cuanto estén todos listos y McNulty haya visto sus informes.

–¿Tan pronto? No hemos estado aquí más de un día.

–¿Quieres quedarte?

–Recórcholis, no.

–Yo tampoco. Cuanto antes esté de vuelta, antes me darán un buen fajo.

–Pero no hemos averiguado mucho –objeté.

–El capitán cree que tenemos lo necesario –dijo; puso los pies encima de la consola de la radio, se acomodó y continuó–: Unos listos de la Tierra escogen un planeta por el simple expediente de cerrar los ojos y arrojar un dardo a un mapa estelar. Dicen que ahí puede haber vida superior y que vayamos a echar un vistazo. Lo único que precisamos descubrir es si el dardo hizo diana y cómo es esa vida superior. Eso ya lo sabemos, así que a casita, antes de que nos retuerzan la cabeza y nos arranquen las tripas.

–Estoy de acuerdo, con una salvedad –aclaré–, y se expresa en dos palabras, a saber: ¡nunca más!

–¡Je, je! Eso dijiste la vez pasada.

–Tal vez, pero...

La nave aulló, corté la conversación y salí a escape en busca de mi arnés; conseguí apenas salir vivo de la partida. Nunca me acostumbraré a las llegadas y salidas del *Marathon*, aunque las experimente un millar de veces. Tenía el secreto deseo de someter a Flettner a unas cuantas dosis de su propia capacidad inventiva.

Estábamos a treinta millones de kilómetros cuando Bannister asomó la cabeza en la armería y preguntó:

–¿Qué mosca le había picado a Mac cuando estaba en el bote? Sonó como si yo no tuviera derecho a hablar con él.

–No es más que una suposición, pero creo que estaba siendo empujado a crear problemas. La vieja treta del divide y vencerás, en un plano extraño. Pero no funcionó porque él fue demasiado civilizado para seguir adelante.

–¡Hum! No había pensado en eso –se rascó la cabeza, con aspecto impresionado–. Ingeniosos, ¿verdad?

–Demasiado para mi gusto.

–Apoyo esa idea. Sería horrible soñar que hubiera alguno de ellos a bordo. Imagínate, encerrado con un grupo de individuos o no individuos o quizás individuo, y sin poder saber quién es quién.

–La perspectiva se puede desarrollar más todavía –le dije, habiéndolo pensado mucho ya–. Es decir, si no te importa asustarte.

Me dedicó una mueca rara, medio humorística, media aprensiva, y terminó:

–Me resulta más fácil asustarme mirando a esas arañas educadas de la compuerta de estribor.

Con esas palabras se fue, y yo seguí con mis tareas. Por haberlos mencionado él, mis pensamientos fueron a los marcianos, una forma tentacular de vida tan extraña como cualquiera otra que hubiéramos encontrado. Pero estábamos habituados a ellos, tanto que los echaríamos de menos si se murieran. Sí, los marcianos eran buenos tipos. A todos nos gustaban. Nadie les tenía miedo.

Entonces, ¿por qué la observación de Bannister? ¿Y por qué esa rara sonrisa torcida? Me pareció que quería hacerme notar algo ilegal que estaba ocurriendo en el refugio marciano. La idea me fue preocupando más y más, me puse nervioso y tuve que dejar lo que estaba haciendo e ir a ver.

Lo que vi cuando pegué el ojo a la mirilla me hizo erizar los pelos de la nuca. La pandilla del Planeta Rojo estaba reunida como de costumbre alrededor del tablero de ajedrez, todos menos Sug Farn, que roncaba en un rincón. A un lado del tablero estaba Kli Dreen, con sus ojillos atentos a las piezas como si los tuviera unidos a ellas por un hilo invisible. Jugaba con las blancas.

Frente a él, un gran ovillo de cuerda negra y grasienta extendió un extremo, tocó un alfil negro pero no lo movió. Los marcianos tomaron aliento hondamente, como si de veras hubiera pasado algo.

No esperé a ver más. Corrí a la proa a tal velocidad que mis tacones hicieron saltar chispas al patinar por las esquinas. Di la última curva al mismo tiempo que Jay Score

en sentido contrario, y chocamos. Fue como zambullirse contra una montaña. Me cogió con una de sus potentes manos y me mire con sus ojos brillantes.

–¿Algo malo, sargento?

–¡Si te parece! –me concentré en la presión de sus cinco dedos para asegurarme de que era él y no me estaban engañando; dije, sin aliento–: ¡Están a bordo!

–¿Quiénes?

–Esos hipnotizadores grasosos. Uno de ellos, por lo menos. Está tomándoles el pelo a los marcianos.

–¿Cómo?

–Los engaña con el ajedrez.

–Lo dudo –dijo sin alterarse–. No ha tenido tiempo suficiente para aprender el juego.

–¿Quieres decir...? –me dejó estupefacto–. ¿Sabes que está aquí?

–Por supuesto. Lo capturé yo mismo. Entonces Kli Morg me suplicó que se lo dejara, señalando que no podría escapar de la compuerta de doble cierre. Es verdad, aunque no fuera la verdadera razón.

–¿No? –me sentía considerablemente desinflado–. ¿Cuál era su razón?

–Deberías saberla, conociendo a esa panda. Creen que pueden sacarle el jugo al ajedrez con un adversario capaz de mover, a la vista, una pieza cuando en realidad mueve otra –meditó un momento–. Eso significa que tienen que sospechar de cada movida aparente y tratar de identificar la verdadera como probabilidad lógica. Debería introducir un elemento nuevo en el juego y darle cierta fascinación extra.

–¿Lo crees de veras?

–Ciertamente.

Me di por vencido. Si la pandilla marciana tenía esa loca obsesión, él la compartía lo bastante para comprenderla e incluso favorecerla. Algún día, ganaría un trofeo marciano de campeonato, de color violento y forma repugnante, que yo no querría ni para poner los pies.

¡Conquistadores del espacio! Chiflados, chiflados todos, igual que tú y que yo.

Nota técnica del editor digital

Cuando se indica que los marcianos respiran aire a una presión de tres libras debe entenderse tres libras por (sobre) pulgada cuadrada (psi, pound per square inch). Esto equivale a 0.2 atmósferas aproximadamente:

3 psi = 0.2 atm

En el primer relato *Jay Score*, el traductor, con un importante desconocimiento técnico, confunde las libras (pound) de peso con las libras (psi) de presión, y convierte a éstas últimas a kilogramos de peso según la correspondiente equivalencia, desvirtuando totalmente los valores numéricos indicados.

Para corregir este error y compatibilizar con el uso de “libras” de presión en los tres relatos subsiguientes, publicados en *nueva dimensión*, he corregido a libras (psi) los valores indicados en el primer relato.